

*Propiedad de la Secretaría de Fomento*



CONFERENCIAS CIENTIFICAS

DE LAS ALUMNAS  
DE LA

ESCUELA NORMAL

PARA PROFESORAS

EN EL PERIODO DEL 6 DE JUNIO  
AL 25 DE JULIO DE 1902

Q171

C6

1904

39975

021



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



1080019497



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONFERENCIAS CIENTIFICAS

DE LAS ALUMNAS  
DE LA . . . .

ESCUELA NORMAL

PARA PROFESORAS

EN EL PERIODO DEL 6 DE JUNIO  
AL 25 DE JULIO DE 1903 . . . .

UNANIL



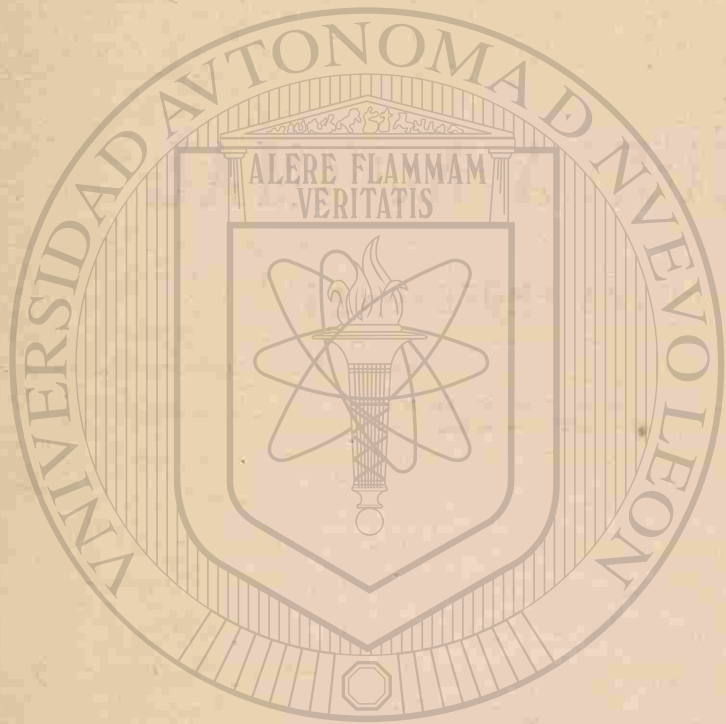
México—Imp. de la Secretaría de Fomento.—1904

Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez

39975

2171  
C6  
1904



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



LA Dirección de la Escuela Normal para Profesoras, siguiendo la costumbre de años anteriores, publica hoy el presente volumen de las disertaciones escritas por las alumnas y leídas en las Conferencias que tuvieron lugar del 6 de Junio al 25 de Julio del año próximo pasado.

La experiencia ha ido demostrando que estos ejercicios científicos y literarios son de notoria utilidad, porque siembran el estímulo entre las alumnas y todas procuran aplicarse con el fin de ser las designadas por sus profesores para hacer las disertaciones. Se acostumbran también las alumnas, con los ejercicios mencionados, á trabajar en asuntos literarios y á hablar en público, cosas todas muy interesantes para una profesora. Las alumnas que asisten á estas Conferencias obtienen sólidos conocimientos, y al ver el triunfo de sus compañeras, su mayor empeño es aplicarse para obtener otro igual.

Estas Conferencias tienen también el carácter de fiestas escolares: se procura que sean amenizadas con

002584

diversos números de música, canto, coros y recitaciones en verso, procurando así á las alumnas un recreo y elementos de educación.

En dichos actos públicos toman participio desde las alumnas de las dos Escuelas anexas, hasta las de años superiores de la Normal, y son dirigidos amigablemente por las Directoras y Profesores, estableciéndose entre todos provechosa confraternidad.

Estas Conferencias sirven, además, para dar á conocer al público los adelantos y la clase de enseñanza que se imparte en la Escuela Normal para Profesoras.

En el año de 1903 las alumnas presentaron diecisiete disertaciones de las que fueron: dos de Historia Natural, dos de Economía Política y Derecho Constitucional, dos de 2º curso de Pedagogía, dos de Geografía, dos de Medicina Doméstica, dos de tercer curso de Español, dos de Historia Patria, una de Higiene, una de Historia Natural y una de primer curso de Pedagogía.

La Escuela tuvo la honra de que la Conferencia del 20 de Junio fuera presidida por el Sr. Lic. Don Justo Sierra, Subsecretario de Instrucción Pública; la del 11 de Julio fué dedicada al Sr. D. Enrique C. Rébsamen, Director General de la Enseñanza Normal, y fué presidida por él. El Sr. Lic. D. Justino Fernández, Secretario de Justicia é Instrucción Pública, se dignó presidir la Conferencia del 25 de Julio que fué la de clausura.

México, Diciembre 31 de 1903.

---

DON ALFONSO X (EL SABIO) REY DE CASTILLA.

---

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

Jamás recuerdo alguno conservará más grato mi memoria que el de esta bendita noche, en que debido á la benevolencia de mi digno profesor de Historia vengo, por última vez en mi vida de estudiante, á desempeñar un cargo que por mil circunstancias merece el envidiable calificativo de honroso.

Profundamente conmovida é impresionada vengo á ocupar esta tribuna, no porque crea yo que soy merecedora de ello, sino fiada tan sólo en la bondad de tan ilustrado auditorio; os ruego, por lo tanto, perdonéis que me encuentre emocionada; ¡son tan tiernos y dulces los recuerdos que inspira un plantel como éste, al que con tanto orgullo llamamos nuestra escuela, que al pensar que pronto tendré que abandonarlo, al considerar que la fuerza incontrastable de los acontecimientos hará que abandone á mi querida Directora, á mis respetables maestros, y á mis inolvidables y buenas

diversos números de música, canto, coros y recitaciones en verso, procurando así á las alumnas un recreo y elementos de educación.

En dichos actos públicos toman participio desde las alumnas de las dos Escuelas anexas, hasta las de años superiores de la Normal, y son dirigidos amigablemente por las Directoras y Profesores, estableciéndose entre todos provechosa confraternidad.

Estas Conferencias sirven, además, para dar á conocer al público los adelantos y la clase de enseñanza que se imparte en la Escuela Normal para Profesoras.

En el año de 1903 las alumnas presentaron diecisiete disertaciones de las que fueron: dos de Historia Natural, dos de Economía Política y Derecho Constitucional, dos de 2º curso de Pedagogía, dos de Geografía, dos de Medicina Doméstica, dos de tercer curso de Español, dos de Historia Patria, una de Higiene, una de Historia Natural y una de primer curso de Pedagogía.

La Escuela tuvo la honra de que la Conferencia del 20 de Junio fuera presidida por el Sr. Lic. Don Justo Sierra, Subsecretario de Instrucción Pública; la del 11 de Julio fué dedicada al Sr. D. Enrique C. Rébsamen, Director General de la Enseñanza Normal, y fué presidida por él. El Sr. Lic. D. Justino Fernández, Secretario de Justicia é Instrucción Pública, se dignó presidir la Conferencia del 25 de Julio que fué la de clausura.

México, Diciembre 31 de 1903.

---

DON ALFONSO X (EL SABIO) REY DE CASTILLA.

---

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

Jamás recuerdo alguno conservará más grato mi memoria que el de esta bendita noche, en que debido á la benevolencia de mi digno profesor de Historia vengo, por última vez en mi vida de estudiante, á desempeñar un cargo que por mil circunstancias merece el envidiable calificativo de honroso.

Profundamente conmovida é impresionada vengo á ocupar esta tribuna, no porque crea yo que soy merecedora de ello, sino fiada tan sólo en la bondad de tan ilustrado auditorio; os ruego, por lo tanto, perdonéis que me encuentre emocionada; ¡son tan tiernos y dulces los recuerdos que inspira un plantel como éste, al que con tanto orgullo llamamos nuestra escuela, que al pensar que pronto tendré que abandonarlo, al considerar que la fuerza incontrastable de los acontecimientos hará que abandone á mi querida Directora, á mis respetables maestros, y á mis inolvidables y buenas

compañeras, no he podido menos que sentir lo que sentiría aquél á quien se le arrancasen girones de su misma alma!

La materia de que voy á ocuparme es notoriamente importante y sólo el sentimiento del deber y el respeto y gratitud hacia mi maestro, me han podido dar valor para afrontar tan delicada empresa.

En efecto, tengo la misión de disertar sobre Historia, y abrigo la plena convicción de que todos mis oyentes están penetrados de la importancia y extensión de esta materia.

La Historia, ¿quién sería bastante audaz para disertar, sin temor, sobre esa gran maestra de la humanidad; sobre ese portentoso libro cuya primera página, no se ve por estar envuelta en la obscuridad de los tiempos y cuya última palabra sólo podrá escribirla Dios?

¡La Historia! La Historia con sus grandes y magníficas enseñanzas, con sus sabias y elocuentísimas lecciones y con sus tremendos y múltiples ejemplos, es y será el noble guía de ese pobre ciego á quien llamamos hombre; y es el faro luminoso que alumbra la ruta que deberán seguir los pueblos. En ella, como á través de una lente, vemos desvanecerse la opulencia de Egipto, la grandeza y poderío de Roma, y la vida de otros grandes imperios. En ese portentoso libro en que se ven grabados con caracteres de luz los nombres de los genios como Napoleón I, y que da también cabida á los nombres de seres que como Nerón, Calígula y otros muchos, sólo sirvieron para horrorizar al mundo, encerrando en sus almas todas las supremas maldades.

Pero no divaguemos; una de las estrellas de primera magnitud que se destacan en el cielo del siglo XIII, es, sin duda, Alfonso X llamado *El Sabio*.

Mis pocos conocimientos no me permiten formar un juicio exacto de las virtudes y defectos de este hombre, y sólo trato de dar una ligera idea de su vida como político, como legislador y como hombre de letras.

Don Alfonso, ó Alfonso X, fué hijo primogénito de Fernando III el Santo, rey de Castilla, hombre notable y digno de admiración por sus virtudes y también por el vasto territorio que legó á su hijo, el cual recibió, juntamente con la corona, un cetro á que estaban sometidas Asturias, León, Castilla propiamente dicha, Murcia, Galicia y la mayor parte de la Andalucía.

La conducta del nuevo monarca no correspondió al anhelo y aspiraciones de su antecesor, pues debido á su poco tino y á su debilidad de carácter comenzó á disgustar á sus súbditos, los que al fin se rebelaron contra él.

Hacia mediados de 1252, al tomar posesión del mando Don Alfonso, trató de realizar lo que su padre había intentado: llevar la guerra al Africa, para cuyo fin mandó construir en Sevilla y en las costas de Vizcaya numerosos bajeles.

Solicitó, entretanto, la aprobación y el auxilio del Papa Inocencio IV, cosa que le fué concedida, pues el Papa exhortó á los clérigos á que le acompañasen, ordenó á los frailes dominicos y franciscanos que predicasen la guerra santa y que excitasen á la juventud española á tomar la cruz; pero en esta vez se vieron frustrados los propósitos de Don Alfonso, porque la muerte de Teobaldo I de Navarra lo distrajo de su empresa, pues tratando de apoderarse de este reino, se acercó á sus fronteras, pero las encontró defendidas por Jaime de Aragón, porque la reina viuda, queriendo asegurar á sus hijos el mando y temiendo al rey de Castilla, soli-

citó el auxilio del monarca aragonés, y celebró con él una alianza.

Deseoso Alfonso de continuar sus proyectos guerros en Africa, solicitó el auxilio del Papa Alejandro IV, sucesor de Inocencio IV, el que concedió indulgencias y otras gracias espirituales á los que tomaran parte en esa expedición; pero en ésta, como en la vez anterior, los auxilios del Papa no dieron efecto y Alfonso fué perdiendo poco á poco la esperanza de ir al Africa.

A la muerte de Guillermo de Holanda, emperador de Alemania, la República de Pisa aclamó para ese alto puesto á Don Alfonso de Castilla; éste admitió la investidura, pero no se creyó autorizado á usar el título hasta no tener una elección más autorizada, porque dicha República carecía de voto electivo; por fin, se verificó la elección, pero no completa, pues los electores se dividieron en dos bandos: uno nombró á Ricardo, hermano de Enrique III de Inglaterra, y otro á Don Alfonso el Sabio de Castilla.

Se entabló una lucha entre los dos agraciados que duró casi diez y ocho años, y Castilla gastó grandes caudales, pues tanto el uno como el otro de los dos pretendientes, trataron de atraerse á los príncipes alemanes por medio del oro. Muerto Ricardo en 1271, Alfonso creyó que habían terminado las dificultades, pero no sucedió así, pues el Papa Gregorio X, que había ocupado la silla pontifical por la muerte de Clemente IV, desechó abiertamente á Alfonso é influyó para que se reunieran los electores y nombraran un nuevo monarca, siendo electo Rodolfo de Habsburgo. Trató Alfonso de tener una entrevista con el Papa para exponerle sus derechos sobre el trono de Alemania, aquélla se realizó en Belcairo (Francia), y en ella le negó Gregorio X no sólo el derecho de ceñir la corona de Alemania, sino

también el ducado de Suabia, de que se había apoderado Rodolfo, y la mano de la Reina de Navarra, que solicitó Alfonso para uno de sus nietos.

Después de esta triple negativa, el rey volvió desazonado á Castilla y se empeñó en seguir usando el título de *rey de Romanos*, hasta que el Papa le obligó á desistir de sus pretensiones, ofreciéndole, en cambio, la décima parte de sus rentas eclesiásticas, para que continuara la guerra contra los moros.

A su apatía é ineptitud debió Don Alfonso la pérdida de la corona imperial que tan espontáneamente le había sido propuesta por muy poderosos príncipes alemanes.

Alfonso había procurado conservar la alianza que su padre celebró con el rey moro de Granada, y con ayuda de este monarca sujetó en 1254 las provincias de Jerez, Arcos, Medina-Sidonia y Lebrija. Tres años más tarde le prestó su auxilio contra los moros de Algarbe y contra la fuerte plaza de Niebla, en que se habían fortificado los *almohades*. Todo esto lo hacía el de Granada de mala gana, procurando disimular su enojo, esperando de esta manera una ocasión propicia para sacudir el yugo del vasallaje. Esta se presentó cuando los musulmanes de Jerez, Arcos, Medina-Sidonia y Murcia, acudieron á él, ofreciéndole reconocerlo como su jefe si les ayudaba á librarse de la servidumbre en que los tenían los cristianos. El rey moro dijo á los mensajeros que se pusieran todos de acuerdo para una sublevación general, prometiéndoles que cuando esto fuese y Alfonso hubiera dividido sus esfuerzos, él no faltaría á socorrerlos. Se alzaron simultáneamente todas las poblaciones, desde Murcia hasta Jerez, y en todas ellas eran degollados los cristianos ó arrojados de las



plazas que ocupaban. Don Alfonso, ante esta desesperada situación, recurrió al de Granada; pero la respuesta que éste le dió hizo comprender al de Castilla que contaba con un enemigo más, y ordenó que fueran atacadas las tropas de aquel rey; obedeciendo este mandato, se sostuvo en Alcalá un sangriento combate, saliendo victoriosos los moros y comenzando con esto una nueva lucha entre cristianos y musulmanes.

Don Alfonso, ayudado de los de Málaga, venció todas las plazas sublevadas con excepción de Murcia, que fué reconquistada por Jaime de Aragón, quien generosamente se la entregó á su yerno.

Mientras los Reyes Don Alfonso y Doña Violante, que habían sido invitados por Don Jaime, eran recibidos con grandes festejos en Aragón, los nobles de Castilla, acaudillados por Don Nuño de Lara, preparaban una rebelión contra su rey.

En la ciudad de Lerma se reunieron todos los conjurados, colocándose á la cabeza Don Felipe, hermano del monarca.

Las causas que alegaban los rebeldes para levantarse contra su rey eran las numerosas exacciones que hacía pesar sobre sus vasallos y la mala medida que él tomó dos veces durante su reinado: alterar el valor de la moneda.

Disgustados después de muchas conferencias inútiles, el soberano y sus súbditos, éstos se refugiaron en Granada, donde fueron recibidos con mucho gusto, pues el monarca Mohamed-Ben-Alhamar, se propuso aprovechar su ayuda para vencer á sus enemigos los walíes ó gobernadores que se habían rebelado en su daño.

No merecía tan noble, aunque débil rey, esta conduc-

ta por parte de sus súbditos, y sin embargo, no sólo éstos le causaron amarguras, pues sus mismos hijos le abandonaron é hicieron sufrir grandes tormentos.

Precisamente en 1275, cuando Alfonso había partido para avistarse con el Papa en tierras de Francia, algunos escuadrones de *Beni-Merines*, que habían venido á auxiliar al rey moro de Granada, trataron de invadir las fronteras de Castilla; Don Fernando de la Cerda, hijo primogénito del Rey Don Alfonso, heredero del trono y Gobernador del reino en esos momentos, hizo un llamamiento á todos los caballeros y ricos homes y él mismo se apresuró á acudir á la defensa de las fronteras; pero al llegar á Villa Real, fué atacado de una grave enfermedad y murió á los pocos días, dejando dos hijos llamados los infantes de la Cerda. Al recibir Don Sancho, hijo segundo del rey castellano, la noticia de la muerte de su hermano, se preparó para hacerse proclamar sucesor del trono de Castilla, y solicitó de su padre que le confirmara esos títulos; pero éste, no queriendo resolver por sí solo, pues dudaba si podría favorecer al hijo, en perjuicio de los nietos, convocó un consejo y todos los miembros de él vacilaron; sólo el infante Don Manuel, hermano del rey, dió su opinión; á esta se ajustó el rey, y sin fijarse en el orden de sucesión que él en sus mismas leyes establecía, se decidió en favor de su hijo Don Sancho, quien fué jurado en las Cortes de Segovia, sucesor y heredero del trono de Castilla (1276).

La Reina Doña Violante, á cuyo cuidado estaban los infantes de la Cerda, al saber esa resolución, procuró ponerlos á salvo y con tal objeto fué á refugiarse bajo el amparo de su hermano Pedro III de Aragón. El rey, sabedor de esta huída, y creyendo que la reina había

sido aconsejada para dar ese paso, por el infante Don Fadrique y por Don Simón Ruiz, señor de los Cameros, dió orden á su hijo Sancho de que les matara, orden que fué cumplida fielmente, pues el infante Fadrique fué ahogado en Treviño y Don Simón quemado en Logroño.

Don Alfonso, al proceder así, echando sobre su propia fama una mancha imborrable, ignoraba que todo lo hacía por un hijo ingrato que no tardaría en rebelarse contra él. — Cosa que sucedió al poco tiempo con motivo de que Don Alfonso quería dar al mayor de los infantes de la Cerda el reino de Jaén, como lo había prometido al Rey de Francia Felipe III, hermano de la princesa Doña Blanca, madre de los infantes.

Disgustado Don Sancho, se unió con el Rey de Granada, con Pedro III de Aragón, Dionisio de Portugal y con sus hermanos Don Pedro y Don Manuel, y hasta la Reina Violante, que poco antes protegía á los nietos, ahora se declaraba á favor del hijo rebelde.

El padre trató primero de persuadir al hijo, pero éste, en vez de acceder á sus deseos, hizo que Don Manuel ante las Cortes de Valladolid declarara á Alfonso privado de la autoridad real. Al ver esto el de Castilla, reunió su Consejo en Sevilla y ante él y el pueblo, declaró que Sancho quedaba desheredado de la sucesión al trono, poniéndolo al mismo tiempo bajo la maldición de Dios, por impío, parricida, rebelde y contumaz.

No encontrando Don Alfonso príncipe cristiano que le prestara su ayuda, mirándose acosado por la pobreza y desesperado por la ingratitud, recurrió al Emperador de Fez y de Marruecos, enviándole su corona para que le prestase sobre ella alguna cantidad con que sub-

venir á sus necesidades, á lo que accedió aquel Príncipe enviándole sesenta mil doblas de oro.

Al fin la conducta de Sancho comenzó á disgustar á sus partidarios, y éstos poco á poco volvieron al lado de su antiguo rey. Mirando esto Don Sancho, quiso tener una entrevista con su padre, ésta no se llevó á efecto porque Sancho fué atacado de una grave enfermedad, y cuando estaba ya restableciéndose, Don Alfonso, á consecuencia de las muchas penas y amarguras que había sufrido, comenzó á enfermar, muriendo al fin á la edad de 62 años, en Abril de 1284, después de reinar 32 años, declarando antes de su muerte que perdonaba á Sancho sus ingratitudes. Los despojos de este desdichado gobernante fueron sepultados en la iglesia de Santa María de Sevilla, cerca del Rey San Fernando, según él lo había ordenado.

Este notable personaje que como político fué tan desgraciado y débil y tan poco diestro como gobernante, como legislador fué admirable en sus Siete Partidas, una de las obras más grandes de la Edad Media, y que al cabo de más de seis siglos todavía es digna del mayor elogio.

Tres fueron los Códigos que formó el Rey Sabio: *El Espéculo*, *El Fuero Real* y las *Siete Partidas*. El primero, como su nombre lo indica, era el espejo de todos los derechos y se destinó para juzgar conforme á él las apelaciones en la Corte del rey. El segundo era una compilación de las mejores leyes municipales y del Fuero Juzgo, y en él se refleja la sociedad de la época y satisfacía sus necesidades. Por último, el tercero, que fué la obra colosal, grandiosa y monumental que dió á España la honra de poseer el más excelente de los Códigos que se hubiere elaborado desde los tiempos de Jus-

tiniano y que parece haber sido formado en el período de 1256 á 1263, contiene en cada una de sus partes las siguientes materias: La primera ley explica el derecho natural y de gentes, y está casi consagrada al derecho eclesiástico; la segunda comprende el derecho político de Castilla, y expresa y consigna las relaciones entre el soberano y el pueblo. La tercera se ocupa de los procedimientos jurídicos y en general de todo lo concerniente al foro. La cuarta explica los deberes y derechos que nacen de las relaciones mutuas, civiles y domésticas, entre los individuos del cuerpo social. La quinta versa sobre los contratos y obligaciones entre partes. La sexta trata de los testamentos, herencias y sucesiones; y por último, la séptima contiene lo relativo al derecho penal y los procedimientos en las causas criminales. Esta obra monumental fué la más notable é importante de las que legó el Rey *Sabio* á la posteridad, y aunque se cree que varios ilustres jurisconsultos le ayudaron, á él toca el mayor y principal mérito de su formación.

Como hombre de letras, Don Alfonso, para el siglo en que vivió, fué un prodigio. Su saber fué un sol, que esparciendo rayos luminosos, consiguió alumbrar no sólo su nación y la época de su gobierno, sino el mundo entero, alcanzando títulos bastantes para la admiración de las generaciones futuras. Sus obras poéticas más notables fueron las *Cántigas á la Virgen* y las *Querellas*, en las que se lamentaba de su pobreza é infortunio en los últimos años de su reinado.

Como hombre de ciencia, tenemos sus *Tablas Astronómicas* ó *Alfonsinas*, obra que todavía es admirada á pesar de los adelantos de la ciencia astronómica. Pero la obra literaria que al par de las *Siete Partidas* inmortalizó su nombre y le afirmó el renombre de Sabio,

fué la *Crónica general de España*, obra notable no sólo por la excelencia especialmente histórica que encierra, sino por el gran impulso que dió con ella al idioma castellano, realizando con esto una de las mejores reformas que puede recibir un pueblo en la marcha de su civilización; el perfeccionamiento de su propio idioma, mostrándose desde entonces el castellano como uno de los más vivos, sonoros, expresivos, elegantes y majestuosos del mundo.

No quería ser difusa, mas la misma naturaleza del asunto que he tocado me llevó insensiblemente por un camino que quizás os haya parecido bastante árido; perdonadme, pues, si os he cansado; pero la Historia, semejante á las grandes eminencias, requiere indomables energías y supremos esfuerzos para escalarla. Resumiendo, y sin pretender sacar luminosas conclusiones de la vida de Don Alfonso X, encerrada dentro de los límites de mi humilde criterio y de mi más humilde trabajo, juzgo á dicho monarca, como torpe é indolente en la guerra, indeciso en sus resoluciones, y veo que si con la espada no hizo proezas, en cambio con la pluma conquistó en el vasto terreno de la ciencia y de las letras, glorias que serán exclusivamente suyas, mientras en el mundo se rindan á las altas inteligencias merecidísimos títulos. ¡ Con gran razón se le llamó el *Rey Sabio*!

Obtengo, además, esta sencilla deducción del asunto que he tratado: felices los pueblos que como el nuestro, hoy tienen un gobernante que reuna todas las condiciones para serlo; invencible en la guerra, inimitable y progresista en la paz. Con toda justicia nuestra querida patria sonríe venturosa ante los aplausos que tributan las naciones cultas al actual mandatario de nuestra República.

He concluído mi trabajo, y ahora sólo me falta suplicar á mis queridas compañeras que recuerden siempre más que la vida del Rey Sabio, la historia de cinco años que comprende nuestra vida del colegio en las clases superiores de la Escuela Normal.

Conservemos siempre en la memoria, y envuelto entre los perfumes de la gratitud, el recuerdo de esta Escuela tan querida; veneremos este plantel en donde, bajo una recta y sabia administración y con el afán y talento de nuestros queridos y respetables maestros, hemos fortalecido nuestras virtudes, hemos nutrido nuestra inteligencia; de aquí saldremos mañana con variados conocimientos que, como armas de combate, nos servirán para afrontar lo que nos tenga reservado lo porvenir, pero en todo caso saldremos apercebidas para cumplir noblemente cada cual su misión; ¿y qué misión más noble y alta que la de aplicar nuestra ya enriquecida inteligencia en la magna obra de concurrir al bien, al progreso y al engrandecimiento de la patria?

México, 6 de Junio de 1903.

MARINA FUENTES.

## LA INVIOLABILIDAD DE LA CORRESPONDENCIA

COMO

BASE DE UNA INSTITUCION SOCIAL.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

¡El espíritu humano! amalgama donde moran confundidos en completo desorden, ya las grandes ideas, que elevan á los seres á las cumbres del templo de la gloria, ya los depravados instintos que hacen bajar, descender, al individuo, del grande y magnífico papel donde lo han colocado las leyes divinas y humanas, á los abismos más profundos, á donde es arrastrado con vertiginosa rapidez para llegar á convertirse en un ser sin afectos, sin sentimientos y sin ideas.

¡Las ideas! Cuán bello es comprender que podemos guiarnos, regirnos, gobernarnos, gracias á esas mariposas de nuestro cerebro.

Ideas y siempre ideas, son y han sido los móviles de nuestras acciones, y las más sublimes son aquéllas que

He concluído mi trabajo, y ahora sólo me falta suplicar á mis queridas compañeras que recuerden siempre más que la vida del Rey Sabio, la historia de cinco años que comprende nuestra vida del colegio en las clases superiores de la Escuela Normal.

Conservemos siempre en la memoria, y envuelto entre los perfumes de la gratitud, el recuerdo de esta Escuela tan querida; veneremos este plantel en donde, bajo una recta y sabia administración y con el afán y talento de nuestros queridos y respetables maestros, hemos fortalecido nuestras virtudes, hemos nutrido nuestra inteligencia; de aquí saldremos mañana con variados conocimientos que, como armas de combate, nos servirán para afrontar lo que nos tenga reservado lo porvenir, pero en todo caso saldremos apercibidas para cumplir noblemente cada cual su misión; ¿y qué misión más noble y alta que la de aplicar nuestra ya enriquecida inteligencia en la magna obra de concurrir al bien, al progreso y al engrandecimiento de la patria?

México, 6 de Junio de 1903.

MARINA FUENTES.

## LA INVIOLABILIDAD DE LA CORRESPONDENCIA

COMO

BASE DE UNA INSTITUCION SOCIAL.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

¡El espíritu humano! amalgama donde moran confundidos en completo desorden, ya las grandes ideas, que elevan á los seres á las cumbres del templo de la gloria, ya los depravados instintos que hacen bajar, descender, al individuo, del grande y magnífico papel donde lo han colocado las leyes divinas y humanas, á los abismos más profundos, á donde es arrastrado con vertiginosa rapidez para llegar á convertirse en un ser sin afectos, sin sentimientos y sin ideas.

¡Las ideas! Cuán bello es comprender que podemos guiarnos, regirnos, gobernarnos, gracias á esas mariposas de nuestro cerebro.

Ideas y siempre ideas, son y han sido los móviles de nuestras acciones, y las más sublimes son aquéllas que

más elevan, que más engrandecen y que colocan al hombre por encima de sus semejantes, simulando una brillantísima luz que baña con sus dorados reflejos á aquellos que le rodean.

Una idea fué la que impulsó á Cristóbal Colón á hender, con su imaginación primero, y con su nave después, otras aguas que con sus verdes reflejos le hacían ver en lontananza y rodeado de nubes de oro, al sol de la esperanza. . . . y triunfó, triunfó después de haber recibido los vituperios de sus contemporáneos.

Mirad á aquel hombre ante un numeroso auditorio y pulsando un instrumento del cual arranca sonidos que, á manera de cascadas de luz y de armonía, penetran hasta el corazón de los que lo escuchan, despertando una sensación sublime: este hombre está inspirado, es decir, dominado por una idea: la del arte.

Y en fin, la pléyade de héroes que ya con la espada en mano y delante de un sanguinario enemigo, ó ya los que por medio del arma de la palabra, han defendido nuestra Patria y derramando su sangre que, cual nube electrizada al contacto de una punta metálica, ha despertado en nosotros la más bella, la más noble, la más grande idea: ¡la de la Libertad!

¡Cuántos mártires ha contado y encierra con profundo dolor y respeto el inmenso é inmortal libro de nuestra Historia! en cada página palpitan los más grandes dolores y sufrimientos resistidos, bien por el cura Hidalgo, luchando con el yugo opresor de los enemigos, ó bien por Juárez, que pesando sobre él el destierro voluntario que se impuso, tuvo que ausentarse de la cara Patria; ¡quién duda que en sus meditaciones, cuando solo y recordando que todos sus afectos, todos sus amores, todas sus ilusiones estaban lejos de él, cuando su

espíritu volaba en alas de sus deseos hacia el lugar donde sus ojos se habían abierto por primera vez, entonces debió ser cuando su corazón de mexicano palpitó y se propuso que, á pesar de todo, en su amada Patria, ondearía, mecida por la brisa de la felicidad, la enseña tricolor, el símbolo de nuestra completa libertad?

¡Quién de entre vosotros, al oír el nombre de este héroe, no siente que sus ojos se humedecen de gratitud y en vuestro cerebro parece que se unen, se enlazan, se estrechan y se confunden las ideas de libertador, gran carácter, Presidente, y en fin, constituyente?

Porque él fué uno de los que formaron ese Código que nos rige, ese libro cuyas páginas están saturadas de elevados pensamientos y cuyas bases son grandes y nos rige, ese libro cuyas páginas están saturadas de humanitarias.

La Libertad, la Igualdad y la Seguridad; hé ahí las bases sobre las que se levantan orgullosas y gigantes cas las grandes torres en las que se estrellan y van muriendo á manera de olas embravecidas, las injusticias, las cuales hacen ver mayor, y rodeado de luz, el edificio de nuestra Constitución.

Ante ella, es decir, ante la Patria, "todos somos iguales."

Nada importa que un ser haya nacido de las últimas clases sociales, porque si ese ser es bueno, si en su frente y en sus miradas se ve brillar la inteligencia, y si sus acciones son magnánimas, á aquel ser se le dará el lugar que le corresponde, es decir, recibirá el aprecio y la consideración de sus semejantes.

Si con escrupuloso esmero analizamos cada uno de los artículos de nuestra Constitución, veremos que todos son el resultado de profundas meditaciones y de

acaloradas discusiones, de las que surgieron multitud de eslabones, que juntos forman la gran cadena de nuestras instituciones sociales.

En la sección que trata de los "derechos del hombre," es donde se ve más patente hasta dónde llega el grado de bienestar, y las innumerables incomodidades que nos ahorra su cumplimiento.

No sólo se respeta á la persona y al individuo, sino que es mucho mayor el caudal de seguridades que poseemos.

El artículo 25 de nuestra Constitución dice: "*La correspondencia que bajo cubierta circule por las estafetas, está libre de todo registro. La violación de esta garantía es un atentado que la Ley castigará severamente.*"

A primera vista parece que á esta prescripción, no se le debería haber dado tanta importancia, pero si nos fijamos en los gravísimos perjuicios que se pueden contraer, si miramos el *más allá*, es decir, el fondo de la cuestión, veremos, no sin asombro, que por esta violación, se puede perder todo lo que el hombre estime más, como es la honra, y quién sabe si hasta la vida.

Quizá, y no sería nada difícil, que ese soplo de movimiento, de energía y en fin, de vitalidad, se viniera á apagar cual débil flama, á impulsos del viento.

Podemos darnos por felices los que vivimos en esta época, los que podemos leer y conocer todo lo que existe de grande y de sublime en la creación. Mas ¡ay! cuánto tiempo se ha necesitado para que brotara la verdad y cuánta sangre, cuántos dolores y cuántas lágrimas han servido de expiación, de rocío bienhechor, para que surgiera fragante y llena de perfumes la flor de nuestra tranquilidad.

Si volvemos nuestra vista hacia atrás, veremos al hombre en sus distintos grados de cultura, y observaremos que la necesidad de comunicarse ha sido muy grande, y que subsiste con la naturaleza misma de él.

De aquí que ahora el fomento de esta necesidad se haya transformado en un deber para con nuestros semejantes y que todo lo que se digan por medio de la correspondencia cerrada, sea para nosotros una cosa sagrada, una obligación grande y una garantía de la cual tenemos que dar cuenta ante la Ley.

En todos los tiempos y países ha habido mensajeros para llevar primero las noticias verbales ó de viva voz, y después las escritas.

Cuando los aztecas habitaron este lugar y enseñorearon é implantaron su voluntad sobre los demás pueblos que los rodeaban, notamos, no sin asombro, que tenían correos y postas de los cuales se servía el monarca, pues cumplían fielmente con su deber.

Uno de los historiadores del Anáhuac nos refiere detenidamente cómo se daban las noticias entre sí y de qué medios se valía el rey para que sus órdenes fueran acatadas y sabidas de sus tributarios. Dice: "Los que se dedicaban á llevar mensajes, se llamaban correos y desempeñaban su oficio perfectamente, pues á cierta distancia había unas torrecillas llamadas postas, en las cuales estaba un hombre. Se daba una orden aquí, en Tenoxtitlán, y era llevada por un correo que la comunicaba al de la posta próxima, y éste á la siguiente, transmitiéndose por esto las noticias con admirable violencia." ®

Los correos vestían especialmente, y en su porte y ademanes daban á conocer las noticias adversas ó favorables y la alta calidad de enviados del rey.

Sus personas eran inviolables, y no fué rara la ocasión en que por haberlos matado, se hubiera llevado la guerra al pueblo que injurió en ellos al rey y á los mexicas.

Esto fué en tiempo de los aztecas; pero ¡cuán distinto iba á ser en lo futuro!

Cayó, cual águila herida, el valiente Cuauhtemoc, y con él se hundieron y perdieron las garantías, los derechos de los mexicas, y los que antes levantaban sus orgullosos frentes, y veían multitud de esclavos á sus pies, eran arrojados por las implacables manos del Destino en un abismo de miserias inauditas, en donde tendrían que ocultar sus dolores, enjugar sus lágrimas y donde poco á poco veían perderse en lontananza el último destello de su esperanza.

Mucho tiempo transcurrió sin que los que estaban dominados se comunicasen por medio de las cartas; ¡para qué? no tenían necesidad de ello, supuesto que vivían en la desolación y en la angustia.

Fué tan escasa la importancia que se le dió al Correo, que en 1604, el puesto de Correo Mayor de la Nueva España, al que se adjuntaba el título de Regidor Perpetuo de la Ciudad de México, se remató en pública subasta, al joven Don Alonso Diez de la Barrera ¡y por qué precio?

Admirable nos parecerá que una institución de tal naturaleza, fuera entregada por el ínfimo precio de \$58,000.

Pero así fué, y así quedó depositado en ese hombre, en la alborada de la vida, con el deseo de apurar la copa del placer y de realizar sus esperanzas, como es natural, á costa del dinero, una de las vías del progreso intelectual y moral.

Después, en el año de 1766, se unió á la Real Corona el oficio del Correo Mayor, y debido á esto, y á su reorganización, en 1794 adelantó algo, aunque hubiera podido hacerlo mucho más, si no los dominase la incesante idea de procurar fondos para la Corona; preocupación, ó más bien mira, que llevaban siempre las instituciones durante el período colonial.

¡Estamos en 1821! Nuestra Patria ha experimentado una gran evolución, y es independiente, puesto que ya Iturbide ha entrado en la Capital con el Ejército Tripartito.

Parece que ya va á ser feliz, que ya sus moradores van á vivir unidos y disfrutando de su felicidad. ¿Es así? ¿Han acabado los rencores y los odios, ó se nutren más y dominan las ideas de partido? ¿Es Iturbide un justo varón, ó también se deja arrastrar por sus pasiones?

Cuestiones son éstas, que no se pueden abordar sin sentir que nuestro corazón se lacera ante las grandes injusticias de aquella época. Ahí sí se verá combatir y dominar á la vista de todos, al fuerte contra el débil; ahí se verá á los grandes con la careta quitada, mandar cosas absurdísimas bajo el estandarte de su poder.

Mirad á aquel hombre de pálido semblante y de hundidos ojos, acostumbrados, al parecer, á largas vigili-<sup>®</sup>as en las que su razón cree perderse ante la evidencia del peligro. Y sin embargo, en su conciencia no siente el horroroso peso de los crímenes; sus manos tiemblan, y no obstante, esas trémulas y amarillas manos jamás han vertido sangre ni tomado algo ajeno. Entonces ¿qué le preocupa? ¿Por qué su mirada se pierde, y de sus delgados labios sale un suspiro? ¿Por qué sus ojos



vierten llanto y en su cansado cerebro prueba á hallar una idea salvadora?

¡Ah! es porque es víctima de una injusta persecución, es porque para él ha llegado una carta que ha sido escrita por Iturbide ó alguno de sus satélites, y públicamente lo juzgan como cabeza de una sublevación, y lo aislan, y lo separan de sus amores sobre la tierra, sus hijos, y va á ocupar un lóbrego calabozo, donde espera, de un día á otro, la final sentencia.

Bajo el gobierno de Iturbide se iniciaron estas infamias; y fueron creciendo y tomaron un notable incremento, que llegó á su máximo durante los años de 1857 á 1860, en que, bajo los gobiernos de Zuloaga y Miramón, se veían nefandos crímenes, dignos sólo del tiempo de Nerón.

Llegaba la infamia de estos hombres hasta el punto, no sólo de abrir las cartas y enterarse de su contenido, aprovechándose ó no de él; sino que mandaban llamar al dueño de dichas cartas, el cual era conducido ante la presencia de aquel ilegítimo Juez que decretaba su sentencia, que casi siempre era el destierro, ó bien la pena capital.

Con esa regla de conducta, nada raro nos parecerá que aquellos seres que temían las consecuencias de una carta como se teme un inminente peligro, huyeran ó se ocultaran causándose gravísimos perjuicios.

Pero á esos hombres encariñados en el poder, egoístas consumados y partidarios de las antiguas ideas ¿qué les importaba martirizar, agobiar y torturar á los débiles? Ellos conseguían su fin: Mantenerse en su puesto, aun á costa de los sacrificios de sus semejantes.

El tiempo, en su incesante labor, siguió marchando

y llegó á la época de la gran reacción, al feliz lapso en que se unieron, se juntaron en el gran libro de nuestra Constitución los preceptos que debemos seguir y las garantías que recibimos como óbolo benéfico, como el resultado de disposiciones dadas ante el mundo entero; porque ya no se necesita del abuso para evitar las sublevaciones, sino de la Ley que era y es la que juzga de las acciones.

A partir de esa época y bajo la sombra del brillante gobierno de Juárez, las instituciones, las ideas, y las costumbres han sufrido una gran evolución, una inmensa reforma que ha prestado su contingente en el progreso humano.

Volviendo al Correo, vemos que ha progresado, gracias á la adhesión de México á la "Unión Postal Universal," cuyos fines son tan grandes: los de la comunicación de todos los pueblos.

Esta "Unión" se verificó el 1º de Junio de 1878, y á partir de esta época, ha sido mejorado notablemente, pues al ponerse en comunicación con los otros países, al sentirse en un nivel inferior, ha hecho esfuerzos sobrehumanos para alcanzar igual importancia que la que la que tiene en las Potencias del Viejo Continente.

Una de las consecuencias inmediatas de la "Unión Postal Universal," fué la de la baja de los portes; pero tenía también grandes deficiencias, pues sucedía que costaban menos los portes internacionales que los interiores del país, y de aquí la imperiosa necesidad de una reforma radical dada por los Códigos de 1883 y 1894 y el Decreto de 26 de Junio de 1889.

Hé ahí al Correo mexicano de nuestros días constituido y elevado á la altura que merece. Cuenta ahora con 2,207 oficinas, 10,384 empleados y 92,555 kilómetros

de rutas postales, de las cuales 13,383 kilómetros son de ferrocarril; además, en el año fiscal de 1900 á 1901, circularon por los Correos de la República 109.438,209 piezas de todas clases en el servicio interior, y 35.222,229 piezas en el servicio internacional, lo que hace un total de 144.660,438 piezas en ambos servicios.

El método que emplea nuestro Correo para el cobro de sus servicios, es el del Franqueo Previo, el cual está enunciado en el artículo 173 del Código Postal, de la manera siguiente:

*“Franqueo es el pago anticipado que debe hacerse al Correo por la conducción de los objetos que son susceptibles de ella, según el Código, y que se verificará por medio de estampillas.”*

El Franqueo, por regla general, es obligatorio y facultativo tratándose solamente de la correspondencia dirigida á países comprendidos en la “Unión Postal Universal.”

El artículo anterior tiene sus excepciones, porque hay otro, el 174, que dice: *La correspondencia de oficinas y empleados federales está exenta del Franqueo; pero la oficial y los objetos destinados al servicio público, que se remitan por el Correo, deberán ir bajo cubiertas ó con estampillas especiales, para este servicio. De igual exención disfrutarán los “Poderes Supremos de la Unión.”*

Gozan igualmente de dicha exención “I. Las Secretarías del despacho y las oficinas que de ellas dependan. II. Las Secretarías del Poder Legislativo. III. Las Secretarías de la Suprema Corte de Justicia, el Procurador general de la República, los Tribunales de Circuito, los Juzgados de Distrito y los Promotores fiscales de unos y otros. IV. Las Secretarías particulares del

*Presidente y de los Secretarios del Despacho. V. Las Secretarías de la Suprema Corte de Justicia Militar y sus asesores. VI. Los Poderes y las autoridades de los Estados en sus relaciones oficiales con los Poderes y autoridades de la Federación. VII. Los Gobiernos del Distrito Federal y de los territorios. VIII. Las Secretarías del Tribunal Superior y de los Juzgados del Distrito Federal. IX. Los Jefes militares con mando de armas, en sus relaciones oficiales con los Poderes y autoridades políticas y militares, así de la Federación como de los Estados. X. Los comisionados permanentes ó accidentales, nombrados por la Secretaría del Despacho.”*

Cuando se verifique esta exención, en los términos del precedente artículo, los empleados ú oficinas de que se trata, pondrán su propio sello para no dar lugar á una equivocación ó á un abuso.

Brevemente procuraré dar una idea de la violación de correspondencia.

Los casos de violación son: Cuando voluntaria y fraudulentamente se abre alguna pieza cerrada de las que se confía al Correo; y por substraer de alguna oficina del ramo cualquier objeto del que tiene que responder el Correo.

Estos dos casos son aplicables, es decir, pueden incurrir en ellos tanto los particulares como un empleado del Correo; pero éste último puede violar la correspondencia en estos otros casos: Por hacer saber qué personas mantienen relaciones entre sí por el Correo y por consentir que se lleven á efecto alguno de los delitos á que se refieren ésta y la anterior prevención.

El empleado que ingrese al Correo, deberá ser un hombre leal á toda prueba, un hombre que cumpla con

la más sagrada de sus obligaciones: el respeto á la correspondencia. ¿Pero siempre se ha cumplido y se cumplirá con esta obligación?

¡Ah! por desgracia no; por desgracia los hombres se dejan arrastrar por sus pasiones y aun cuando la voz de la conciencia les indique el camino recto, ellos cierran sus ojos y se lanzan con frágiles alas á los abismos del mal, á los precipicios de la miseria, de donde serán sacados por la Ley para ser juzgados, para que respondan ante la Sociedad por qué han cometido sus crímenes, y después... ¡infelices! tendrán que ocupar un lugar en la Penitenciaría, donde estarán solos, completamente solos, con el persistente recuerdo de sus delitos.

Pasará el tiempo, purgarán su crimen, y regenerados ya, saldrán á ocupar su puesto en la Sociedad.

Tal será la pena que pueda merecer el empleado que además de haber violado la correspondencia, se haya apoderado de alguna cantidad de dinero contenido en ella.

Los tribunales, entonces lo juzgarán, teniendo en cuenta las reglas de acumulación, y su pena será mayor.

Si algún funcionario público cometiere ó mandare cometer el delito de violación, sufrirá la pena de dos á seis años de prisión, y si fuere federal, quedará destituido de su cargo, é inhabilitado para obtener algún otro empleo de la Unión por un término que no baje de cuatro años ni exceda de seis.

Existe, sin embargo, una concesión que se les hace á los jueces para que cuando á un individuo se le está instruyendo su proceso y todavía les faltan datos, les puedan abrir la correspondencia, y cuántas veces, gracias á esta precaución, ha brotado la luz y ha aparecido el delito en el punto de vista verdadero.

Hé aquí cómo, apoyado en el artículo 25 de nuestra Constitución, brilla refulgente y airosa esta gran institución: el Correo; este templo con millares de sacerdotes; esta gran fábrica donde se elabora el progreso intelectual y moral, y este lugar en donde nuestras ideas y afectos son guardados y entregados en manos de los que viven lejos de nosotros y á los que podemos dar, ya un símbolo de cariño ó ternura, ya un consuelo en sus dolores.

Ahora que estamos en la alborada del siglo XX, ahora que nuestra Patria está en una era de paz, vemos, con gran alegría, que ya se ha consagrado el día 14 de Septiembre del año próximo pasado, un edificio al Correo, y que pronto quedará terminado, para orgullo de los que amamos los progresos dimanados de nuestros Códigos, iniciados por eminentes personalidades: Hidalgo y Juárez.

Por eso ¡oh Patria! el tiempo pasará, y las generaciones se sucederán cual fantásticas visiones; pero la memoria de los seres que te han salvado de la esclavitud y de la desgracia, no morirá; ella vivirá eternamente, pues tú los has acogido en tu manto tricolor, y ahí vivirán siempre recibiendo los blanquecinos rayos de la pálida Diosa de la noche, bajo el azul y límpido cielo de nuestra adorada Tenoxtitlán.

México, 6 de Junio de 1903.

MARGARITA RUIZ.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

---

## AGRICULTURA INDIGENA.

---

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

Cuando entre las oscuras montañas se difunden los primeros albores de la aurora, el rey del firmamento, desplegando su dorada cabellera, derrama sus fulgores prodigando vívidos matices en todos los ámbitos de la tierra; el coro de las aves lo saluda, y los tallos, á su dulce beso, se yerguen hacia el cielo, engalanados con sus frescas flores que rompen sus coloridos pétalos de tejido tenue y suave perfume; más allá, el arroyuelo que cual estela de nácar centellea, sigue su cadencioso murmurio, la naturaleza despierta y eleva sus preces al Ser Omnipotente que con benigna mano ha legado á nuestra grandiosa Tenoxtitlán todo lo poético y seductor: bellas cascadas, ondas espumosas, henchidos ríos, cristalinas fuentes, inmensos valles, bosques espesos, fértiles praderas, corpulentos árboles; y cuántas flores, esas hermanas de la mujer, que son nuestras fieles intérpretes, nuestras queridas confidentes; ellas di-

rán al amado lo que la tímida doncella quisiera expresar; ellas recogerán las ardientes lágrimas y las tiernas caricias, para llevarlas al ausente; la pudorosa violeta, las bellas ninfas y las blancas azucenas en unión de la rosa soberana y el arrogante heliotropo, entonarán himnos de amor sobre la fría tumba, así del niño, del joven y del anciano, como del héroe y del justo.

Si en alas del pensamiento cruzamos la inmensidad de los tiempos, admiraremos que con majestuoso vuelo surcaba los aires el águila soberana, y los designios de un Dios hicieron que fuera á posar sobre un hermoso nopal, que orgulloso se levantaba entre las cristalinas ondas, las que con suaves murmullos llamaban y tendían sus amantes brazos á aquella multitud que ansiaba poseer un lugar al que pudiera dar el dulce nombre de patria.

Y como consecuencia, aquel pueblo heroico buscaba la manera de poder subsistir lejos de sus enemigos y bajo la sombra de la bendita libertad, surgiendo de ahí la ingeniosa invención de las chinampas.

Durante la estación de las crecidas, de las pantanosas orillas de los lagos de Xochimilco y Chalco se desprendían algunas motas de tierra cubiertas de yerbas y unidas por raíces, las cuales, llevadas por el viento, flotaban hasta que el blando céfiro les permitía reunirse algunas veces, para formar una especie de islotes; los cuales los llenaron de esperanzas.

Las primitivas chinampas, fruto de sus esfuerzos, no eran sino motas de césped, reunidas artificialmente, cavadas y sembradas.

La industria y el arte fueron perfeccionando este género de cultivo, y cuando los españoles pisaron nuestro suelo, admiraron las poéticas balsas formadas de ca-

ñas, juncos, raíces y ramas de arbustos silvestres. Los aztecas cubrían éstas materias ligeras y enlazadas unas á otras, con un manto negro impregnado de muriato de sosa. Este suelo, regado por las aguas del lago, iba perdiendo poco á poco aquella sal, y el terreno se hacía más fértil, mientras más se repetía esta operación.

Estas chinampas fueron llamadas por los europeos jardines flotantes; de las cuales existían dos clases, unas movibles, que al impulso del viento eran transportadas de una orilla á otra, que fueron las propiamente llamadas jardines flotantes, y las otras fijas y cerca de las márgenes; hoy aun existen estas últimas, mas de las primeras sólo su pintoresco recuerdo.

Las más veces, entre las ramas de estos islotes, se ocultaba la choza del indio que protegía no sólo sus propiedades, sino varias de estas porciones unidas.

A medida que se fueron apartando el lago dulce del salado, las chinampas movibles se fueron fijando en un sitio. Cada chinampa afectaba la forma de un paralelogramo de 100 metros de largo por 5 á 9 de ancho, divididos unos de otros por angostas aseQUIAS que se comunicaban simétricamente entre sí.

El centro era ocupado por las plantas alimenticias como: habas, guisantes, pimientos, alcachofas, coliflores y otra infinidad de legumbres; las orillas estaban tapizadas de flores y á veces de esos arbustos que son el encanto de los jardines, y cuya variedad nos embelesa, un vallado de rosales.

La palabra agricultura, en Europa, era tomada en un sentido muy distinto del que se le daba en México. En Europa, cuando se hablaba del estado floreciente de la agricultura, no resaltaba á la imaginación la idea de cosechas que da el sustento al hombre; sino la idea de

terrenos que producen objetos de cambio para el comercio y de materiales para las fábricas.

En algunas partes del globo y aun en el Nuevo Continente, se veían terrenos cultivados con esmero; pero á costa del precio más valioso que tiene el hombre, regado por las lágrimas y el sudor de la horrenda esclavitud.

En México la palabra agricultura recordaba ideas más halagadoras y risueñas, el cultivador era pobre; pero libre. Sus principales objetos no eran aquellos productos á que el lujo de los europeos han dado un valor variable y arbitrario; sino los cereales, las raíces nutritivas y el rico maguey que es la vid de los mexicanos.

La vista de los campos demostraba al viajero que aquel suelo daba de comer á aquellos que lo cultivaban, y que la prosperidad de ese pueblo no eran ni las vicisitudes del comercio, ni la inquieta política.

La influencia de las minas contribuyó extraordinariamente para el desmante; porque las vetas se acababan y los mineros se iban en pos de más fortuna; pero el colono quedaba estrechamente ligado á aquel suelo que sus padres habían desmontado.

Parece que la sociedad no hacía felices á aquellos hombres, sino las seducciones del campo que los embriagaba. Esta tendencia moral, sobre todo de la raza indígena, se ha venido observando, y que, á semejanza de los árcades, los naturales preferían habitar las cimas y flancos de las montañas.

¡Cuán satisfechos debemos de estar los mexicanos, de aquellas pacíficas conquistas de la agricultura, al ver aquellas innumerables chozas indígenas esparcidas en las quebradas más silvestres, entre bancos de roca desnuda y árida!

Una breve relación haré de las plantas que más utilidad prestaron á esa sociedad: el Plátano ó Banano que, según Oviedo dice: “que un fraile de la orden de predicadores, llamado Tomás Berlangas, en 1516 plantó los primeros plátanos en la isla de Santo Domingo. Asegura el mismo, que el musa, cultivado en España, cerca de la ciudad de Almería, en el reino de Granada, y en el convento de Franciscanos, de la isla de la Gran Canaria, en donde Berlangas había tomado los hijuelos que se transportaron á Hispaniola, y de allí sucesivamente á las demás islas y Continente.

Esta opinión no puede aceptarse como absoluta, porque tal vez suceda con los plátanos lo mismo que con los perales y cerezos, no saber cuál es su verdadera patria; sin embargo de no conocerse todos los musas, se distinguen 18 especies, siendo las que primitivamente se cultivaron en nuestro rico suelo: el Plátano ó Hartón, el Camburí y el Domínico. En el Perú se cultivaba una cuarta especie, de exquisito gusto, el Meiyra, del mar del Sur. Ahora, en México y todo el Continente de la América Meridional, se conserva la tradición de que el Plátano Hartón ó Zapalote y el Domínico, se cultivaban allí antes de la llegada de los españoles, y cuya maravillosa fecundidad es mil veces mayor que la de las gramíneas de Europa.

En la misma región que se cultivaba el plátano, se producía la yuca, cultivada desde la más remota antigüedad, y que los botánicos han reunido en su inventario de las especies, bajo el nombre de *jatropha manhiot*.

En las colonias españolas existen dos clases de ella, la dulce y la amarga, que es venenosa; pero sin embargo, se emplea con ciertos procedimientos para hacer el pan de manioc.

En esta misma región es cultivado el maíz, cuyos productos son más extensos é importantes que los anteriores. Era tradición entre los pueblos aztecas, que en el siglo VII de nuestra Era, los toltecas fueron los que introdujeron en México el cultivo del maíz, algodón y pimiento.

La portentosa fecundidad de esta planta es superior á lo que se pueda imaginar, y con la protección del calor y la humedad, se levanta hasta 2 ó 3 metros de altura, pudiendo valuarse su producto á 150 por una fanega.

El cultivo del trigo también ha contribuído felizmente al bienestar de los mexicanos. Se dice que un esclavo de Cortés encontró 3 ó 4 granos de trigo en el arroz, que servía de alimento al ejército español; aquellos granos se sembraron, según parece, en 1530, siendo, por consiguiente, el cultivo del trigo en México, anterior que en el Perú.

La región templada principalmente, los climas en que el calor medio del año no pasa de 18° á 19° centígrados, parece el más á propósito para el cultivo de los cereales, no comprendiendo en esta denominación más que las gramíneas nutritivas, conocidas de los antiguos, como son: el trigo, la espelta, la cebada, la avena y el centeno.

Existe una carta del héroe, que en medio de las sangrientas luchas, tuvo la vista fija sobre todos los ramos de la industria nacional, Hernán Cortés, que escribió á su soberano: "Todas las plantas de España producen admirablemente en esta tierra. No haremos aquí como en las islas en donde hemos descuidado el cultivo y destruído á los habitantes. Una triste experiencia debe hacernos más prudentes. Suplico á V. M. que mande á

la casa de contratación de Sevilla, que ningún barco pueda hacerse á la vela para este país, sin cargar una cierta cantidad de plantas y granos."

Hay una planta cuyo aspecto, rígida, obscura y seca, no despierta gran interés; pero que estudiada y contemplada, se encuentra hermosa y cubierta de detalles delicados. Su forma es atrevida y sus elevadas puntas hacia el cielo, nos revelan que quizá de allí surgió la invención de la corona de los reyes para eternizar una familia especial que tuviera el poderío del mundo; es aquella cuyas producciones innagotables han dado tanta riqueza; ella encerraba en su seno el espumoso licor, cuyo descubrimiento ha inmortalizado á la hermosa Xochitl, la cual, al presentarse á Tepalcatzin, como dice Veytia, "llevaba en las manos un azafate y en él algunos regalos comestibles, siendo el principal un jarro de miel de maguey."

Se produce principalmente en la Mesa Central, encontrándose también otras muchísimas especies.

Mas el maguey no sólo era su vid, sino que también podía reemplazar el cáñamo del Asia, y la caña papel de los egipcios; ha sido fiel testigo de su poder y civilización, pues con la fibra de sus hojas maceradas en agua y pegadas á tongadas como las fibras de cyperus del Egipto y de la morera de las islas del mar del Sur, pudieron pintar en ellas sus múltiples figuras jeroglíficas.

El jugo de cocuyza, que da el agave cuando está lejos de su punto de saturación, es muy acre, y era empleado como cáustico para curar las llagas.

Las espinas con que terminan las hojas, eran usadas como alfileres y clavos; con ellas se perforaban los brazos los sacerdotes, como acto de expiación.

El agave pertenece á la familia de las Amarilídeas, dotado de hojas coriáceas y espinosas; existen muchas especies, de las cuales por la división de su corola, lo largo de sus estambres y la forma de sus estigmas, parecen pertenecer á géneros diferentes. El maguey ó metl, que se cultiva en México, está dotado de flores amarillas en hacecillos, derechas y con los estambres dos veces más grandes que la corola, que se ha hecho tan común en nuestros jardines.

Sería muy extenso hacer una completa reseña sobre todos los productos de la heroica y laboriosa agricultura indígena, que ha legado á la posteridad palpables pruebas de su habilidad, y demostrado que no era imposible sin el buey, cultivar las tierras, como aseguraba Buffón.

Sólo me resta, para terminar, dedicar entre las humildes páginas de mi relato, un respetuoso homenaje de afecto y veneración al célebre historiador y elocuente Barón de Humboldt, cuyo Ensayo Político sobre Nueva España, nos llena de satisfacción.

Hoy la ciencia descubre portentos á cada paso. La naturaleza, mientras más se analiza, más leyes y argumentos nos ofrece: pues bien, acerquémonos á la fuente del saber, no desmayemos en nuestra azarosa misión; caminemos, compañeras amadas, en pos de la ciencia sacrosanta, para que, cubiertas por sus níveas alas, crucemos el inmenso océano de la vida en la góndola azul de la esperanza.

13 de Junio de 1903.

ERNESTINA HERNANDEZ CHAVEZ.

---



---

CONSIDERACIONES PEDAGÓGICAS.

ATENAS Y ROMA.

---

Demóstenes, Esquilo, Platón, Sócrates, levantaos, sacudid el polvo que os cubre, apareced ante mí con vuestros pensamientos, con vuestro vigor de antaño, con la gloria que os hizo inmortales.

Alzad de la tumba vuestras cabezas insignes, Cicerón, Julio César, Virgilio; venid, prestadme la pluma que os ha servido para vuestras obras colosales. Venid á darme vuestra ciencia, reflejo fiel de la sabiduría de Dios; y vosotros, Píndaro, Propercio, inmortales poetas, venid con vuestras galas artísticas, sacudid vuestras vestiduras, dejad que caigan cual estrellas errantes, cual cristalinas gotas de rocío, vuestros nobles pensamientos, vuestras bellas figuras, vuestras elegantes cláusulas; levantaos, voy á hablar de vuestras patrias, de vuestras cunas, de vuestros hermosos países, voy á recordar sus pasadas grandezas, su brillante esplendor; voy con mi débil pluma, con mi pobre pensamiento, con mi torpe inteligencia, á levantarme en alas de la idea, para dedicar un recuerdo á la capital del mundo católico y al hermoso país de los helenos.

---



El agave pertenece á la familia de las Amarilídeas, dotado de hojas coriáceas y espinosas; existen muchas especies, de las cuales por la división de su corola, lo largo de sus estambres y la forma de sus estigmas, parecen pertenecer á géneros diferentes. El maguey ó metl, que se cultiva en México, está dotado de flores amarillas en hacecillos, derechas y con los estambres dos veces más grandes que la corola, que se ha hecho tan común en nuestros jardines.

Sería muy extenso hacer una completa reseña sobre todos los productos de la heroica y laboriosa agricultura indígena, que ha legado á la posteridad palpables pruebas de su habilidad, y demostrado que no era imposible sin el buey, cultivar las tierras, como aseguraba Buffón.

Sólo me resta, para terminar, dedicar entre las humildes páginas de mi relato, un respetuoso homenaje de afecto y veneración al célebre historiador y elocuente Barón de Humboldt, cuyo Ensayo Político sobre Nueva España, nos llena de satisfacción.

Hoy la ciencia descubre portentos á cada paso. La naturaleza, mientras más se analiza, más leyes y argumentos nos ofrece: pues bien, acerquémonos á la fuente del saber, no desmayemos en nuestra azarosa misión; caminemos, compañeras amadas, en pos de la ciencia sacrosanta, para que, cubiertas por sus niveas alas, crucemos el inmenso océano de la vida en la góndola azul de la esperanza.

13 de Junio de 1903.

ERNESTINA HERNANDEZ CHAVEZ.

---



---

CONSIDERACIONES PEDAGÓGICAS.

ATENAS Y ROMA.

---

Demóstenes, Esquilo, Platón, Sócrates, levantaos, sacudid el polvo que os cubre, apareced ante mí con vuestros pensamientos, con vuestro vigor de antaño, con la gloria que os hizo inmortales.

Alzad de la tumba vuestras cabezas insignes, Cicerón, Julio César, Virgilio; venid, prestadme la pluma que os ha servido para vuestras obras colosales. Venid á darme vuestra ciencia, reflejo fiel de la sabiduría de Dios; y vosotros, Píndaro, Propercio, inmortales poetas, venid con vuestras galas artísticas, sacudid vuestras vestiduras, dejad que caigan cual estrellas errantes, cual cristalinas gotas de rocío, vuestros nobles pensamientos, vuestras bellas figuras, vuestras elegantes cláusulas; levantaos, voy á hablar de vuestras patrias, de vuestras cunas, de vuestros hermosos países, voy á recordar sus pasadas grandezas, su brillante esplendor; voy con mi débil pluma, con mi pobre pensamiento, con mi torpe inteligencia, á levantarme en alas de la idea, para dedicar un recuerdo á la capital del mundo católico y al hermoso país de los helenos.

---

Bajo un cielo azul purísimo; al Suroeste de la Europa, y bañando sus costas en el vasto mar Mediterráneo, se desarrolla la antigua Grecia.

Vecina de la Turquía Europea, tiene sus costas regadas por los mares Jónico y del Archipiélago. Este país, que dió al mundo genios inmortales que han sentado en tierra firme la memoria de su patria, se hallaba dividido en Continental, Morea é Insular. Como divisiones de la primera, encontrábanse el Atica y Beocia, con su capital, Atenas; notable pueblo que hizo crecer y dió un gran impulso á las ciencias y á las artes.

Atenas, cuyo escabroso suelo han pisado verdaderas notabilidades artísticas, hombres de letras, de ciencias, y hábiles políticos, guerreros, industriales, comerciantes y patriotas; aquella grandiosa ciudad de la cual no quedan sino las hermosuras del arte griego, del inmortal arte que legaron al mundo los helenos, y los gratos recuerdos que fielmente recoge la historia y que transmite puros á nosotros; Atenas, digo, es de la que voy por un momento á ocuparme.

---

Hermoso día de Estío, en el mar no hay sino una brisa ligera. El cielo tiene ese transparente azul que parece un reflejo purísimo de la infinita bondad del Creador. El sol lanza sus dorados rayos que alegran y fortifican la vida y el movimiento; la naturaleza toda parece convidarnos á la contemplación.....

Veó ante mí la parte de Atenas que recibió el nombre de la Acrópolis y en el fondo, destacándose soberbio, majestuoso, contemplo el Partenón.

Qué hermoso es..... pero ¿qué digo? acaso existe

tal cual lo construyeron los antiguos griegos; no, otra mano más poderosa que la suya, lo ha desbaratado, lo ha convertido en ruinas; esta mano es la del tiempo; sin embargo, yo no lo veo tal cual existe hoy, en ruinas, no; mi vista va más lejos, lo contemplo soberbio, bellissimo, tal cual lo contempló Pericles, su reedificador. Aquella sublime obra que ha dado gloria imperecedera á Fidias, y cuyas ruinas se levantan hoy, atestiguando el gusto artístico de los atenienses, se presenta ante mis ojos tal como se alzaba en los antiquísimos tiempos de la gran Atenas.

Contemplo al Partenón levantándose imponente ante los ojos de los que vieron en aquellas épocas sus columnas bellas, su frontón hermoso en el cual, atestiguando la pureza del arte griego, se descubren los bonitos bajos-relieves que representan los combates de centauros y atenienses; y más alto descubro una obra que demuestra el gusto artístico del inmortal Fidias..... "Minerva," á la cual estuvo dedicado el Partenón..... sublimidad augusta de la creación humana; obra grandiosa!..... "Minerva" tallada en oro y marfil, contrastando con las soberbias y marmóreas columnatas, galas entonces del gusto artístico, hoy sólo dedicadas á ser cuna y vivienda de las parleras y alborotadoras golondrinas que entonan sus alegres cánticos como si recordaran la grandeza magnífica de Atenas.....

Me parece ver, como en posteriores tiempos, al Partenón constituyendo el centro de las reuniones para discutir los asuntos políticos de Atenas; veo llegar ahí á los jueces y bajo aquella obra de arte sentarse á juzgar los delitos que se cometían en Atenas..... lo veo cómo más tarde, siendo un templo cristiano, dentro del cual el hombre va á doblar la rodilla, no ya como

en tiempos antiguos á adorar á Minerva, sino á adorar al Dios único, al que con su sangre y desde la cima del Calvario, predicó su religión sublime, portentosa luz que sirve de poderosa guía al hombre. Más tarde..... ¡oh! que transformaciones ha sufrido el Partenón; la invasión de los turcos ha venido á cambiarlo en una mezquita, y más tarde todavía..... el paso rápido y fugaz de los siglos no ha dejado en pie sino sus ruinas.

Recorriendo la antigua Atenas, veo y admiro el Teatro, el Liceo, el Areópago, la Academia y tantos edificios hermosos que han desaparecido ya del suelo que pisaron Pericles y sus contemporáneos.

En este pueblo, como en las demás naciones del mundo, se va desarrollando poco á poco la civilización, factor importantísimo de la vida de los pueblos, y que ahí, más que en otra parte, puede verse, puesto que Atenas ha sido, con razón, nombrada cuna de las artes y las ciencias.

Recordemos que en la Grecia se daba una importancia capital á la educación física; pero que en Atenas, si es cierto que se cuidaba esta educación, no es menos cierto que se desarrollaban también las facultades intelectuales del niño.

La Pedagogía, ciencia práctica por excelencia, tiene en Atenas un corto desarrollo.

Solón, el gran legislador ateniense, el gran hombre de Estado, imponía á éste la obligación de dar á sus hijos la instrucción; pero no consideraba que debiera hacerse más sino mejorar en lo posible la educación dada en el hogar.

La educación marcada por Solón, era sin embargo muy vasta, puesto que aun los hijos de las familias más humildes, aprendían ante todo, la lectura, un arte ó un ofi-

cio cualquiera, el arte de labrar las tierras, así como el comercio; siendo los niños hijos de padres ricos, se les enseñaba la lectura, el difícil arte de la música, la caza, la equitación y la hermosa ciencia del razonamiento por excelencia, la Filosofía.

El excelente gusto de los atenienses, que se reconcentraba en que sus hijos aprendiesen las artes y las ciencias, podía desarrollarse ahí con todo vigor, puesto que los padres eran libres para educar é instruir á sus hijos.

Figuran en Atenas, como centros de instrucción, desde los primeros tiempos, el Pedagogium y el Gimnasio. En el primero se suministraban á los pequeños que ingresaban ahí á los siete años, una instrucción no muy vasta; pero sí muy provechosa, puesto que formaba la base de una instrucción que más tarde era perfeccionada y que debía servir de elemento para el gran organismo político de Atenas. La instrucción dada en el Pedagogium comprendía la lectura, la escritura y el canto. Las dos primeras, factores del progreso de un pueblo, llámese Egipto, Esparta, Roma, ó con el nombre que en la historia le corresponda, y el último, el canto, un arte hermoso que ennoblece y levanta en sus alas á una gran altura á los pueblos de la humanidad.

Después de esto se enseñaba á los niños un arte, un oficio cualquiera, que él ó su padre eligiesen y al fin, á los veinte años, era ya ciudadano y había terminado su instrucción.

En el Gimnasio era donde se daba al joven ateniense el desarrollo físico y los medios para que pudiera ser un verdadero soldado y para que pudiese defender á la patria; á esta educación se daba en Atenas una gran importancia, el Estado cuidaba de formar hombres há-

biles que los defendiesen y que sostuviesen al Estado en las guerras terribles en que se empeñaba sin cesar.

Como personaje notable en estos establecimientos, se veía al jefe de ellos ó Gimnasiarca, que era el que tenía que vigilar los ejercicios que ahí se formaban.

También figuran en Atenas las Palestras, que eran como los anteriores institutos, sostenidas por el Estado, y en donde se desarrollaba físicamente al niño, siendo para éste lo que el gimnasio era para el joven. En las Palestras desarrollaban sus fuerzas preparándolo para los ejercicios que practicaría después en el Gimnasio.

Esto era lo que referente al hombre se hacía en Atenas, pero..... ¿y la mujer? ¿la que debe formar el hogar doméstico? ¿la que va á dar al mundo ateniense los guerreros, la que debe ocuparse de dar á la patria grandes patriotas, instruídos hijos que la cuiden y la amen? ¿Qué desconsolador efecto produce recordar que en vez de cuidarse de educarla é instruírla, dotándola de los conocimientos necesarios para que instruyese á sus hijos y los hiciese dignos de llevar el nombre de ciudadanos atenienses, y para que pudieran salvar algún día á la patria, de opresores extranjeros; en vez de instruírla—digo—se le dejaba abandonada á sus esfuerzos propios y ella se cuidaba de su cuerpo, de embellecerse, de arreglarse bien y de presentarse lo mejor posible, lo más bien ataviada, para agradar, para cautivar, para engrandecerse á sí misma, descuidando en mucho la parte de instrucción que á sus hijos debiera dulce y tiernamente impartir.... ¿Y su inteligencia?..... ¿Y el tesoro precioso que esconde?..... ¿Su alma?..... la ha olvidado por completo, no la recuerda, no la adorna como adorna y engalana su hermoso cuerpo; da la

preferencia á la educación física sobre la educación moral.

Así se instruía á ese pueblo artista de corazón y guerrero de profesión.

En el siglo VI, antes de Jesucristo, es en el que aparece el gran Solón, que ha hecho sobresalir su recuerdo de entre sus hermanos los atenienses; era el tiempo en que imperaba el respeto á los maestros, á los superiores; el tiempo en que dominaban las artes; sentimientos nobles y elevados habían echado raíces en el corazón de aquellos hombres que no parecían dispuestos sino á salvar á su patria y defenderla ante los peligros que pudieran amenazarla.... ¿duraría esto siempre? en aquellos hombres virtuosos y nobles ¿no entraría alguno de los horribles vicios de que está plagada la humanidad?.....

El hombre, el ser que á juicio de muchos es el más perfecto de la creación, no ha podido desde los primeros años de la historia del mundo mantenerse por encima del error y de la imperfección.....

En Atenas, después del brillante período de su apogeo, vino la decadencia, que cual rápido é impetuoso torbellino arrastró las mil y mil elevadas ideas que estaban implantadas en el corazón de cada ateniense, y cual el huracán que arranca las hojas de los árboles y no deja sino el desconsuelo y la tristeza en torno, y los bosques llenos de polvo, sin su alegría, sin su follaje y nada que recuerde el pasado esplendor, así la decadencia no dejó en Atenas nada que pudiera recordar su pasada grandeza; los jóvenes, en lugar de respetar á sus padres y á sus superiores como cien años atrás, se complacían en mostrar al mundo, su absoluta falta de respeto, y en lugar de permanecer como antes, en la

práctica santa de las virtudes, se entregaban sin ninguna pena y con no menos desvergüenza al escándalo y á la embriaguez.

Los niños perdieron mucho en aquella decadencia, pues ya no eran los que se dedicaban al estudio y al trabajo, sino que se habían debilitado por completo con aquel método de vida que se siguiera entre ellos.

En medio de este horrible desconcierto, en este período en que parece que el tiempo ha dejado caer su triste manto del olvido sobre el mundo ateniense; en que no hay sino obscuridad y desaliento en aquella región hasta entonces privilegiada, aparece un hombre, notable por sus ideas, que no viendo los peligros á que iba á exponerse, se propuso reformar á sus conciudadanos, levantarlos del polvo vergonzoso de los vicios y ennobleclos, sosteniéndolos á la gran altura que una centuria antes hubieran alcanzado.

Como estrella de primera magnitud, que brilla en hermosa noche clara y transparente, se destaca la figura grandiosa del inmortal Sócrates, reformador soberano de las instituciones atenienses en el orden pedagógico.

¡Ya brilla pura y esplendorosa la luz y parece que no va á extinguirse jamás; el hermoso arco-iris aparece después de horrorosa tormenta en el tenebroso cielo de la gran Atenas!

La obra emprendida por Sócrates era grande, levantada, noble, sublime; pero tenía escollos supremos, tenía dificultades mil, y sin embargo, él, sin temor, sin duda, se apresura á emprenderla y quiere, con su sublime esfuerzo, sobrepujarla.

La doctrina socrática envuelve sublimes pensamientos, encamina al hombre hacia su Dios y predica por el

mundo ateniense la virtud, el magnífico sentimiento de la religión, y como todos los monumentos colosales, como todas las suntuosas obras que regeneran y levantan á los pueblos, así se levanta y brilla y brillará eternamente por entre todas las magníficas obras de regeneración.

Aparecen poco después y brillan también con vívido fulgor, un discípulo de Sócrates, Platón; y un discípulo de éste, Aristóteles.

El primero, de genio alto y levantado, daba á su método un carácter que tenía cierto tinte aristocrático; y el segundo, de aspiraciones humildes, observador notable de las costumbres de su pueblo, se abstenía de todos los principios aristocráticos y se limitaba á dar sus pedagógicos principios, sencillos, puros y nobles, considerando en ellos los derechos humanos y los de la familia.

Uno de los principales pensamientos de Platón era que se educase á la mujer en el mismo medio que al hombre, es decir, haciéndola apta para defender á su patria y para levantarse en armas contra el extranjero; esto debilitó en gran parte las sabias doctrinas del aventajado discípulo de Sócrates.

Para terminar lo que á Atenas se refiere, debo decir que ahí, como en toda la Grecia, se ve como principal mira del pueblo, ser fuerte y poderoso guerrero; para probarlo, baste recordar que si al nacer los espartanos eran débiles ó enfermizos, se les mataba, sacrificando la prenda de la madre por la de la nación; privando á la madre de su hijo, antes que permitir que tuviese un ser inútil subordinando así el amor maternal sublime y puro, al fanático patriotismo.

Roma, reina augusta del mar Tirreno, capital del mundo antiguo, levanta la cabeza, rasga ya el velo que te ha colocado la ignorancia y que te cubre pesado, sombrío, negro, odioso.

La señora del floreciente Estado italiano, la bella Roma, que se levanta majestuosa aún, la que por mucho tiempo tuvo las mejores glorias guerreras, es la ciudad que hoy, sin la magnificencia que tuviera en tiempo de Julio César y de Octavio Augusto; pero con las sublimes maravillas que dejaron ahí artistas como Miguel Angel y Rafael, glorias del mundo, y cuyos nombres son oídos y dichos con veneración; se eleva imponente y es de la que vamos a visitar con el pensamiento y en rápido vuelo, los mejores monumentos que conserva aún y que son reveladores de su larga serie de civilizaciones.

El Vaticano se destaca soberbio, bellissimo y nos presenta sus galas que admiran, que encantan, que extasían. Rafael pareció dejar ahí una parte considerable de su genio, de su saber, de su pintura soberbia; recibiendo en cambio la gloria admirable que rodea su nombre y que lo levanta á tan gran altura.

La iglesia de San Pedro, gala también del pueblo romano, se alza anexa al Vaticano. Esta es una muestra más del magnífico gusto de Miguel Angel, del arte arquitectónico y de la magnificencia desplegada por los romanos de la omnipotencia, y que muestra las sublimes bellezas que adora el corazón; que ennoblecen y levantan el alma hasta Cristo muriendo en el árbol santo de la cruz.

La iglesia de San Pedro de Advíncula, que muestra la gran obra que inmortalizó á su autor; el Moisés de Miguel Angel.

Se alzan ahí, como es la capital del mundo eclesiástico, otras muchas iglesias que reciben diversos nombres; de las que algunas son preciosas joyas del arte arquitectónico.

Los palacios que ahí se contemplan, son también grandiosos, bellos, suntuosos: el palacio Farnesio, el del Quirinal, el Rospigliosi, el Corsini que guarda entre sus muros cuadros bellísimos de diferentes clases y naturalezas, de los que únicamente citaré como más notable, la Anunciación, cuadro debido al insigne Miguel Angel.

En cuanto á sus demás edificios, cuéntanse el Teatro Apolo y muchos otros dedicados á la Comedia y á la Tragedia.

Como monumentos antiguos, existen los arcos de Septimio Severo, de Vespasiano, de Trajano, de Constantino y otros; el Coliseo ó Circo donde tan bárbara é inhumanamente eran martirizados los cristianos.

La ciudad que nos ocupa, va á ser objeto de un estudio pedagógico para comparar con los adelantos notables de la ciencia moderna, desconocida entonces por aquellos hombres. Veamos, pues, á Roma, desde el punto de vista pedagógico.

La educación de los romanos puede dividirse en tres períodos, como se dividió también en Atenas, y así vemos que en Roma se cuidaba en la primera época, de educar al niño, y la familia era un poderoso factor de la educación.

Así como en Atenas predomina en la primera época la práctica sublime de las virtudes, así también en Ro-

ma nacen, crecen y se desarrollan con notable impulso las virtudes, astros vivísimos de luz y de santidad que purifican al hombre y lo levantan á una gran altura.

Después viene en Roma la decadencia.... ¡El ángel de níveas alas ha roto su lira!..... ¡Ha muerto!..... Se levanta en cambio un triste murmullo de pesar, de tedio y el romano, en vez de alzarse, se arrastra por el inmundo suelo de los vicios.

Después de la decadencia viene también la reacción como vino en Atenas; y así como en la Capital de Beocia se presenta á los ojos de la historia la doctrina socrática; aquí aparece la doctrina de Jesucristo.

Pero toda la comparación que hemos hecho cesará hasta aquí, puesto que Sócrates nunca puede igualar á Jesucristo.

Ocupémonos de las tres épocas de la educación romana.

Remontémonos al siglo III, antes de Jesucristo, para dar una ojeada rápida á la Pedagogía.

Antes de esta época, no hubo en la orgullosa Roma ninguna escuela; la madre era la que instruía y educaba á sus hijos, y era la que parecía inculcar en ellos todos los bellos sentimientos que adornaban su alma.

Así pues, en Roma, se daba á la mujer una educación totalmente distinta de aquélla que en Atenas se la suministraba, puesto que en ésta, ella no era sino la esclava; en tanto que en aquélla, á pesar de ser esclava, tenía un lugar, si no tan alto como merecía, pero que al menos no la obligaba á arrastrarse entre el horrible fango de la esclavitud; y si no se alzaba como el águila ó el cóndor, al menos se mecía en el tejado como el gorrioncillo ó la humilde tórtola.

Más tarde, vemos levantarse á la Oratoria, y comien-

za en la ciudad capital de Italia el desarrollo pedagógico de la educación del niño, semejándose en partes á la ateniense, y en otras mil distinguiéndose.

En ambas naciones vemos el espíritu guerrero; pero en Atenas se nota que en un principio se desarrollan también las facultades intelectuales, y más tarde únicamente las físicas. En cambio, en Roma, el primer impulso de la educación es puramente físico y luego comienzan á formarse ahí los oradores, los escritores, los hombres de ciencias.

Así como en Atenas hemos visto figurar á Solón, aquí se levanta Quintiliano, si no como legislador, al menos con el propósito de reformar á todos aquellos espíritus. Se ejerció Quintiliano tanto en la enseñanza pública como en la privada, y se empeñó en levantar á la Oratoria.

Al citar á este notable hombre, no puedo pasar por alto los nombres de Cicerón y de Varrón, que le ayudan en su grande cuanto importante obra.

La instrucción prescrita por Quintiliano era vasta, comprendiendo: Primero, la lectura y la escritura, después, la Gramática, y por último, la Retórica.

En la enseñanza de la lectura se ve una marcada tendencia á que el niño no sólo sepa leer para sí, sino también para los demás, y sin ninguna afectación ni exageración en los modales.

La escritura se les enseñaba por medio del uso de hermosas y sabias máximas morales.

Después de los cuatro ramos mencionados, venían la Geometría, la Música y la Filosofía; esto demuestra que la educación era contraria de la que se daba en Atenas, puesto que Solón cuidaba más la educación física que la educación intelectual, en tanto que Quintilia-

no se aleja de estas ideas y se dedica á cultivar de preferencia la inteligencia infantil.

En las escuelas romanas se seguía una disciplina tan grave y fuerte, que se observaba desde el vestido y el peinado hasta las más elevadas muestras de cortesía.

En Roma vemos algo semejante á lo que en Grecia hemos visto; en ésta se mataba á los niños que no se consideraba aptos para la guerra y en aquélla se abandona á los pequeños, á quienes no se quiere educar.

El segundo período de la educación romana, es á mi juicio, de menos importancia que el tercero, y puede encerrarse en pocas frases; por esta razón me limitaré en aquél, para hablar más extensamente de éste.

En el segundo período, ó sea el de la decadencia pedagógica, se ve que el Senado romano hace que la enseñanza retórica y la gramatical se separen por completo; y un poco más tarde, se prohíbe la enseñanza de la Retórica.

Nos hallamos en el siglo I, y en el gobierno de Augusto en Roma; en este siglo nace allá, en la simpática Jerusalem, cerca de las pintorescas montañas de Galilea, el Mesías prometido. Treinta años después de su nacimiento, aparecen aquellas sublimes doctrinas que en el Oriente derramó, de las cuales he hecho mención.

La poderosa influencia del cristianismo llega hasta Roma, y la hace cambiar tanto en su modo de ser, que marca este cambio el principio de la tercera época de la educación romana..... si en Atenas brilló después de la tormenta el símbolo de la paz, el bello arco-iris; en Roma ha brillado ya la purpúrea luz de la aurora boreal después de noche oscura y horrible.

La doctrina de Cristo se alza muy grande, muy noble y viene á ejercer una influencia notabilísima en la hermosa península italiana.....

El cristianismo se levanta y enarbola el sublime estandarte de sus grandiosas doctrinas y viene á purificar el corazón de la humanidad.

Como uno de sus más hermosos y nobles principios, se publica por todos los ámbitos de nuestro planeta, el maravilloso de la "Fraternidad Universal."

Jesús ennoblece á la mujer, la engrandece, la toma, por decirlo así, del horrible estado de esclavitud en que lloraba oprimida, y la iguala al hombre; la coloca á su lado en el hogar doméstico, del papel de esclava pasa al de esposa y al de madre, que cría y educa á sus hijos con la sonrisa en los labios y la dulce y tranquila felicidad en el alma.

Jesús establece la igualdad también entre los hombres; borra del mundo la odiosa esclavitud; rompe las cadenas abrumadoras de la opresión é impone sus leyes, atando al hombre con dulces cadenas de flores....

¡Cristo!... ¡Dios de los hombres!... ¡Luz purísima de la existencia humana!... ¡Alma del mundo!... Tú, que fuiste tan bárbara é inhumanamente crucificado por la desenfadada y vil soldadesca, has venido á iluminar, desde la cima del Gólgota, y expirando en la cruz, á toda la humanidad; de tus sabias enseñanzas se ha ilustrado el mundo entero; tu sangre ha layado ya el corazón de los romanos y ya se alzan desde el cielo hasta el purísimo azul de las alturas.

¡No más guerra!... ¡No más matanza!... ¡No más esclavitud!... ya en el mundo romano como en el mundo entero no deben sonar otras voces que las de ¡Paz! ¡Vida! ¡Libertad!...



Compañeras, permitidme que las últimas palabras sean para vosotras y que os dedique las elegantes frases, del notable orador español D. Joaquín María López, en el epílogo de uno de sus más bellos discursos: "La mitología nos dice que Deucalión y Pirra, después del diluvio, tiraban piedras hacia atrás y nacían hombres. Marchemos adelante; arrojad ideas y brotarán genios. Genios que rompan con lo pasado, que sean los arquitectos del grande monumento que ha de levantarse á la libertad y á la justicia; genios, por último, que eleven nuestra patria al grado de cultura, de prosperidad y de grandeza á que está llamada por tantos títulos."

México, Junio 13 de 1903.

JOSEFA OROPEZA.

---

## COREA O MAL DE SAN VITO.

---

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

En medio de ese purísimo cielo que se llama ciencia, iluminado por las argentinas antorchas del progreso, se levanta, como en gigantesco pedestal, una de sus más poderosas ramas.

Yo quisiera poder demostraros la capital importancia, el gran papel que en la historia de la humanidad desempeña la que con el nombre de ciencia médica ha immortalizado la memoria de tantos sabios; pero mis fuerzas no alcanzan á tanto, mi inteligencia, escasa de profundos conocimientos sobre esta materia, no me permite sino bosquejaros un asunto tan interesante.

La ciencia médica, con el transcurso de los años, ha sufrido mil evoluciones; pero todas tendiendo á su progreso y desarrollo, todas con el afán de descubrir é investigar los insondables misterios que tan magna ciencia encierra.

002584

Compañeras, permitidme que las últimas palabras sean para vosotras y que os dedique las elegantes frases, del notable orador español D. Joaquín María López, en el epílogo de uno de sus más bellos discursos: "La mitología nos dice que Deucalión y Pirra, después del diluvio, tiraban piedras hacia atrás y nacían hombres. Marchemos adelante; arrojad ideas y brotarán genios. Genios que rompan con lo pasado, que sean los arquitectos del grande monumento que ha de levantarse á la libertad y á la justicia; genios, por último, que eleven nuestra patria al grado de cultura, de prosperidad y de grandeza á que está llamada por tantos títulos."

México, Junio 13 de 1903.

JOSEFA OROPEZA.

---

## COREA O MAL DE SAN VITO.

---

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

En medio de ese purísimo cielo que se llama ciencia, iluminado por las argentinas antorchas del progreso, se levanta, como en gigantesco pedestal, una de sus más poderosas ramas.

Yo quisiera poder demostraros la capital importancia, el gran papel que en la historia de la humanidad desempeña la que con el nombre de ciencia médica ha immortalizado la memoria de tantos sabios; pero mis fuerzas no alcanzan á tanto, mi inteligencia, escasa de profundos conocimientos sobre esta materia, no me permite sino bosquejaros un asunto tan interesante.

La ciencia médica, con el transcurso de los años, ha sufrido mil evoluciones; pero todas tendiendo á su progreso y desarrollo, todas con el afán de descubrir é investigar los insondables misterios que tan magna ciencia encierra.

002584

Otras muchas ciencias descuellan con majestad en el libro augusto del progreso, mas ¿habrá quien no desee calmar los dolores de la humanidad, de los cariñosos seres que nos rodean, cuando nos vemos próximos á perderlos para siempre? ¿Qué mayor satisfacción puede haber al corazón humano, que arrebatarse de los brazos de la muerte aquel pedazo de su alma que lucha por desasirse de la que en breve lo transformará en un montón de cenizas!

Aquellos que han presenciado escenas verdaderamente dolorosas, aquellos que han sentido el vacío que deja en el alma la eterna separación de un ser querido, podrán fácilmente comprender la importancia de la augusta ciencia que ocupa nuestra atención.

Nuestro complicado como débil organismo es un abismo de miserias, es un foco de múltiples enfermedades y cuando coadyuvamos á su desarrollo, lejos de afrontar los peligros, observando los preceptos de la Higiene, toda lucha es inútil, los esfuerzos de la ciencia son impotentes y los resultados serán siempre funestos.

Si grande es la ciencia de que tratamos, también grande, noble y heroico es el magisterio del médico, allí donde hay lágrimas, dolores, sufrimientos, allí está él con imponente calma, recetando medicamentos más enérgicos, aplicando nuevos procedimientos, y cuando sale victorioso, cuando la ciencia triunfa, cómo renace la tranquilidad en aquel hogar donde la enlutada misteriosa avanzaba con indómita firmeza.

Ahora bien, entre las diversas enfermedades que tienden á oprimir en estrecho lazo á la humanidad, tenemos las que tienen su asiento en el corazón, cerebro, sistema nervioso, las que producen distintas afecciones que según su síntomas y causas, reciben nombres especiales.

Me ocuparé en este pequeño trabajo de una de las enfermedades que dependen directamente del sistema nervioso y que se conoce con el nombre de Corea ó Mal de San Vito; pero antes daré una ligera idea del sistema nervioso, de ese poderoso motor de la máquina humana.

El sistema nervioso es el más importante, el principal factor del organismo; á él están sujetas tanto las funciones de la vida de relación, como los actos de la vida orgánica, por esto hay que distinguir dos sistemas, el sistema nervioso de la vida de relación y el sistema nervioso de la vida orgánica, ó sistema del gran simpático. El primero desempeña una función importante, allí tienen su asiento las sensaciones, el instinto, el movimiento, la inteligencia, chispa divina que Dios puso en el cerebro del hombre para hacerlo superior á los animales.

Este sistema está formado de una parte central, el eje-cerebro espinal, que á su vez comprende el cerebro, cerebelo, bulbo raquídeo y médula espinal, y una parte periférica, los nervios, cordones largos formados de haces de fibras nerviosas que comunican al cerebro las sensaciones con una rapidez asombrosa.

El cerebro es la parte anterior y más voluminosa del sistema nervioso, y pudiera decirse la más importante; el cerebelo es menor que el anterior, y está colocado en la parte posterior y baja del cerebro, en él se encuentra lo que se llama árbol de la vida. El bulbo raquídeo es semejante á un cono truncado, cuya base estuviera colocado hacia arriba, se encuentra entre los dos anteriores y la médula espinal. El cerebro, cerebelo y bulbo raquídeo, forman lo que se conoce con el nombre de encéfalo. Como continuación de éstos, puede considerarse

la médula espinal, rodeada de un líquido llamado céfalo-raquídeo.

En cuanto á la parte periférica, ó sean los nervios, se cuentan en el hombre 43 pares, 12 que parten del cráneo y 31 de la médula espinal, con los cuales se pone en movimiento todo nuestro organismo.

Causa verdadera admiración observar este sistema, todo ordenado, de una manera tan maravillosa, que ninguna inteligencia, por poderosa que fuese, sería capaz de formar un mecanismo tan bien arreglado.

El sistema nervioso del gran simpático, es independiente del eje-cerebro-espinal, pues éste ordena las funciones de la vida orgánica ó vegetativa, como son la digestión, la circulación, la respiración y las secreciones. A este sistema también se le llama ganglionar, por estar formado de pequeñas masas nerviosas ó ganglios, colocados en la cabeza, cuello, tórax y abdomen, unos en aparente desorden y otros simétricos, á los lados de la columna vertebral.

Como vemos, ambos sistemas son importantísimos y su perfecto funcionamiento constituye uno de los más poderosos agentes de la máquina animal, así como sus perturbaciones son origen de trastornos trascendentales.

Como dije antes, voy á ocuparme de una de las perturbaciones del sistema nervioso, de la Corea ó Mal de San Vito.

La primera división que se hace de esta enfermedad, es en grande y pequeña corea; aquélla, es decir, la grande corea, resulta de la irritabilidad de los órganos destinados á la coordinación, y la pequeña era conocida en la antigüedad y confundida con las más diversas afecciones nerviosas.

Tanto la grande como la pequeña corea, tienen como caracteres más salientes, movimientos irregulares é involuntarios, ya sean parciales ó generales, aunque lo más común es que se extiendan á los músculos, cuya animación depende de los nervios del sistema de relación, y se observa frecuentemente que cuando los enfermos son dominados por el sueño, estos movimientos dejan de efectuarse.

Teniendo á la vista un caso de éstos, para combatir el mal hay que averiguar las causas que produjeron estos trastornos nerviosos, después observar los síntomas más característicos, y por último aplicar lo que la medicina aconseja en estos casos, la que será la luminosa guía de todos nuestros procedimientos.

Están predispuestos á contraer esta enfermedad los hijos de padres histéricos, epilépticos ó afectados de padecimientos nerviosos.

La experiencia ha demostrado que esta enfermedad ataca de preferencia al sexo femenino, principalmente después de la segunda dentición, ó en la pubertad, es decir, en la edad comprendida entre los 6 y 15 años, siendo también de notarse que en invierno es cuando con más frecuencia aparece este padecimiento, y es casi desconocido en los climas cálidos.

Las causas pueden ser determinantes ó reflejas, las primeras son las emociones morales vivas, la cólera, el terror, el disgusto; las segundas las enfermedades del corazón, la cloro-anemia, la escrófula, la existencia de parásitos en el intestino, y algunas veces puede ser sintomática del reumatismo.

Pocas veces aparece esta enfermedad de una manera brusca, pues en general va acentuándose lenta y progresivamente. Los primeros síntomas, poco percepti-

bles en la mayor parte de los casos, son muy semejantes á los de la histeria, epilepsia, etc., aunque vienen seguidos de otros característicos, como cambios en el carácter, trastornos notables en el movimiento, así como en la inteligencia del niño, algunas veces triste, otras de mal humor, á la risa suceden con frecuencia las lágrimas, el niño se pone tonto, caprichoso, colérico, torpe, desatento; gesticula de una manera extravagante y en algunas ocasiones se ha observado que los niños atacados de esta enfermedad, demuestran mayor inteligencia que de ordinario.

Las perturbaciones del movimiento comienzan comunmente por el brazo izquierdo, extendiéndose después á la cara y músculos del mismo lado, aunque puede cruzarse algunas veces, es decir, del brazo izquierdo, por ejemplo, seguir á la pierna derecha. Los padres, para los que han pasado los primeros síntomas casi desapercibidos, observan con disgusto sus torpes movimientos, y no pocos reproches les dirigen por su falta de atención, y llegan á castigarlos, aunque sin lograr su objeto, pues sus movimientos se manifiestan con más torpeza cada día.

La lengua, como movida por un resorte, sale y entra de la cavidad bucal con tan extraordinaria rapidez, que al pasar por los dientes, y debido á la contracción involuntaria de las mandíbulas, sufre algunas escoriaciones. Hay castañeteo de dientes, dificultad para hablar y algunas veces la intensidad del mal es tal, que la disfagia se hace sentir, las corrientes de aire entrando bruscamente por la glotis, imprimen en la emisión de los sonidos, un carácter especial.

La cabeza, el tronco y las extremidades, adquieren movimientos variadísimos, bien hacia adelante, hacia

atrás, á los lados, con una fuerza tan poderosa que la voluntad más firme y enérgica no podrían dominarlos.

La corea, en algunos, aunque raros casos, tiene una intensidad mayor, obliga al paciente á comer y beber por mano de los que le rodean, le imposibilita para andar, así es que tiene que permanecer en su lecho y no obstante esto, los espasmos lo sacuden con tal fuerza que lo lanzan fuera de la cama, lo hacen chocar contra los objetos próximos, siendo en estos casos casi indispensable ponerles una camisa de fuerza; pero, repito, es muy raro que esto suceda.

Aumentan notablemente estos desordenados movimientos, cuando los enfermos están impresionados por alguna viva emoción, ó cuando, avergonzados de dichos movimientos, tratan de reprimirlos.

Si el enfermo logra dormir, las convulsiones, lejos de manifestarse, son reemplazadas por una calma y tranquilidad absolutas y continúan si su sueño es interrumpido por pesadillas.

Según observaciones hechas, algunos de estos enfermos son víctimas de alucinaciones, otros deliran, señal poco favorable, porque la mayor probabilidad es que cuando este síntoma aparece, sobrevengan consecuencias fatales, pues la experiencia ha demostrado que la mitad, por lo menos, de estos enfermos, mueren. Hay otros que pierden por completo la sensibilidad, ó ésta se hace demasiado viva.

Cuando la corea, en su grado de fuerza, se prolonga, los pacientes se debilitan, se enflaquecen, sufren accidentes dispépticos, tienen neuralgias, palpitaciones, en general, todos los caracteres de la cloro-anemia. <sup>®</sup>

La duración de este padecimiento es de 2 á 3 meses, y aun menor, sólo en casos verdaderamente excepcionales, pasa al estado crónico.

Después de continuas calmas y crisis penosas, el paciente logra recuperar la salud, excepto en los casos en que una grave complicación le ocasiona la muerte.

Esta enfermedad es de aquellas que no pueden confundirse, presenta síntomas bien marcados, y según opinión de nuestro Profesor de Medicina, el Señor Velasco, sólo la parálisis agitante tiene rasgos de semejanza, aunque lejanos.

Ya que pusimos de manifiesto los grandes trastornos que este padecimiento causa, preciso será dar algunas nociones tanto acerca de la manera de evitarlos, como para combatirlos, que constituye lo que en medicina se llama tratamiento.

Puede administrarse con eficaz resultado el fierro, el arsénico, el aceite de hígado de bacalao, ya sea aromatizado con café ó encaiptus; en general, todo aquello que tienda á fortalecer la naturaleza del individuo. Algunas veces los antihelmínticos son benéficos, pues que la expulsión de los parásitos intestinales contribuye á la desaparición de este mal.

Cuando sobreviene la corea, como consecuencia de padecimientos reumáticos, el uso del yoduro de potasio y los baños sulfurosos, ahuyentan tan molesta enfermedad.

Puede curar sola, después de 2 ó 3 meses, y en su estado crónico son ineficaces los mejores métodos curativos, la enfermedad se presenta rebelde.

Con el bromuro de potasio, el hidrato de cloral, las inhalaciones de cloroformo, las irrigaciones de éter sulfúrico sobre la columna vertebral, los baños tibios de alguna duración, baños de esponja y los ejercicios gimnásticos, se han obtenido buenos resultados.

El primero, es decir, el bromuro de potasio, se rece-

tará al interior, disuelto en una pequeña cantidad de agua endulzada, á la dosis de 1 á 8 gramos, dividida en dos tomas, una por la mañana y otra por la tarde, teniendo muy presente que siempre debe comenzarse por la pequeña dosis de un gramo, y diariamente se aumentará medio gramo, hasta lograr una completa mejoría.

El hidrato de cloral, es un magnífico sustituyente del opio; se presenta en forma de cristales, de un olor fuerte y penetrante, de sabor desagradable, solubles en el agua, alcohol, éter, benzina y cloroformo; ofrece menos peligros que el opio, que aunque muy usado en medicina, es altamente perjudicial cuando por ignorancia ó por gusto se toman dosis desproporcionadas.

Para poder tomar el hidrato de cloral, cuyo sabor y olor son repugnantes, se disuelven los cristales de esta substancia en jarabe, ya sea de azahar, de grosella, limón ó de menta, que es el más generalmente usado, en la cantidad de 50 grs. de hidrato de cloral cristalizado, por 950 grs. de jarabe, y se filtra esta solución.

También puede tomarse en una taza de leche con una yema de huevo, ó asociado al bromuro de potasio, al agua de lechuga, etc. Es un buen anestético y provoca sueño, cosa que favorece mucho cuando durante esta enfermedad, los insomnios son frecuentes; pero debe advertirse que cuando se haga uso de esta medicina no se debe dar al paciente ninguna substancia alcalina, porque se descompone en cloroformo y ácido fórmico, siendo en este caso venenoso, así como si se administra al mismo tiempo opio ó cualquier otro narcótico, se aumenta su poder soporífero y puede sobrevenir una intoxicación.

La preparación de los baños sulfurosos se hará disol-

viendo 30 grs. de sulfuro de potasio en la cantidad de agua que se necesite; en cuanto á los aromáticos, se preparan de la manera siguiente:

500 gramos de especias aromáticas, como hojas de salvia, de tomillo, de romero, de ajeno, menta, etc., y 10,000 gramos de agua hirviendo; una vez filtrado este líquido, se le añade el agua necesaria.

En general, para precaverse no sólo contra esta enfermedad sino contra todas aquéllas que con frecuencia atacan el organismo, hay que observar con estricta puntualidad los preceptos de la Higiene, hacer ejercicios al aire libre, tomar una alimentación sana y variada, y de esta manera gozaréis siempre de una salud envidiable.

He concluido mi imperfecto trabajo, y si vuestra atención no ha sido premiada como merece, culpa ha sido de mis escasos conocimientos y no de mi voluntad, que siempre ha sido para vosotros muy grande, más cuando, como hoy, mi atrevimiento, al dirigiros la palabra, obedece al deber que tengo de cumplir las disposiciones de mis superiores.

El siglo de las luces continúa su marcha triunfal, la civilización avanza, la inteligencia del hombre vuela en alas del progreso, y vosotras, compañeras queridas, vosotras que estáis llamadas á desempeñar una noble misión en el sublime magisterio de la enseñanza, seguid con ardor el camino que os traza la ciencia, es el camino de la gloria, de la inmortalidad; adelante, no desmayéis, encontraréis que este sendero es un poco escabroso; pero no olvidéis que también las rosas tienen espinas.

Exclamad siempre llenas de fe, de entusiasmo, ¡oh ciencia! faro cuyos fulgores imprimen un sello de gran-

deza á todo lo que iluminan, manantial purísimo donde los hombres de inteligencia privilegiada calman su devoradora sed, edén perfumado cuyas fragantes flores coronan la inmaculada frente del saber, ¡bendita seas!

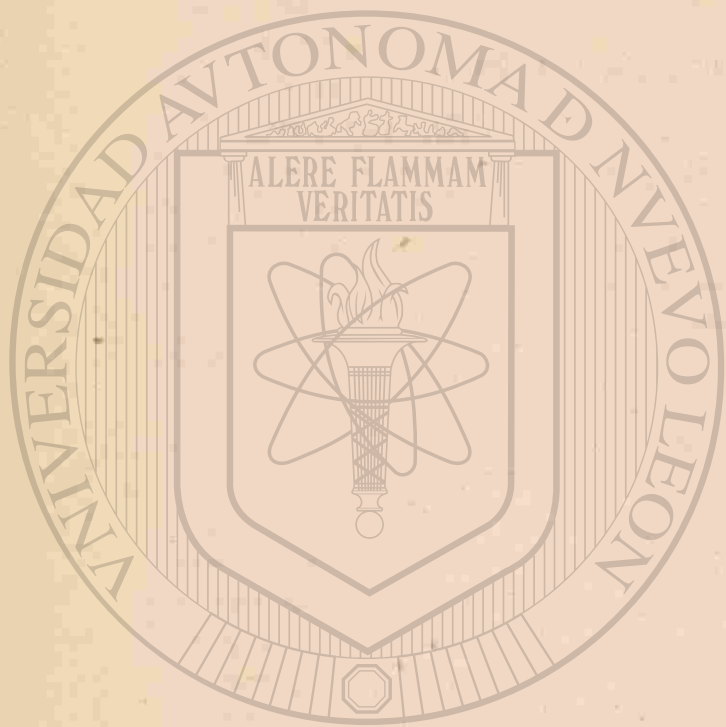
México, 20 de Junio de 1903.

MARÍA RIVERA DÍAZ.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

---

## HOMERO Y SUS POEMAS.

---

SEÑOR SUBSECRETARIO:

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

Problema arduo, de resolución difícilísima si no imposible, es el de trazar con claridad y firmeza la línea que separa la *historia* de la *mitología*. Si acontecimientos verificados apenas hace tres centurias, y que por su proximidad con nosotros podían ser perfectamente conocidos, se nos presentan ya con mucho de fabuloso y gigantesco, ¿por qué asombrarnos, si á través de los tiempos, apenas aparecen pálidas y esfumadas algunas que otras figuras con caracteres de realidad? Y si es difícil formarse exacta idea del origen de nuestra raza, que empieza apenas á vivir, y si los primeros personajes que descuellan en los más remotos tiempos á que alcanza la historia de nuestro país, están delineados con extrema confusión, cuánta más razón hay para que al estudiar la vida de pueblos antiquísimos, tales como los griegos que aparecen ya bajo el dominio de la Historia General diez y nueve siglos antes de Jesús, en-



contremos á la mitología entrañablemente unida á la historia, y pongamos constantemente en duda si un dato pertenece á ésta ó aquélla. Sin embargo, á través de la espesa niebla de los siglos, aparece sublime y majestuosa la figura de Homero.

Cabé al gran poeta ciego la gloria de ser el revelador de la antigua civilización helénica, y sus poemas nos pintan con tan vivos colores la situación geográfica de muchos lugares de la Hélade, la constitución política y social de la Grecia del siglo décimotercero antes de nuestra Era, que parecen á manera de hermosísimos compendios de conocimientos mitológicos, históricos y geográficos.

La personalidad de Homero ha sido muy discutida; algunos, como el crítico Wolf, niegan rotundamente que haya existido, y explican la formación de sus poemas como obra de una larga serie de poetas cíclico-jonios, que se encargaron de poner en verso *la genealogía de los dioses, la historia de la guerra de Troya, y el regreso de los caudillos griegos á sus hogares* después de vencido el reino de Ilión.

Opinan otros que en vez de un genio existieron dos, y fundan su creencia en que á su juicio no es digna de Homero la Odisea, pues mientras en la Iliada rebosa el entusiasmo, la otra composición carece casi en absoluto de él, y en que encuentran diversidad de ideas religiosas en los dos poemas, cosa que explican fácilmente, siendo obra de autores distintos.

Tales son las opiniones de una parte del mundo científico; pero mi humilde creencia, y autores de gran peso la confirman, es de que existió un gran poeta, un hombre sobrehumano, cuyo genio no fué bien comprendido en su tiempo, pero rodeado de la aureola de la

inmortalidad después, cuando posteriores generaciones estudiaron y admiraron sus obras.

Permítaseme decir que no estoy de acuerdo con los que creen que los poemas de Homero fueron obra de un conjunto de autores errantes (rápsodas), porque si esto fuese, no habría en ellos esa unidad de pensamiento que demuestra la concepción de uno y no de muchos, y aceptando que una colectividad pudiera producir un todo tan uniforme, los que encuentran que un Homero es demasiado grande, para que haya existido, tendrían que admitir una multitud de Homeros y *¿no es esto infinitamente más grandioso?*

No estoy de acuerdo con los que admiten la existencia de dos Homeros, porque en manera alguna creo á la Odisea indigna de figurar unida á la Iliada, como creación del mismo grandioso y fecundo ingenio. Tratando este punto, dice un autor: *La Odisea, aunque carece de la inspiración de la Iliada, no es indigna de Homero, quien en aquella obra puede compararse al sol poniente, menos fúlgido y ardoroso que en el zenit, pero sin menguar en majestad.*

Ahora bien, dícese que el gran poeta escribió la Iliada inspirándose en las leyendas que acerca de la guerra de Troya recogió durante sus viajes y su permanencia en Itaca, y afirmase á la par que la Odisea es como una revelación poética de los acontecimientos de su propia vida, y como entre éstos y los de la guerra de Ilión se interponen varios siglos, no sólo es fácil concebir, sino que es racional admitir esa diversidad de ideas religiosas como una prueba muy firme, no de la dualidad de autores, sino de la diversidad de épocas, que preocuparon el ánimo del excelso poeta.

.....

Dícese que 907 años antes de Jesucristo vino al mundo en Esmirna, á orillas del arroyuelo Melés, y en medio de una procesión que entonaba himnos á los dioses el futuro cantor griego, contribuyendo á hacer más poético y misterioso su nacimiento; la tradición conservó el nombre de *Critheis*, la madre, pero no salvó del olvido el del padre.

Era *Critheis* descendiente de griegos y huérfana desde su infancia, y al ser despedida de la casa que le había brindado hospedaje quedó reducida á la indigencia; pero encontró un protector y un asilo para ella y para su hijo, pues *Femio*, profesor de lo que entonces se llamaba *Canto* (y que comprendía conocimientos de *escritura, lectura, gramática, elocuencia y música*), se conmovió ante la belleza y las lágrimas de la joven, y la acogió en calidad de sirviente, y después, al encontrarla tan laboriosa, tan modesta y tan hábil como hermosa, la convirtió de sirviente en señora.

Paréceme oportuno decir que varios siglos después, cuando la gloria del egregio poeta era también gloria nacional de los helenos, seis ciudades disputaban á Esmirna y disputábanse entre ellas todas, la honra de haber sido la cuna de tan grande hijo de la Grecia, y tales ciudades fueron Atenas, Argos y Salamina en la región peninsular, Chio y Rodas en el Archipiélago, y Colofón, lo mismo que Esmirna, en las costas asiáticas colonizadas por los griegos. Esta controversia la expresaron los latinos en el siguiente dístico:

*Smyrna, Rhodos, Colophon, Salamis, Chios, Argos, Athenæ,  
Orbis de patria certat Homere tuâ.*

Desarrollándose Homero física, intelectual y moralmente hacía tan asombrosos progresos, adelantaba con

tan firme paso, que se le consideraba apto á pesar de su corta edad, para sustituir á su padre y maestro, y al efecto, al morir el bondadoso *Femio*, se cumplieron las predicciones, y el pequeño empezó á darse á conocer, enseñando á niños, siendo él casi un niño también. Esmirna toda concurría á deleitarse oyendo las prédicas de aquel genio; no había marino que al arribar á aquella playa se hiciera á la vela sin haber visitado antes al joven, y deslumbrados todos aquellos extranjeros por el talento del poeta, difundían su fama por los más lejanos países.

Mentés, dueño y piloto de un buque mercante, habiendo, como todos, concurrido á visitar á Homero, se sintió también subyugado por el genio y la superioridad del joven Melesigenes, como también le llamaban en recuerdo de su nacimiento, y hablándole elocuentemente de las graciosas islas, del imponente y hermosísimo océano, y de las extrañas tierras que hubiera visto en sus viajes, le convenció de que *el libro vivo é infinito de la Naturaleza, siempre mostrándose á los ojos del observador, es la verdadera fuente del saber y la poesía*, y Homero, sintiendo de antemano bullir en su cerebro inmensas concepciones, desdeñó la gloria que le esperaba en su patria, y partió con su amigo á satisfacer la sed intelectual que le devoraba, y visitó todo lo que la antigüedad le presentó, ya el ardiente Egipto entonces en su apogeo, ya el reguero de islas que circundan la Grecia y los contornos de la Grecia misma, así como Italia, España, y la parte entonces conocida del Asia; pero la materia se resistió á seguir ayudándole, y en pago de sus largas contemplaciones, sufrió una penosísima enfermedad de la vista que le obligó á permanecer algún tiempo en Itaca, y gracias á las atenciones del

bondadoso y caritativo *Menor*, pudo estudiar todavía la Naturaleza, y grabar con caracteres indelebles las grandiosas imágenes que reprodujo con tanto sentimiento después, cuando veía todo con los ojos del alma!

Al cegar, sintió en toda su plenitud el hastío, la nostalgia de la patria, y haciéndose trasladar á Esmirna, volvió á constituirse en maestro; pero ya sea que lo desconocieran ó que lo consideraran incapaz de enseñar faltándole la vista, el hecho fué que, sin apoyo, se vió precisado á mendigar de puerta en puerta el sustento, y llevando por guía un niño, salió del lugar donde había pasado sus primeros y felices años, no pudiendo soportar en su desgracia la indiferencia de los que amaba tanto y que tanto le habían admirado.

Se dirigió á Cimea; pero el cansancio le obligó á detenerse en un pueblecito llamado Neotichos, y su primera improvisación fué para un hijo de Cimea, un curtidor de pieles que, admirado y conmovido, le recibió en su obrador. Velozmente se propaló la noticia de la llegada de un mendigo hablando la lengua de los dioses, y concurrieron en masa á visitarle los más encumbrados del pueblo. Permaneció algún tiempo entre ellos; pero al fin, temiendo cansarlos, continuó su viaje hasta Cimea, y fué allí tal el murmullo de admiración que le acogió cuando al darse á conocer como un descendiente de Cimeos, les cantó lo que para ser bien recibido había preparado en el camino, que encantado él mismo de encontrarse entre gentes tan apasionadas del arte, se comprometió á quedarse entre ellos y procurar la inmortalidad de su patria, pidiendo, como única remuneración, que se le asegurase sustento y abrigo. Ante la Asamblea del Senado hizo su petición, y después de sub-

yugarlos con uno de sus mejores cantos, se retiró á esperar la decisión de los grandes. Sin discutir, se inclinaban todos á aceptar las humildes condiciones que Homero imponía; pero formaba parte del Senado uno de esos hombres faltos de todo sentimiento noble, uno de esos hombres, repito, que por el solo hecho de no tener corazón, se creen superiores á los demás, y ese hombre se levantó, hablando en nombre del pueblo, y alegando que era una medida poco económica acoger y alimentar á costa del pueblo á todos los cantores ciegos que por la Jonia vagaran. El Senado, no queriendo aparecer menos económico y prudente que aquel miembro indigno, negó á Homero hospitalidad y sustento. Entristecido é indignado el gran poeta con aquella dura contestación, prorrumpió en lamentos delante de la multitud enternecida que le rodeaba, y exclamó en su sonorísima lengua: “¿A qué suerte tan miserable me han abandonado los dioses? Arrullado sobre el regazo de una “tierna madre, su seno me ha alimentado en esta ciudad, cuyas playas bañan las olas del mar, y cuyos jardines baña el en otro tiempo sagrado Melés; perseguido por el infortunio, y con los ojos privados de la “luz del día, venía aquí, á la patria de mi madre, trayendo conmigo las Musas, hijas amadas de Júpiter, “para asegurar á Cimea, un eterno renombre... y “sus habitantes se niegan á escuchar sus acentos divinos. Que sean desheredados de todo recuerdo, y que “sufran las penas debidas á los que insultan la desgracia y vuelven la vista al indigente. Yo, no obstante, “sabré soportar animoso cualquiera que sea el destino “que los dioses me han concedido al imponerme la pesada carga de la vida! Ya mis pies impacientes me “arrastran por sí mismos lejos de esta ciudad ingrata.”

Y siempre con su guía, llegó á Fócea. Allí se cultivaba la poesía más que en ninguna otra parte, por la disposición misma de aquella colonia.

Testhórides, hombre elocuente, pero vanidoso, director de una célebre escuela de canto allí establecida, fingió, á la llegada de Homero, sentirse apiadado de él, y le ofreció pan y abrigo; pero á condición de que le transmitiera los poemas que en su viajes había producido, y cuantos las musas le inspiraran en lo sucesivo, y el sublime cantor, hostigado por la miseria y la desgracia, consintió en vender su genio á miserable precio, y como si no fuera demasiado verse despojado de su gloria, fué acusado de arrebatarse la de Testhórides, que, con la memoria enriquecida por las célebres producciones de su huésped, se establecía en Chio y abría una escuela donde las repetía como propias, y así los marinos que habían escuchado al rapsodista, declaraban al oír recitar á Homero los mismos versos en el puerto de Fócea, que aquellos cantos pertenecían á un poeta de Chio. Ante semejante ultraje, el hasta entonces resignado y sufrido Homero, se rebeló indignado, y queriendo confundir á sus calumniadores, partió para Chio en un buque que se hacía á la vela para dicha isla, y cuyos compasivos marineros lo admitieron á bordo. Después de recitarles durante todo el día, lo desembarcaron, al anochecer, en un escollo de la isla, al cual ninguno de ellos se atrevió á bajar, y el pobre ciego buscaba vacilante y tembloroso el camino de la ciudad, expuesto á grandes peligros, y habría tal vez sucumbido en ellos, á no contar con el auxilio del pastor de un ganado, que le tomó de la mano y le condujo á su choza, preparando para los dos una frugal comida, después de la cual, Homero le habló de los hombres, las tierras y las cosas que

había visto en sus largos viajes, y le recitó algunos de sus versos, dejando fascinado al rústico, que al amanecer del siguiente día, corrió á contar á su amo el encuentro que había tenido, y la hospitalidad que había brindado á aquel extranjero, y aunque fué de pronto tachado de demasiado crédulo, al estar Homero en presencia del amo, cantando inspiradas estrofas, fué encargado de la educación de dos hijas de éste. En cuanto á Testhórides, al tener noticia de la presencia del poeta en la isla, huyó á ocultar en otra parte su vergüenza y su nombre.

La fortuna que hasta entonces había sido desfavorable á Homero, comenzó á presentársele propicia, y en tierra extraña encontró el abrigo y el favor popular, que su patria le negó. Fundó una escuela y adquirió lo bastante para procurarse las dulzuras de un hogar, en el que una esposa tierna, prefiriendo las irradiaciones de su gran genio, á la extinta luz de sus ojos apagados, fué la compañera de su vejez y le hizo olvidar, en parte, las amarguras pasadas, haciéndolo padre de dos niños.

Fueron tantas las instancias que de su patria le hicieron para que los visitara, que, sintiéndose atraído por sus conciudadanos como por un poderoso imán, y habiendo, tal vez, perdido á la esposa que lo habría retenido en el hogar, se decidió á volver á la costa asiática y desembarcó en Samos, el día en que celebraban una fiesta en honor de los dioses. Fué reconocido al tocar la tierra, por un habitante de la isla que le había visto en Chio, y difundiéndose inmediatamente la noticia de su llegada, acudieron los samianos á suplicarle que honrara con su presencia la ceremonia y después de haberle cedido el lugar preferente en la fiesta, le condujeron entre aclamaciones al alojamiento que le habían preparado.

Pasó la estación del invierno en Samos, y al aparecer la primavera continuó su viaje viéndose precisado á detenerse en la pequeña isla de Ios, porque una tempestad amenazaba destruir la embarcación; y fué en Ios donde el sublime Homero empezó á sentir que la vida se alejaba de él: haciéndose trasladar á la playa, y recostado en un lecho que sus compañeros le improvisaron, conversó hasta sus últimos momentos en la lengua de los dioses con los hombres entendidos, y tuvo una palabra para cada uno de los pastores, marinos y pescadores que acudían á pedirle oráculos, como á un dios. Y allí en la playa, acariciado por las olas, exhaló su último suspiro, tocando al mar recitar la plegaria de los muertos.

En el sitio mismo que eligió para morir, depositaron sus despojos, y sobre una roca por lápida esculpieron estas palabras: *Esta playa encierra la sagrada cabeza del divino Homero.*

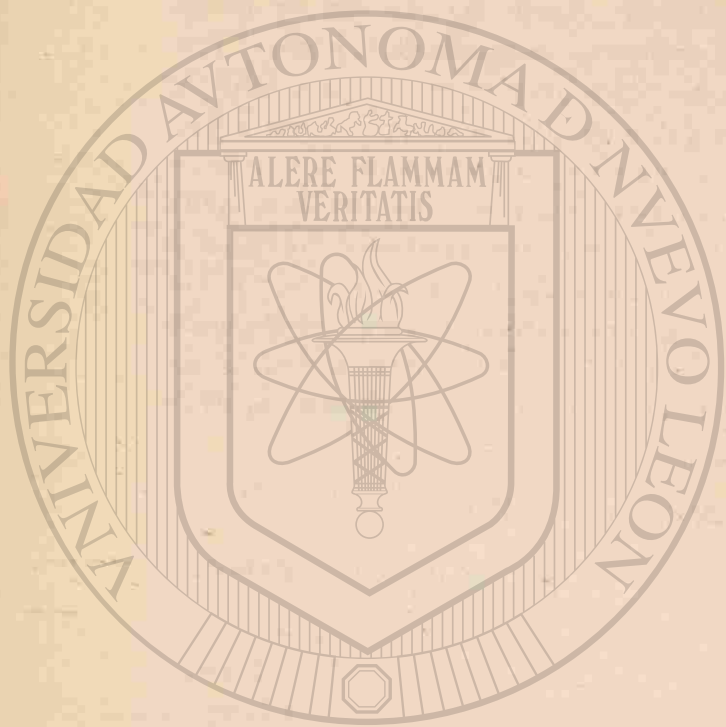
Al bajar á la tumba, escaló los primeros peldaños de la gloria. Dejó de existir; pero su nombre y su fama, vivirán imperecederos, no sólo en los Estados helénicos, sino en el mundo todo, porque no pueden morir para la humanidad los que, como el excelso Homero, dejan tras sí la estela luminosa de sus obras; no pueden morir los que, como el gran cantor, saben personificar en Héctor al héroe grande y noble que muere defendiendo su honra y su patria; en Aquiles, la impetuosidad guerrera que no reconoce la generosidad, ni respeta la desgracia; los que saben, en fin, retratar en sonoras estrofas, el carácter de todo un pueblo y de toda una civilización.

El relato que acabo de hacer es el que la leyenda fué formando lentamente en el noble pueblo de los He-

lenos después de la muerte de su grande cantor. Poética, como correspondía á tan eximio poeta, esa leyenda se sustituyó á la historia verdadera, que nadie puede conocer hoy, del inmortal autor de la *Iliada* y la *Odissea*. Y debo terminar citando las palabras del ilustre Lamartine, al concluir su biografía de Homero: “Pre-  
“guntar si un hombre como él puede contarse entre los  
“civilizadores del género humano, equívadría á pre-  
“guntar si el genio alumbra ú oscurece al mundo; y  
“negar que los poetas concurren á la obra de la civili-  
“zación, sería lo mismo que pretender volviesen á  
“Dios sus más soberanas facultades, por temor de que  
“no ofuscasen los ojos envidiosos, para que el mundo  
“apareciera obscuro y pequeño, comparado con el es-  
“plendor de la imaginación y la magnificencia de la  
“Naturaleza.”

México, 20 de Junio de 1903.

CATALINA GARZA ALDAPE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

---

## LAS BELLAS ARTES.

---

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

La Esperanza, ese faro luminoso que guía á nuestra alma peregrina en el tempestuoso mar de la vida, esa amiga cariñosa que con su sonrisa consoladora y dulce nos alienta avivando nuestra fe, es la que me anima á dirigiros por vez primera mi pobre palabra.

Largo y cansado sería tal vez, exponeros las mil fases de esa esperanza que, de un porvenir risueño atrae siempre las miradas del hombre cuya imaginación concibe incesantemente bellezas infinitas, perfecciones ideales en todas las evoluciones, en todas las etapas de los mil aspectos que en la vida los diversos seres de la creación presentan, y encontramos en nuestro derredor. ®

No sé por qué me ha parecido que ese ser incorpóreo que llamamos esperanza, se nos presenta, muchas veces, encarnado en las creaciones de la imaginación; esas creaciones tangibles y seductoras que como descorrien-

do un velo en nuestra selva oscura, en los terribles embates de la vida, nos presenta, en mágico panorama, toda la felicidad que presentimos siempre en los primeros años de nuestra existencia. Tal me parece encontrar en las diversas manifestaciones del arte: en la Arquitectura, en la Escultura, en la Pintura, y muy especialmente en la Poesía y en la Música. A estas creaciones de la imaginación que la inteligencia del hombre alcanza á concebir, á estas amigas de la humanidad he querido dedicar mis humildes líneas como justo tributo de admiración; ¡he gozado tanto con ellas!... Siempre han despertado en mi corazón infinidad de sentimientos que ensayaré describiros. La Música y la Poesía, hé aquí las soberanas de las almas sensibles; ellas, desde los primeros tiempos de la civilización han sido las más poderosas y han cautivado siempre las voluntades. Parecen ser las más populares, las más accesibles, aun para las personas menos cultas.

¡Oh! la Música, arte divino que habla á nuestra fantasía con el lenguaje de los ángeles, mil veces más elocuente que el de la imperiosa fuerza de la palabra; la Música, con sus cadencias conmovedoras, es, quizá, bastante poderosa para detener el brazo del asesino en el momento de asestar el golpe fatal. Por ellas renacen las ilusiones en el corazón más seco; ellas arrancan lágrimas al réprobo, que quizá envía desde su alma depravada un grito al cielo, un grito de arrepentimiento implorando piedad.

Cuando el ciego Homero, músico y poeta, cantaba las glorias de su patria, su voz sonora tenía inflexiones tiernísimas, á su lira arrancaba sonidos armoniosos impregnados de tristeza, y su musa jamás fué tan inspirada como en aquellas horas memorables.

En la existencia tenemos días en que el sol de la esperanza se hunde en un ocaso de negras sombras; el presente nos entristece, el porvenir nos espanta. Tratamos de distraernos, buscamos emociones, recurrimos á la oración, ¡es en vano! las palabras y las sonrisas se debilitan, y permanecemos indiferentes á todo.

Pero si á nuestros oídos llegan las graves melodías del órgano, si las notas gemebundas de un violín nos recuerdan á Paganini, si la orquesta, en fin, inunda las bóvedas del templo con sus místicas notas, entonces el hielo del desaliento se deshace, y así como al calor del astro rey se esparcen por el ambiente los variados perfumes de las flores del corazón, sube á los ojos un río de lágrimas consoladoras.

En esas noches tibias y perfumadas en que la luna, derramando su misteriosa claridad, se refleja en las dormidas y cristalinas aguas de los lagos, cuando el ambiente que aspiramos está saturado con los perfumes de las flores, cuando murmuran las fuentes y la brisa acaricia suavemente las hojas de los árboles; en esas noches, digo, si percibe nuestro oído los ecos perdidos de un instrumento musical ¡cómo se electrizan nuestras muertas alegrías! ¡cuántas inefables ilusiones embargan nuestra alma! ¡cuántos sueños hermosos vemos realizables!

¡Nuestros recuerdos!... esas figuras pálidas que nos hablan del pasado, toman en nuestra imaginación una forma risueña que nos arranca una sonrisa envuelta en un suspiro. Este soplo del alma es el beso que dedicamos á aquellos bellos días de nuestro ayer, que jamás recordamos con indiferencia.

No conozco poder más grande para avivar ó atenuar los sentimientos y pasiones, como la música; ella des-

pierta en nuestra alma afectos tan dulces, tiernos, tristes é indefinibles; pero tan hermosos!... tan profundos y enérgicos, que nos parece ser transportados á las regiones celestiales, á donde sólo el ideal alcanza á concebir tanta ventura.

Es la música poderosa, irresistible para avivar nuestras emociones; pero hay algo más completo é interesante para despertar en el alma lo más caro y sagrado que alimenta nuestros corazones, que enriquece nuestra alma, que habla á la imaginación, y cual antorcha luminosa, atrae nuestras miradas, levantando un velo al obscuro porvenir. Tal es el idioma natal, el instrumento poderoso del pensamiento, de la vida entera, del alma y de los sentidos.

Recuerdo á este propósito, haber leído no sé en dónde un pequeño episodio ocurrido á un hombre; cometió éste un delito por el que fué prisionero y desterrado á Marruecos. El reo no parecía alterarse por el duro castigo que la ley le había impuesto, y cumplía su condena no sólo resignado, sino hasta cierto punto tranquilo. Pero transcurridos algunos años, la densa nube de la tristeza comenzó á cubrir su frente, sin que se pudiera investigar el motivo de su pena, y tan sólo se observaba que cuando alguien ingresaba á la prisión, se acercaba á él anhelante y le hablaba en francés, que era el idioma de mi héroe, y cuando el interpelado le manifestaba con señas que no le comprendía, él volvía á su negra tristeza, la cual llegó á ser tan grande, que perdió la salud y fué relegado á un calabozo, pues el médico aseguró que el paciente adolecía de un decaimiento tanto físico como moral.

Pocos días después, habiendo sido colocado por casualidad como carcelero, un francés, éste, que había lle-

vado el alimento al enfermo, salió asustado del calabozo, asegurando que el preso acababa de expirar. Ocurrió el médico, y al reconocer al pretendido cadáver, vió que sólo era un desmayo, é interrogó al carcelero sobre lo que había pasado.

—Nada absolutamente—contestó el carcelero. Al penetrar al calabozo, viendo que quien lo ocupaba era un compatriota, lo saludé en nuestro idioma; entonces el enfermo, como movido por un resorte, intentó venir á mí con los brazos abiertos; quiso hablar, vaciló, y lanzando un ¡ay! tristísimo, cayó sin sentido.

Suministrados los primeros auxilios, el reo volvió en sí, siendo ésta su primera palabra:

—¿Dónde está mi compatriota?

—Acercaos, carcelero, ordenó el médico.

El interpelado obedeció diciendo:

—¿Qué queréis? ¿qué os ha sucedido? ¿cómo seguís?

Un torrente de lágrimas fué la contestación del preso. En seguida, y sollozando como un niño, dijo que al oírse saludar en francés, lengua que hacía mucho tiempo no oía, había recibido tan fuerte impresión, que no le había sido posible resistir.

—En ese saludo, agregó, no podéis figuraros todo lo que vino á mi memoria, mi patria, mi madre, mis sueños de niño, mis esperanzas de hombre, mi libertad, mis amores, todo vino á mi mente, resucitando mis más queridas ilusiones.

Tal es la influencia del amor patrio; y comprendo que para despertar nuestros sentimientos, el idioma es más poderoso que la música, la cual nos transporta á un mundo desconocido, del que sólo el alma tiene reminiscencias.

En la armonía no cabe nada que no sea ideal. Así



pues, yo, la más humilde admiradora de ella, saludo respetuosamente á sus grandes autores, que, como Bethoven, Mozart, Verdi, Rossini, y entre nosotros, Ricardo Castro, Gustavo Campa y otros muchos que sería prolijo enumerar, se han hecho inmortales por sus obras, para las que yo no encuentro rivales, si bien distingo á sus hermanas, la Poesía, la Escultura, la Pintura, menos espirituales, más corpóreas; permitidme la palabra, pero no menos arrobadoras, pues hay versos que nos cautivan, lo mismo, exactamente, que la música más bien interpretada.

El poeta, como el filarmónico, tiene notas cadenciosas que conmueven profundamente, toques admirables que arrancan exclamaciones estremecedoras.

El poeta, que no debe sus composiciones únicamente al estudio, es el que se hace escuchar con verdadero placer, porque, despertando el sentimiento en su auditorio, se ve que al escribir, ha pensado mucho menos de lo que ha sentido.

Nerón, el feroz Emperador romano, el que á la edad de 25 años se había hecho reo de los más abominables crímenes, aquél que con figura de hombre era la más espantosa fiera, amaba con pasión la rima, y al recitar sus versos, lloraba. Parecía que en esos momentos otra alma, que no era la suya, animaba su ser.

El Dante, inspirado por la pequeña Beatriz; el Petrarca, que entusiasta cantó á su Laura; todos ellos han dejado huellas luminosas que han servido de emulación á una infinidad de hombres y mujeres que han procurado imitarlos hasta la perfección.

Nosotros vivimos en un hermoso país cuyas perfumadas flores, cuyos verjeles y variadísimas bellezas cautivan, atrayendo irresistiblemente la imaginación y la fantasía á la maravillosa ciudad del encanto.

México, nación joven y hermosa, desde sus primeros días de vida ha probado que si sus fértiles llanuras, si sus preciosos bosques y áureas montañas son inagotable manantial de riqueza y de sorprendentes bellezas, si tanta grandeza asombra y satisface á las variadas aspiraciones del hombre, también es rica y poderosa en la sorprendente inteligencia de sus hijos, también la Ciencia y el Arte posan su soberana planta en los templos grandiosos del Anáhuac, también la Ciencia, también el Arte moran en esta hermosa y bendita nación.

Las ciencias vigorizan al alma, iluminan á la inteligencia con sus indiscutibles verdades; pero las artes acarician y dulcifican las tristes horas de nuestra existencia, ellas son á la vida, lo que las flores á los verjeles, lo que la esperanza al desconsuelo, lo que el amor á las dulces aspiraciones de los tiernos corazones.

¿Qué sería de la vida del alma sin esos horizontes de ventura, sin esos sublimes ensueños que las bellas artes nos hacen concebir? La ciencia sería una flor sin aroma, la vida sin ilusión, un páramo sin encantos, un desierto sin oasis. En fin, sin las bellezas sublimes del Arte, la sociedad sería algo muy frío, algo semejante á la mirada de un ciego, sin expresión..... sin vida.

Nuestra México querida, también debe estar satisfecha, y nosotros orgullosos, al ver que entre nuestros compatriotas ha habido talentos superiores que en el Arte enarbolan ya el estandarte de la gloria patria, y que en los países más adelantados han alcanzado ya la admiración. Bien quisiera recordar á todos los grandes poetas y músicos notables, que han merecido el aplauso y la admiración del mundo civilizado, pero sería detenerme más de lo que intento, y sólo me limitaré á men-

cionar algunos de los más notables: entre los poetas y grandes hablistas, contaremos al Padre Navarrete, á Don Luis de la Rosa, y á Don Manuel Gutiérrez Nájera; entre las inspiradas poetisas, Sor Juana Ines de la Cruz, Laura Méndez de Cuenca, Esther Pesado, Isabel Prieto de Landázuri, y otras muchas cuyos nombres siento no recordar, y para quienes deseara tener brillantes frases, siquiera para hacer de sus obras el merecido elogio; pero..... no soy nada, y por grande que sea mi voluntad, no basta para vencer los obstáculos con que tropiezo á cada paso, guiada por el deseo ardiente de comunicar mis simpatías por las Artes.

Mirad entre ellas á la grave y majestuosa Escultura, arte difícil y que ofrece á la imaginación un ancho campo donde se sumerge y recrea en consideraciones que no me es dado definir. Esos modelos de admirables contornos que fascinan; esos mármoles convertidos por el hábil artista en algo que parece animarse ante nuestra vista, cuyos labios helados parecen moverse y sonreír, cuyos ojos inmóviles adquieren la expresión de un ser animado, esto, lo confieso..... es muy superior á mi inteligencia, sin embargo de haber dedicado á este asunto largas horas de meditación que me han producido sueños delirantes.

Pero ninguno como el que ocupó mi mente inspirada por la pintura, y que me permitiréis que os relate, aunque bastante sencillo, en verdad; pero que para mí fué el más hermoso.

Lo que voy á narrar, sólo lo comprenderán aquéllos que viven lejos del suelo que los vió nacer y de sus padres, seres tan caros al corazón; pero los que tengan la dicha de vivir con sus familias, y contemplan á la luz expirante de la tarde las altas torres del templo

donde recibieron las aguas bautismales, esos tal vez no hallarán nada de particular en lo que voy á decir.

Morfeo había tendido cariñoso sus tenues alas sobre mi frente, dormí tranquila un rato, mas poco á poco se difundió en mi alma un bienestar de que jamás había disfrutado.

Era una fresca brisa impregnada de aromas, que aspiraba con delicia; mis pies se hundían en una alfombra verde de agradable frescura, que sin duda la proporcionaban algunos arroyuelos de aguas cristalinas, donde se retrataba un firmamento espléndido, y en el que, cual girones de blanca gasa, se extendía alguno que otro celaje.

Amanecía, y la claridad indecisa de la aurora teñía de un rosa pálido las elevadas cumbres de las montañas; las níveas azucenas, las rosas, los tulipanes, los claveles y doradas margaritas, se doblegaban al sentir en sus corolas el llanto de la mañana. A lo lejos, como atrevidas gaviotas, sumergiéndose en las saladas aguas de un mar sereno, aparecían las blancas ovejas saltando alegres al son de la flauta pastoril que daba al viento sus más apasionados sonidos.

¡La perspectiva era soberbia! Ante semejante cuadro, mi pensamiento pretendió lanzarse atrevido más allá de la bóveda celeste, para buscar y rendirle un homenaje de gratitud al Autor de tanta maravilla.

Contemplando aquellos volcanes en cuyas entrañas palpita el elemento de la destrucción de las ciudades y cuya corona de nieve aprisiona el fuego destructor que nos puede aniquilar, pensaba yo en la pequeñez de la humanidad, comparada con la inmensidad del infinito.

¡Cuánta grandeza al lado de tanta miseria! No sé

cuántos delirantes devaneos me surgieron aquellas bellezas; sólo puedo decir que estaba absorta y confundida. Después de algún tiempo, iba á seguir mi camino, cuando, como una parvada de alabastrinas palomas, ví un grupo de encantadoras mujeres, que se me figuraron esas hadas bienhechoras de los cuentos; entre ellas estaba un arrogante mancebo á quien hacían demostraciones del más afectuoso respeto.

Yo, atónita, me pregunté: ¿quién sería aquel guapo doncel? y ¿qué vendría á buscar en aquel sitio encantador?

El, adivinando mi pensamiento, me dijo:

—¿Quieres conocerme? ven. Y tomándome de la mano me llevó consigo. Caminamos mucho... mucho... cruzando anchos desiertos, donde no se sentía ni el más leve soplo de viento, ni se veía una hierba, ni se escuchaba el canto de las aves; después, grandes llanuras, profundos valles, caudalosos ríos.

A veces, agudas espinas desgarraban mi planta; el terror me paralizaba, y el más completo desaliento agotaba mis fuerzas. Entonces, mi guía me animaba con una sonrisa, y extendiendo el brazo hacia un punto del horizonte, me decía, fijando su pensativa mirada donde brillaba el genio. Mira..... allí está la gloria de la tierra.

Siguiendo la dirección que me indicaba, veía yo en lontananza algo que semejava un oasis en las anchas soledades del desierto; pero en el que en vez de frondosas palmeras había laureles.

Reanimada, volé, más bien que anduve, y llegué al paraje ansiado.....

¡Oh! ¿cómo describir aquel edén que sólo puede existir en la mente de un poeta ó de un pintor?... no lo

intentaré jamás, es demasiado pobre mi pluma para ello; era, como mi joven compañero de camino había dicho: "La gloria en la tierra." No obstante, os diré lo que ví y que me hizo lanzar un grito, en el que se mezclaban confusamente la sorpresa, el dolor y la alegría.

Lo que estaba á mi vista acababa de despertar en mi alma un tropel de bellas memorias que me hablaron de las horas rápidas de mi infancia y de las primeras de mi juventud. ¿Qué fué? Nada que pueda asombraros. Mi casa, el bendito hogar donde mi madre arrulló mis sueños de niña. Sí, ahí estaba la vieja tapia por donde subían perezosamente, formando una cortina de verdura, las verdes enredaderas, mezclándose la madre selva crema á la morada hiedra y á las campánulas azules y blancas. Ahí mi pequeña ventana, en la que á través de la rústica reja de pino se vislumbraba mi modesta mansión, mis pájaros favoritos, gorjeando placenteros, los añosos árboles bajo cuya inmensa sombra tantas veces descansé. Más adelante, los pálidos lirios que yo había cultivado, y de pie, en la puerta de entrada, ví á mi padre con los brazos cruzados sobre el pecho y su franca y bondadosa mirada fija en el camino por donde una mañana fría y nebulosa del mes de Enero yo me había lanzado en pos de la instrucción que formara un porvenir risueño, si bien con la autorización del autor de mis días.

Mi padre indudablemente pensaba en mí, y un velo de tristeza se extendía por su semblante. La ilusión fué tan completa, que yo, dominada por ella, extendí los brazos, exclamando con una voz casi apagada por los sollozos:

—¡Padre mío! ¡padre mío!... é intenté estrechar-

lo contra mi corazón, palpitante de placer; pero ¡ay! toqué el vacío y murmuré tristemente ¡ilusión!... pero aun así ¡cuánto gozo con mirarla!... ¡pluguiese al cielo que jamás se desvaneciera!... y volviéndome al que me había llevado hasta allí:

— ¡Es á tí, le dije, á quien debo esta dicha?

— Sí, me contestó.

— ¿Eres acaso un dios, para haber realizado el más querido de mis sueños?

— Soy un dios; pero no el que supones, ni dispongo de más poder que del limitado que el Omnipotente ha concedido al hombre.

— ¿Cuál es tu poder?

— El genio del artista: ¿Comprendes el valor de la perspectiva?

— ¿Cuáles son los elementos con que cuentas?

— Mi estudio, mi voluntad, mi paleta y mis pinceles.

— ¿Quién eres? ¿quién eres? dí, pregunté con ansiedad.

— Apeles, contestó mi interlocutor, saludándome graciosamente.....

Las sombras nocturnas empezaron á caer sobre la tierra, la estrella vespertina elevóse sobre el horizonte, un rayo esplendoroso de luna prestó un tinte plateado á las aguas murmuradoras de la fuente, y el eco místico y plañidero de la campana del templo, anunció la oración de la tarde.

Yo caí de rodillas, buscando á Dios en las inmensas alturas.

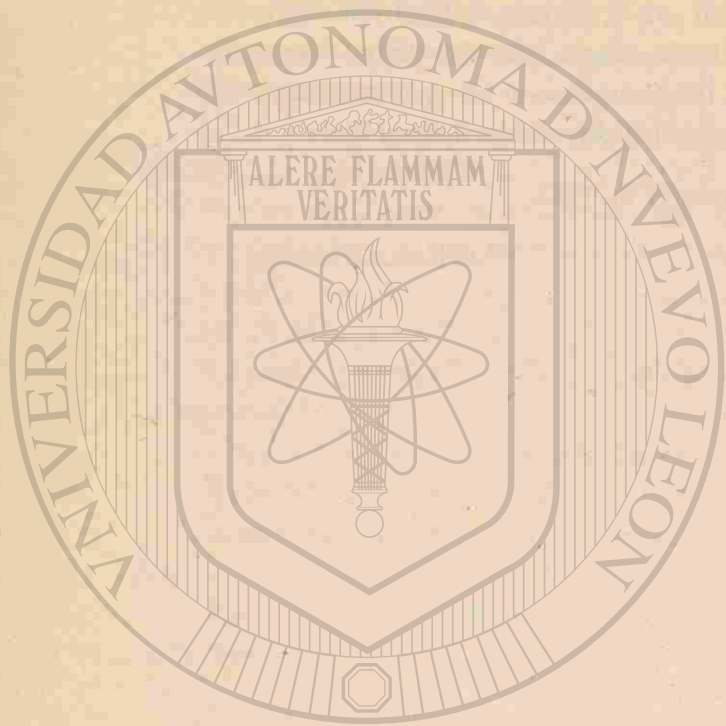
Compañeras, tiernas amigas de mi juventud, á quienes dedico este trabajo, porque os considero con los dones divinos para interpretar cualquiera de las Artes,

dedicaos á ellas, con el fuego santo del entusiasmo, imitad á Murillo, á Miguel Angel, Salvator Rosa y á otros, tened fe en que la constancia en el estudio os cubrirá un día, no lejano, con los laureles del triunfo.

Con el pincel ó con la pluma, formad esa corona inmarcesible que la ciencia y el arte prometen á sus adictos, y que más tarde legaréis á las generaciones venideras, que inmortalizarán vuestros nombres.

México, Junio 27 de 1903.

ELISA ROSALES.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

---

## VENTAJAS DEL EJERCICIO.

---

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES PROFESORES:

COMPAÑERAS:

¡Movimiento!... palabra que encierra el todo existente. Llave misteriosa que abre arcas de tesoro á la inteligencia humana! Investigad las leyes que rigen á los astros y veréis que no están fijos. ¿Qué es el sol? ¿Qué es ese astro radiante, esplendoroso, que disipa las tinieblas de la noche llevando la luz sobre la tierra; que nos inunda de calor y de vida al mismo tiempo que por su atracción misteriosa retiene á su derredor el sistema planetario, contribuyendo así de una manera activa á mantener el orden en la creación? ¿No es el centro fijo del Universo? ¿No es el testigo fiel del constante movimiento de los cuerpos celestes? Observad la naturaleza toda, y nada encontraréis en reposo.

En el cielo, cuando el sol desaparece, brilla la luna con virginal pureza, aun no está en su cuarto creciente y sólo percibimos su divina faz de plata, cuyo borde, dirigido hacia el sol, parece indicarnos que de este in-

menso y luminoso astro recibe fuerza, movimiento y esplendor. Cuando la noche cierra la bóveda celeste, resplandece con los fuegos de millares de estrellas. ¿Cuál será aquélla, tan brillante, tan hermosa, de tan vivo centelleo, que vemos casi en el segmento de la luna? Es Venus. Fijémonos en este planeta, ya que tan poderosamente ha llamado nuestra atención. Pero... ¿no parece haber disminuído la distancia que le separa de la luna? ¡Ya casi se tocan! Ha tenido movimiento. Hemos sentido un gran placer descubriendo un secreto de la Naturaleza, unido á cierto temor de violar sus arcanos. ¿Y nos interesan más los movimientos de la luna y de las estrellas, que los del planeta que habitamos? Examinad sus elementos; fijad vuestra atención en sus océanos. Veréis que no obstante parecer tranquilos, en su interior se verifican continuos movimientos, tales como las corrientes.

Así como la brisa acaricia suavemente sus aguas, haciendo que éstas se ondulen, así las tempestades cuando rugen, embravecidas y desencadenadas levantan inmensas montañas de espuma, que van á chocar contra las rocas. Examinada la Naturaleza toda, nada encontraréis en inercia absoluta. Hasta las piedras, en su aparente inmovilidad, tienen cambios en sus moléculas. Las plantas y los animales crecen y se desarrollan, en virtud de movimientos que activan sus funciones. En una palabra, el movimiento es el signo característico de la vida, así como la inercia es el signo característico de la muerte. Para las sociedades, movimiento significa civilización y progreso. Para el hombre, salud, bienestar, dicha. Ya que al hombre ha sido señalado el papel de Rey de la Creación, consagrémosle especial atención á la práctica de sus movimientos, que metodizados, dan

la acepción más rigurosa y elevada de la palabra ejercicio.

En los grandes centros de población, y especialmente en México, hay que consagrarse exclusivamente al desarrollo y sostenimiento de las fuerzas físicas, por medio de ejercicio muscular metodizado.

Este, según los preceptos de la Higiene, es un elemento profundamente modificador del calor y acaso de la electricidad, ayuda la nutrición y pone en actividad los llamados agentes biológicos.

Llámase ejercicio al conjunto de movimientos resultantes de la contracción de muchos músculos, cuyas vibraciones particulares se producen simultáneamente, mezclándose, combinándose y asociándose entre sí para producir un efecto determinado, que pone en juego tres factores: la máquina que ha de actuar (los músculos), el agente de impulsión que la máquina recibe, derivado de un acto volitivo (los nervios), y un líquido (la sangre), que aporta los materiales que han de quemarse para que el calor se transforme en movimiento.

Para ejecutar un movimiento, se necesita del uso de órganos activos y pasivos, figurando entre los primeros, los músculos, y entre los segundos, los huesos, dependiente todo del centro cerebro-espinal; de aquí se desprende que el acto cerebral pone en juego la voluntad, en virtud de la cual ha de ejecutarse el movimiento, en tanto que el acto muscular se traduce en efectos fisiológicos y físicos, locales ó generales. Estos últimos afectan más ó menos á todas las funciones de la economía, pues la circulación se activa, la respiración acelera la provisión de oxígeno, y exhalación de ácido carbónico, y la temperatura general aumenta, hasta producir

el sudor, que es la válvula de seguridad de la máquina humana.

Como resultante del ejercicio, la digestión se hace más enérgica, las secreciones periféricas corresponden con exactitud á las necesidades del organismo, y la nutrición resulta más completa, gracias á la avidez con que se procura que la intensidad de los fenómenos de reparación corresponda á las pérdidas que por el movimiento efectuado sufrió la economía. Pero no se limitan á éstas, solamente, las ventajas del ejercicio metódico, sino que, equilibrador insigne por excelencia, repone la fuerza gastada en las labores mentales, y refrigera y aclara la inteligencia.

Desde la más remota antigüedad se han dividido los ejercicios en activos, pasivos y mixtos. Los primeros, son aquéllos en que todo el movimiento ejecutado por el cuerpo, es debido á contracciones voluntarias; en los segundos, se mueve el cuerpo á impulsos de un agente exterior, y en los terceros, hay parte de movimiento voluntario y parte de impulsión comunicada. Son activos, la marcha, el salto, la carrera; la caza en que intervienen todos los movimientos anteriormente citados, al par que la vista, el oído y la inteligencia; los juegos deportivos, la esgrima, y por último, la natación, que es acaso el más completo, porque pone en juego músculos que por lo común están en reposo, y desarrolla el aparato respiratorio por las inspiraciones profundas y sostenidas que requiere. Pueden tomarse como tipo de los ejercicios pasivos, la marcha en carruaje y la navegación, y como tipo de los mixtos, la equitación y el ciclismo.

Para contrabalancear la acción del ejercicio, está el reposo, pues la necesidad de alternar el uno con el otro,

se impone imperiosamente, si no se quiere que venga la fatiga enervadora y amarga. Pero el descanso, en realidad, no es la quietud absoluta, sino un cambio de movimiento, ya haciendo que cese la acción de un órgano, para poner otro en actividad, ó ya modificando la manera de obrar de aquél.

El papel de la Higiene, con relación al ejercicio, no consiste solamente en reconocer los beneficios y señalar los inconvenientes de su práctica, según el uso ó el abuso que de él se haga, sino también en aconsejar que se maneje tan importante modificador, en favor de la salud, puesto que de los ejercicios musculares bien dirigidos, é inteligentemente aplicados, se saca uno de los más potentes recursos para el desenvolvimiento harmónico de los niños y de los jóvenes, y se deja fundado y establecido uno de los elementos más valiosos para que el vigor se conserve en la edad viril y en la vejez.

El ejercicio debe, ante todo, ejecutarse al aire libre; en el campo ó en un lugar espacioso para que el oxígeno esté en cantidad proporcional al exceso del consumo; y antes de emprenderlo, si fuere muy activo, hay que aflojar todos los medios de compresión, para que quede libre el pecho, lo mismo que el abdomen y los órganos de locomoción.

Inmediatamente antes ó inmediatamente después de la digestión de los alimentos, es nocivo cualquier ejercicio ó trabajo activos, y la alimentación debe estar siempre relacionada en cantidad y calidad con la clase del trabajo ó del ejercicio que han de ejecutarse.

Es de suma necesidad tener siempre presente que el trabajo muscular general, distribuye por igual su acción, en tanto que el que hace funcionar solamente un grupo aislado de músculos, aumenta desproporcionada-

mente su nutrición á costa de los demás, y acaba por hipertrofiarlo, produciendo deformidades.

La gimnasia puede, bien dirigida, reunir las condiciones de un buen ejercicio muscular general, pero tiene, sobre todo para los niños, el inconveniente de que por lo común se la presenta de un modo severo, árido, y desprovisto completamente de atractivos. Un profesor grave y serio hace en sombrío salón formarse en fila á los discípulos; va por delante, ejecuta en los aparatos una serie de movimientos que los otros imitan silenciosos, lo menos mal que pueden, y esta fatigosa tarea de Sísifo, se repite una y cien veces, precedida por el hastío, ese eterno compañero de la enseñanza anti-pedagógica. ¿Qué se logra con esto? Poca cosa; haber dado una lección tan aburrida y monótona como ninguna otra de la diaria labor.

Como contraste de este sistema de desarrollo físico, pueden presentarse los juegos deportivos en el campo, que ponen al aparato respiratorio en condiciones de regenerarse, ejercitan simultáneamente los músculos, perfeccionan la vista y el oído, alegran el ánimo, cultivan la destreza, y son, en fin, verdaderos reparadores y vigorizadores del organismo, debilitado por el exceso de trabajo intelectual y por el medio ambiente de los centros populosos.

México, ciudad fundada en condiciones espantosas de insalubridad, habitada en sus tres cuartas partes por gente indolente y refractaria á los preceptos salvadores de la Higiene, necesita más que ningún otro centro populoso de los países civilizados, que se le consagre especial atención en punto á los elementos que hay que poner en juego, para abrirle nuevos y mejores horizontes. En las calles, en los teatros, en los paseos, en las

reuniones familiares, da tristeza ver cómo la mayoría de los asistentes está formada por personas débiles y enfermizas que arrastran el divino depósito de la vida como una carga triste y abrumadora. Ya algún célebre viajero se había fijado en que las alegrías de los mexicanos son melancólicas, y sus pasiones sombrías y sanguinarias, atribuyéndolo todo á un siniestro atavismo de raza; puede haber algo de eso, pero pienso yo, que preside más bien á este fenómeno, y lo transmite de generación en generación, nuestro poco culto por las leyes higiénicas, que son la base fundamental de la salud. Ya el proverbio latino ha dejado universalmente establecido que en un cuerpo saludable, reside siempre una mente sana, y todos sabemos que la salud, es la fuente principal de la alegría.

Pero no solamente por nosotros, por nuestra salud personal y nuestro personal contentamiento, debiéramos consagrar una viva atención al asunto que me ocupa, sino hasta por decoro humano, por sostener el papel de Rey de la Creación que la naturaleza ha señalado al hombre. Hay más, los mexicanos, largamente combatidos por conflictos internacionales en que hemos derramado nuestra sangre á torrentes, tenemos muy vivo el sentimiento del amor á la Patria.

...¿Por qué, pues, no le demostramos este amor, poniendo los medios que la ciencia aconseja para que los hijos de la Patria sean sanos, robustos y vigorosos? Así podrán más fácilmente engrandecerla en la paz, defenderla en la guerra, y honrarla siempre.

El camino para llegar á este resultado es amplio, fácil y llano: la Escuela. En ella se puede educar á los hombres para hombres, y á las mujeres para mujeres, en la lata y completa acepción de la palabra, descartan-



do añejas preocupaciones, y entrando de lleno en la senda que la Higiene, astro de primera magnitud, ilumina con eterna y resplandeciente claridad. Y si es verdad que la niñez masculina necesita una educación vigorizadora para que dejemos de ver hombres en la plenitud de su fuerza por las calles, con oficios ajenos á las energías varoniles, también es verdad que la niñez femenina está pidiendo á gritos que se la redima del doloroso martirio de andar con pasitos menudos, gritar y caer desmayada al más inverosímil asomo de peligro. No; la educación científica moderna rechaza esa clase de criaturas endebles y quebradizas como juguetes de cristal, y forma varones fuertes para la lucha por la vida, y mujeres bien preparadas para llenar en el seno del hogar la más augusta de las misiones, la de madre de familia.

Ni el culto de la fuerza con abandono de la inteligencia, como lo hacían los pueblos primitivos, ni el culto de la inteligencia con abandono de la fuerza, como se hizo después, son el ideal docente de la actualidad, sino el desarrollo armónico y simultáneo de todos los elementos que constituyen esta preciosa máquina humana, en torno de la cual irradia como aureola el alma, destello purísimo de la Divinidad.

México, Junio 27 de 1903.

BEATRIZ DEMONGÍN.

---

## EL JAPÓN.

---

Después de laboriosas y seculares elucubraciones, la ciencia ha presentado á las inquietas miradas del observador, ese armonioso conjunto de verdades que forman las fases principales en el poema de la creación.

En el principio, dice la ciencia moderna, la materia primitiva remolineábase en el espacio, inmensa y sutil, y la fuerza que en todas sus partes la animaba, se manifestaba en tremendas pulsaciones, creando varios centros de movimiento, que fueron dividiendo aquel confuso caos, y que, dispersando fragmentos fluidos separados desde entonces por horribles abismos los unos de los otros, constituyeron las nebulosas.

Estas, en su movimiento vertiginoso, se apartaron, y condensadas, formaron esas resplandecientes estrellas que se cuentan á millares, y de muchas de las cuales ni conocemos sus dimensiones exactas, ni podemos medir la distancia que las separa, ni descubrir la extensión de sus órbitas, ni contar su historia..... siendo una de tantas, el centro de nuestro sistema planetario, centro de donde depende la tierra que habitamos.

¿Cuándo se rompieron los anillos con que el sol, girando sobre su eje, había rodeado la esfera luminosa?

do añejas preocupaciones, y entrando de lleno en la senda que la Higiene, astro de primera magnitud, ilumina con eterna y resplandeciente claridad. Y si es verdad que la niñez masculina necesita una educación vigorizadora para que dejemos de ver hombres en la plenitud de su fuerza por las calles, con oficios ajenos á las energías varoniles, también es verdad que la niñez femenina está pidiendo á gritos que se la redima del doloroso martirio de andar con pasitos menudos, gritar y caer desmayada al más inverosímil asomo de peligro. No; la educación científica moderna rechaza esa clase de criaturas endebles y quebradizas como juguetes de cristal, y forma varones fuertes para la lucha por la vida, y mujeres bien preparadas para llenar en el seno del hogar la más augusta de las misiones, la de madre de familia.

Ni el culto de la fuerza con abandono de la inteligencia, como lo hacían los pueblos primitivos, ni el culto de la inteligencia con abandono de la fuerza, como se hizo después, son el ideal docente de la actualidad, sino el desarrollo armónico y simultáneo de todos los elementos que constituyen esta preciosa máquina humana, en torno de la cual irradia como aureola el alma, destello purísimo de la Divinidad.

México, Junio 27 de 1903.

BEATRIZ DEMONGÍN.

---

## EL JAPÓN.

---

Después de laboriosas y seculares elucubraciones, la ciencia ha presentado á las inquietas miradas del observador, ese armonioso conjunto de verdades que forman las fases principales en el poema de la creación.

En el principio, dice la ciencia moderna, la materia primitiva remolineábase en el espacio, inmensa y sutil, y la fuerza que en todas sus partes la animaba, se manifestaba en tremendas pulsaciones, creando varios centros de movimiento, que fueron dividiendo aquel confuso caos, y que, dispersando fragmentos fluidos separados desde entonces por horribles abismos los unos de los otros, constituyeron las nebulosas.

Estas, en su movimiento vertiginoso, se apartaron, y condensadas, formaron esas resplandecientes estrellas que se cuentan á millares, y de muchas de las cuales ni conocemos sus dimensiones exactas, ni podemos medir la distancia que las separa, ni descubrir la extensión de sus órbitas, ni contar su historia..... siendo una de tantas, el centro de nuestro sistema planetario, centro de donde depende la tierra que habitamos.

¿Cuándo se rompieron los anillos con que el sol, girando sobre su eje, había rodeado la esfera luminosa?

No lo sabemos; pero el hecho es, que parte de uno de esos anillos, se convirtió en nuestro planeta.

La tierra, incandescente al principio, como el sol de quien procede, y cuyo impulso recibe constantemente, fué apagándose después poco á poco, á medida que sus elementos se condensaban. Y cuando las substancias volatilizadas por el calor pasaron al estado líquido, cuando los metales fundidos descendieron como lluvia torrencial, de las alturas atmosféricas, cuando los cuerpos, precipitados á impulsos del calor, cubrieron como un escudo la incandescente piroesfera, cuando el agua, llenando las mayores depresiones y flotando en vapores condensados, envolvió como un lienzo los primeros depósitos, y la tierra, sumergida en las tinieblas, dejó de ser una estrella, entonces terminó el período cósmico, comenzando el período geológico en una época de muerte.

Mas en lo profundo de las aguas, las fuerzas físicas y químicas ejercieron su acción poderosa; y bajo su constante influjo se formaron sedimentos, se metamorfosearon y aumentaron incesantemente el espesor del robusto casco que contiene los impetuosos hervores de la piroesfera, sin que los ímpetus de ésta, pudiesen ser comprimidos enteramente, pues que dilatándose como el oprimido pecho de un gigante, lanzó de su seno con pavorosas explosiones, vastos levantamientos. Entonces aparecen los terrenos, y la naturaleza comenzó á vivir.

El pequeño período de tiempo á que debo ceñir mi discurso, no me permite entrar en pormenores de esos períodos paleontológicos que, según la ciencia, cada uno de ellos necesitó centenares de siglos. Pero ya que es cosa bien manifiesta que la tremenda antigüedad es-

tá escrita con caracteres indelebles en esas arrugas gigantescas que hoy forman inmensas cordilleras, sólo me fijaré en ese punto de nuestro planeta que llamamos Japón, sobre el cual haré no un estudio, sino una ligera reseña, confiada en la benevolencia de mi auditorio.

Al Oriente de la Mandchuria y Corea, se extiende el nublado y tempestuoso mar del Japón, cuyas aguas, convertidas en veloces ondas, y levantando copos de blanca ó dorada espuma, van á morir en las del majestuoso océano, dejando circundado al vasto imperio.

El numeroso conjunto de islas que forman el archipiélago, llega á 3,850, siendo las principales la de Nipón Kiu-siu, Sikof, Sado, Oki, Tosima, Tonega-sima, Hikiay, Jacobro-sima, formando el Japón propiamente dicho, las de Yeso, Tarakay, Husasir, Iturup, Urup y en general, las Kuriles, que forman la provincia del Mastmai.

La más importante de las islas, es la de Nipón; sus escarpadas costas abundan en rocas, batidas por las aguas del sombrío mar; su suelo, poco fértil, y erizado de montañas, está expuesto á violentas conmociones subterráneas y á estragos terribles; las principales eminencias son: El Fusigama y Norikurayama. El radiante sol, llenando el horizonte de resplandores de oro, ilumina sus cimas, que permanecen ocultas, durante el crudo invierno, bajo una espesa capa de nieve. . . . .

La esterilidad del terreno, vencida por la abundancia de las lluvias, los abonos, y el excesivo trabajo, desaparece bajo una espesa capa de vegetación, extendiéndose en las llanuras y faldas de las montañas, y ofreciendo muchas plantas desconocidas en nuestras regiones.

Abundantes tuyas y otras coníferas, forman bóvedas de verdura, en las que los rayos del sol naciente, reflejados por las nubes, tamizan su argentada luz á través de las tupidas hojas cuajadas de rocío. En las bien cultivadas campiñas, y por cauces que abrió Naturaleza, en la peña viva, serpean las corrientes rápidas é impetuosas del Yusigava y Todogava, y se ven crecer, al pie de los cocoteros y las palmeras, lianas de toda suerte, plantas trepadoras, gala de aquella espléndida vegetación.

Otro de los ríos notables es el Aragava, que al precipitarse en el golfo de Yedo ó Tokio, se bifurca en dos brazos el Tonegava y Todogava. Llama la atención de geógrafos y viajeros, el golfo en que éstos desembocan, que, aunque de escaso fondo, ostenta el hermoso puerto de Yokohama.

Cerca de este puerto, hacia el Norte, se encuentra la ciudad de Yedo, una de las más populosas del Japón, capital del imperio y residencia del Emperador. Hasta el segundo tercio del siglo pasado, su palacio consistía en un gran número de habitaciones, con los techos adornados con dragones y columnas de cedro y alcanfor, y su mobiliario se componía de esteras blancas, guarnecidas de franjas de oro. El exterior, se hallaba rodeado de puentes levadizos.

Ahora Yedo es distinta, sobre todo en los departamentos de la residencia imperial, pues ha entrado de lleno en la civilización europea.

Abandonando esta isla y pasando á las Kiu-siu y Sikof, situadas en el extremo septentrional, sólo me limitaré á decir, que la naturaleza las ha dotado con sus mejores galas.

La isla de Yeso por todas partes presenta elevadas montañas, reina allí deliciosa primavera y se eleva el

sol, cada día más, sobre el horizonte; derrite las nevadas cumbres formando cristalinos arroyuelos, cuyas aguas, convertidas en espumas hervidoras, van á perderse en los mares que las circundan.

En los ricos bosques, los pinos abundan tanto, como las más variadas flores que abren tímidamente sus corolas y enseñan la gota brillante que el rocío ha depositado en su seno durante la noche. Las montañas abundan en oro, plata y plomo; y como el clima es más frío que lo que indica su latitud, desde el mes de Noviembre hasta el de Abril la nieve no sólo cubre las montañas, sino los llanos y valles de la parte meridional.

Al Norte de la de Yeso, se prolonga la cadena de las Kuriles, dependientes del Imperio japonés, y que constituyen con la mencionada de Yeso, la provincia del Mastmai, siendo las principales: Kumasir, Sikotán, Iturup y Urup.

Kumasir, separada de la isla de Yeso por el estrecho de su nombre, tiene 106 kilómetros de largo por 25 de ancho, ostentando los montes María, Antonia, y el terrible volcán de Isinsianoburi, que alza al cielo su frente de diamante, y aparece deslumbrador y magnífico en medio de las nubes de nácar y gualda.

La Iturup, isla de los navegantes holandeses, es la mayor de las Kuriles, separada al Sur por el estrecho de Vrien, de la isla Urup, que ofrece en su parte meridional el monte Kevión.

El clima, en la mayor parte de las islas que constituyen el Japón, experimenta extremosos cambios.

El verano, mitigado por una leve brisa de mar que apenas agita las hojas de los árboles y las espigas, hace sentir una suave frescura; mas, durante la noche, los truenos y las tempestades son muy frecuentes.

En invierno, las brisas soplan del N. ó NE., impregnadas de partículas de nieve.

Las producciones minerales son: oro, cuyas minas más abundantes y ricas se encuentran en Sado, próxima á la de Nipón; plata y cobre, que constituyen los más importantes artículos de exportación. Ambar amarillo y gris, ágatas encarnadas y jaspeadas de blanco, que se utilizan en la fabricación de botones y cajas de rapé.

En las faldas de las colinas se forman terraplenes sembrados de arroz, que constituyen el principal alimento, y en menor escala, maíz y cebada.

Hay mucha semejanza entre las plantas de la China y del Japón, lo que quizá proviene de un cambio mutuo de vegetales útiles. El arbusto del té crece sin cultivo en los setos y vallados, jengibre, los más hermosos bambúes y cañas de la India, que abundan en los pantanos y terrenos húmedos, pimienta negra, añil, laureles de la India, alcanfor cica y mimosas arborescentes que adornaban las orillas del mar.

La seda, el algodón, proporcionan telas delgadas y ligeras, con que se suplen las de lana.

La industria japonesa, por largo tiempo, se pasó sin cabras ni carneros, porque los consideraban como animales dañinos á la agricultura. En las faenas de ésta se utilizan de preferencia los búfalos.

En las cacerías se ven gansos silvestres, perdices, faisanes, lobos, zorros y osos cuya carne se come con tanta estimación como en otros países la del carnero.

Mas no es precisamente la exuberancia de la tierra ni su feracidad ni sus riquezas, lo que debe llamar la atención al fijar nuestras miradas sobre ese punto de nuestro globo. Bien está que la naturaleza cuente allí

con frondosas arboledas y tupidos céspedes á la sombra amiga de aquéllas; que sazone y llene sus frutos con sabroso y exquisito jugo; que desarrolle celajes maravillosos, formando cuadros llenos de ilusión en el horizonte; que produzcan inefables armonías sus aguas murmurantes, y pájaros cantores; que derrame la ilusión en avenidas torrenciales desde lo alto de sus fantasmagóricas nubes. Todo esto es muy bello, muy hermoso; pero si la civilización no hubiera posado ahí su mano bienhechora, el alma del hombre, que es el ser que puede empuñar esa antorcha luminosa, no se elevaría con las frescas y perfumadas brisas de la tarde; ni tampoco podría eternizarse en la inmovilidad de los grandes árboles ó en las mudas rocas, el recuerdo de los idilios que hubieran podido grabarse en ellos.

Por largos años la civilización del Japón pareció que iba á permanecer estacionaria, como la de la China; pero, teniendo los japoneses una idea más levantada de la libertad política, y un carácter más varonil, dejaron ver estos gérmenes de perfectibilidad, una hermosa perspectiva formada con la esperanza de una revolución moral que estallaría en la sucesión de los tiempos; pues que el tránsito al estado de perfección social no es obra del momento: es una obra muy difícil, que cuesta tiempo y que exige una serie de circunstancias felices para que el bálsamo regenerador pueda deslizarse suavemente en la organización de las naciones.

Hace ya sesenta siglos que la sociedad humana ha cubierto con sus instituciones el camino de la historia, más fuerte que el tiempo, ha resistido á todos los desastres, rejuveneciéndose constantemente en las ruinas donde se han sepultado los pueblos ya gastados; ella es la que ha conducido nuestra infancia en los azares de

las emigraciones primitivas, y la que nos ha repartido la tierra; ella es la que, después de habernos dispersado por todas las regiones habitables, nos ha reunido á pesar de los huracanes, de los desiertos y los furios del Océano, por medio del buen sentido, que es el que une todos los seres inteligentes, y cuyo fondo social se compone de los primeros rudimentos de la lógica y de la moral, de las primeras verdades matemáticas y de los fenómenos comunes de la naturaleza.

Ella, es decir, la sociedad, es la que ha edificado ciudades célebres en las que, fundando las ciencias, promoviendo las artes, propagando las letras y elevando á la perfección el espíritu del hombre, ha hecho que su corazón haya podido concebir el sentimiento generoso del patriotismo al ofrecerle la ocasión de todo género de sacrificios. Y, por fin, ella es el modo de ser permanente, de nuestra vida terrestre, pues aunque el viajero descubra aún, en el fondo de los bosques, ó en los escarpados bordes de las islas extraviadas, tribus privadas de toda civilización, observará en ellas, sin embargo, algunos destellos del estado social, pues si el hombre ha de vivir según su constitución primitiva, debe necesariamente ser sociable.

En vista de todo esto, bien se ve la causa de que las naciones, al llegar al apogeo de la civilización, han tenido por divisa este lema: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, el cual es, en efecto, una parte de la carta primitiva que unía á los nombres entre sí; pero no es toda ella. Esta es, realmente, la carta de los derechos; pero no la de los deberes, pues el hombre que vive en sociedad, no puede pasar sin deberes, así como sin derechos.

Si le es necesaria la libertad para permanecer criatura moral y no ser sofocada en las opresiones de una

dominación injusta y exagerada, le es también necesaria la obediencia para permanecer en el hogar vivo que le hace una nación con el auxilio de una ley común y sagrada. Si la igualdad es necesaria para no decaer del rango en que el Creador le ha colocado por un origen común con todos sus semejantes, la jerarquía le es también necesaria para no decaer por falta de un jefe ó de alguna autoridad en la impotencia de la disolución individual que haría descender á la patria por la triste pendiente de la decadencia nacional; si la fraternidad le es necesaria para que un sentimiento de confianza y de amor ensanche los estrechos lazos del orden social para que la humanidad permanezca como una gran familia salida de un padre común, la veneración también le es necesaria para reconocer y fortificar la autoridad, ya sea de la edad, ya de la magistratura, y ya de la virtud y del progreso de las leyes.

Para fundar, pues, instituciones duraderas, debería-se escribir sobre la palabra *libertad* la palabra *obediencia*, sobre la de igualdad la de jerarquía, y sobre la palabra fraternidad la palabra veneración, y sobre el símbolo augusto de los derechos, el símbolo divino de los deberes.

Consideremos ahora las leyes del Japón al través de los siglos, y veremos que han sido pocas, pero siempre obedecidas sin reserva.

Ellas imponen como deber político la educación moral de los hijos, siendo sus padres y parientes los que deben responder de los crímenes de aquéllos cuyos vicios deberían haber corregido desde el principio. La policía se recomienda por la vigilancia que ejerce; y en cada pueblo hay un lugar rodeado de una verja en medio de la cual está una inscripción que en gruesos caracteres ofrece al transeunte un pequeño código de policía.

Con respecto al trabajo, que es otro de los principales elementos de la civilización, los japoneses se han distinguido hasta aventajar en algunas artes á la industria europea.

Tienen excelentes obreros en cobre, hierro, y, sobre todo, para armas blancas.

Abundan allí cristalerías, en las que se ha llegado á tal perfección para elaborar objetos de cristal, que sus artefactos han servido para construir magníficos telescopios.

Los japoneses cultivan con gran éxito la literatura y la poesía, particularmente melodiosa, por la especial dulzura de la lengua que se habla en el imperio del sol naciente.

Por el año de 1873, las principales islas quedaron comunicadas por hilos telegráficos entre sí, y con todas las diversas naciones de Asia y Europa. En tanto que sus puertos de Nagasaki, Osaka, Hiogo, Kioto, Yokohama, quedaron abiertos al comercio universal, rompiendo el tradicional egoísmo de la civilización mongólica.

La obediencia, pues, á sus leyes, el amor al trabajo, á las ciencias y á las letras, la veneración á la justicia y á la fraternidad, y la poderosa iniciativa de un soberano sabio y enérgico, son los elementos con que ha entrado victoriosamente el Japón en concierto de las naciones civilizadas.

Honda admiración y viva simpatía he sentido al estudiar á ese pueblo que supo romper con seculares tradiciones y rutinarias costumbres arraigadas en todas las clases sociales; y que, mariposa del progreso humano, dejando un día el viejo capullo, tendió las alas para recorrer todas las cimas y bañarse en la luz de todos los cielos.

DOLORES ZEPEDA.

México, Julio 4 de 1903.

## LOS SENTIMIENTOS Á LA LUZ DE LA FILOSOFÍA.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

Las ideas nuevas, las ideas que pugnan con creencias inerustadas en nuestra mente por un fenómeno que podría llamarse de atavismo intelectual, y que hasta nosotros llegan de generación en generación, son difíciles de sostener y más aún de comprobar.

Por esto, hoy, que vengo á tratar del espíritu estableciendo conceptos no trillados, lo hago con la esperanza de poder desvanecer con la implacable verdad de ellos, erróneas ideas, verdadera polilla de los siglos, que ya es tiempo cedan al empuje avasallador de la moderna lógica.

El espíritu no es sino el principio potente de la vida que se manifiesta tanto en el más imperfecto ser de la creación, cuanto en los organismos complicados y maravillosos, y que se revela en el rudimentario instinto del zoófito, tanto cuanto en las sublimes concepciones de los Reyes de la idea, que han asombrado al mundo con su talento.

Con respecto al trabajo, que es otro de los principales elementos de la civilización, los japoneses se han distinguido hasta aventajar en algunas artes á la industria europea.

Tienen excelentes obreros en cobre, hierro, y, sobre todo, para armas blancas.

Abundan allí cristalerías, en las que se ha llegado á tal perfección para elaborar objetos de cristal, que sus artefactos han servido para construir magníficos telescopios.

Los japoneses cultivan con gran éxito la literatura y la poesía, particularmente melodiosa, por la especial dulzura de la lengua que se habla en el imperio del sol naciente.

Por el año de 1873, las principales islas quedaron comunicadas por hilos telegráficos entre sí, y con todas las diversas naciones de Asia y Europa. En tanto que sus puertos de Nagasaki, Osaka, Hiogo, Kioto, Yokohama, quedaron abiertos al comercio universal, rompiendo el tradicional egoísmo de la civilización mongólica.

La obediencia, pues, á sus leyes, el amor al trabajo, á las ciencias y á las letras, la veneración á la justicia y á la fraternidad, y la poderosa iniciativa de un soberano sabio y enérgico, son los elementos con que ha entrado victoriosamente el Japón en concierto de las naciones civilizadas.

Honda admiración y viva simpatía he sentido al estudiar á ese pueblo que supo romper con seculares tradiciones y rutinarias costumbres arraigadas en todas las clases sociales; y que, mariposa del progreso humano, dejando un día el viejo capullo, tendió las alas para recorrer todas las cimas y bañarse en la luz de todos los cielos.

DOLORES ZEPEDA.

México, Julio 4 de 1903.

## LOS SENTIMIENTOS Á LA LUZ DE LA FILOSOFÍA.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

Las ideas nuevas, las ideas que pugnan con creencias inerustadas en nuestra mente por un fenómeno que podría llamarse de atavismo intelectual, y que hasta nosotros llegan de generación en generación, son difíciles de sostener y más aún de comprobar.

Por esto, hoy, que vengo á tratar del espíritu estableciendo conceptos no trillados, lo hago con la esperanza de poder desvanecer con la implacable verdad de ellos, erróneas ideas, verdadera polilla de los siglos, que ya es tiempo cedan al empuje avasallador de la moderna lógica.

El espíritu no es sino el principio potente de la vida que se manifiesta tanto en el más imperfecto ser de la creación, cuanto en los organismos complicados y maravillosos, y que se revela en el rudimentario instinto del zoófito, tanto cuanto en las sublimes concepciones de los Reyes de la idea, que han asombrado al mundo con su talento.



En vano la razón humana pretende reservarse el privilegio de ser ella la sola poseedora de tan preciado bien; la ciencia inmensa é insondable como la mar, azota sin descanso los más potentes baluartes con que pretende contenerla el sofisma y al fin los derrumba con fragoroso estruendo, arrojando de su pedestal los deformes ídolos del pasado.

Antes de Copérnico y de Galileo, cuando se consideraba á la tierra como el centro del universo, el hombre podía forjarse ilusiones sobre su naturaleza, creyéndose un ser excepcional, dotado por especial favor de razón y de libertad. El era el rey de la creación, la tierra su palacio; el sol había sido fabricado para iluminar y calentar sus días, la luna y las estrellas para brillar en sus noches; los animales, los vegetales, las tierras y los mares y cuanto ellos encierran, todo había sido especialmente destinado á su uso.

La comprobación del movimiento de la tierra, primero, y posteriormente los notabilísimos estudios de los Darwin, Spencer, y de toda esa pléyade de profundos pensadores y egregios sabios que ilustraron la pasada centuria, nos han hecho concebir una idea clara del rango que el hombre ocupa en la tierra, y ésta en el Universo.

¿Qué es la tierra si no una gota de lodo perdida en el espacio?

¿Y el hombre, el llamado rey de la creación, puede desconocer las notables analogías que lo unen á los demás seres vivos?

La observación revela por doquier las semejanzas y la continuidad, ya sea que comparemos al hombre con los animales superiores, ó que descendamos la escala de los seres vivos hasta llegar al animal inferior y á la planta.

La misma manera de nacer y de morir; el mismo proceso vital, la misma disposición general de los miembros y de los órganos, las mismas manifestaciones sensibles en idénticas circunstancias, la misma inteligencia, más general, sin duda, y más desarrollada en el hombre; pero en el fondo, de análoga naturaleza. Estas semejanzas comprueba el análisis entre el hombre y el ser viviente superior. Las diferencias son simplemente de grado, aun tratándose de los seres llamados inferiores; pero nunca encontramos diferencias esenciales de naturaleza.

Se ha demostrado, pues, que el espíritu no es un don especial al hombre, sino que se manifiesta como dije antes, donde quiera que exista la vida.

Pero si esto es cierto, también lo es que en los seres inferiores existe en rudimentario estado, y que sólo alcanza maravillosa y esplendente perfección en el hombre.

Separándome de la caduca metafísica, no investigaré cuál es la naturaleza íntima, la esencia del espíritu, y lo consideraré solamente como un conjunto de fenómenos, caracterizándolo por sus manifestaciones.

El análisis más superficial nos demuestra que los fenómenos del espíritu pueden dividirse en tres grupos: fenómenos de sensibilidad, de inteligencia y de voluntad.

Consta, pues, el espíritu humano de tres atributos: de sentimiento, inteligencia y voluntad; y al preguntarme cuál de los tres podremos considerar como el primero y principal en nosotros, y al meditar un instante sobre ellos, descubro que el sentimiento es el que da mayor realce á los actos de nuestra vida, el que hace vibrar las fibras más delicadas de nuestro ser, de acuerdo con las

impresiones recibidas, el que nos impulsa hacia el bien ó hacia el mal, secundado por la inteligencia, y ésta, á su vez, por la voluntad.

Consideremos el sentimiento en sus manifestaciones más ingenuas, cuando todavía no se modifica por los otros atributos; consideremos los sentimientos en el niño, en ese ser delicado y tierno, en ese ángel que viene á llenar de felicidad el hogar, y al mismo tiempo á traer, bajo sus alas apenas perceptibles, el perfume que se derramará en el corazón de sus padres, convirtiéndose en amor paternal. El niño tiene frío, tiene hambre, siente un dolor físico y todo esto lo manifiesta por medio del llanto. De improviso cesa su llanto y es reemplazado por la alegría, agita sus manecitas, ríe, quisiera levantarse y en vano lo intenta; es que ha visto á su mamá, á esa santa interpretadora de nuestros deseos y tristezas, que comparte con nosotros nuestros dolores y alegrías, que vela junto á nuestro lecho cuando el mal nos agobia y nos consume. Es á ella á quien vió el niño, y su emoción fué de alegría; no porque el niño sepa por qué ama á la madre; no porque quiera darle á conocer su cariño, sino impulsado por un sentimiento casi instintivo.

Ella provee á sus necesidades, lo llena de caricias, procura adivinar sus deseos y aliviar sus sufrimientos; el niño asocia estas impresiones agradables con la vista de su tierna madre y por eso, al reconocerla, manifiesta su alegría. Por el contrario, hay una persona que causa males al mismo niño, motivándole dolor; el niño asocia el dolor con la vista de quien lo produce y cuando esta persona aparece, el niño hace manifestaciones contrarias á las anteriores; ahora sufre y da á conocer su sufrimiento por medio del llanto ó de la inquietud.

Esto mismo nos pasa á todos, y si no son iguales nuestras manifestaciones, depende: primero, del desarrollo de la inteligencia; segundo, de la voluntad que tengamos de ejecutar ó dejar de hacer lo que sentimos y pensamos, y por último, de nuestra educación moral. Definiré la sensibilidad como la facultad que tenemos de experimentar placer y sufrimiento.

Estos goces y sufrimientos los experimentamos de muy distinta manera, ya sea que gocemos con la vista de una cosa hermosa por su color, por su forma ó por otra de sus cualidades, ya que suframos, por ejemplo, con una quemadura producida en una mano. Gozamos con el placer que produce en nosotros el hacer una buena acción, como es la de proteger y ayudar á un pobre ciego, á uno de esos seres débiles que con frecuencia encontramos en nuestro camino, imposibilitados para recibir sensaciones por medio de la vista.

Sufrimos con la muerte de una persona amada, de un miembro querido de nuestra familia; con el pensamiento de que nos abandona y deja un lugar vacío en nuestro corazón, á la vez que en el hogar donde juntos habíamos compartido goces y sufrimientos, donde no puede pasar un día, una hora, un instante, sin hacer recuerdos de su vida y de sus dolores, de sus caricias y de sus virtudes, de su bondad y de su amor.

Estos goces y sufrimientos tan distintos, se han dividido en dos grupos, llamando á unos sensaciones, y emociones á los otros.

Para mayor claridad de lo que son las sensaciones y las emociones, pondré el siguiente ejemplo:

Es de noche, estoy sola en una pieza oscura, y en silencio medito, ó más bien mi espíritu está sumergido en una especie de ensueño, al que me entrego por com-

pleto. Instantáneamente entra por la ventana medio abierta, la luz de un relámpago que hiere mis ojos, que se cierran por la impresión de luz que recibieron, ó más bien diré, por la sensación. Al mismo tiempo se despierta en mí cierto temor; pienso en la tempestad que se anuncia; estoy sola y siento en lo interior algo entre miedo y tristeza, entre susto y violencia, que me domina enteramente. Siento una emoción.

Citaré las dos leyes que rigen al espíritu, por ser su importancia grandísima para la comprensión exacta del modo de verificarse estos fenómenos y de su manifestación exterior.

Si recibimos una impresión cualquiera sobre una parte sensible de nuestro organismo, ó en nuestra parte moral se establece una serie de corrientes que van á dar al cerebro, las cuales, por acción refleja, transmiten al mismo tiempo una agitación general á los órganos destinados al movimiento, así como también ejercen su influencia sobre las vísceras. Esta ley es llamada de la difusión, y la segunda, que es la de la relatividad, puede expresarse así: "Para que el espíritu experimente un sentimiento ó adquiera una idea, es necesario que haya un cambio en la impresión," es decir, que si constantemente estamos experimentando una misma impresión, no habrá ya ninguna sensación, ni podremos saber hasta qué grado nos es molesta ó grata esa impresión; pero si llega un momento en que se suspenda ésta ó se modifique, entonces es cuando experimentamos un cambio en nuestro ser, producido por la molestia ó el placer que nos causa su ausencia.

Estas leyes dan la razón, por la que, al recibir una impresión, hacemos movimientos involuntarios ó cambia el color de nuestro rostro, y á veces se escapan de

nosotros gritos de angustia y de dolor. Esta es la razón por la que personas sumamente sensibles no puedan reservarse sus sentimientos ó deseos, y conocemos en ellas con una ligera observación, si no todo lo que pasa en su interior, que es imposible conocer el corazón humano, si al menos vislumbramos por la opaca claridad que nos ofrecen sus demostraciones, algo que nos sirve de guía para llegar al descubrimiento de su estado de ánimo. Fijando más nuestra atención y haciendo varias observaciones, llegaremos á interpretar lo que tal vez trataban de ocultarnos.

Ahora bien, el sentimiento ha sido considerado por algunos autores como el móvil de nuestras buenas ó malas acciones, de manera que desde ese punto de vista, lo dividen en sentimientos egoístas, llamando así á nuestras tendencias personales ó inclinaciones hacia el mal, y sentimientos altruistas que nos impulsan al bien, ó sean nuestras tendencias sociales.

Los sentimientos egoístas comprenden siete instintos y, aunque ligera, daré una idea de ellos.

El primero, el nutritivo, es necesarísimo, por ser el que sirve precisamente para conservar la vida y se manifiesta desde el primer día de la existencia. El segundo tiende á la conservación de la especie. El tercero es el maternal, y su tendencia es la misma.

Este sentimiento egoísta en su origen se convierte en altruista, porque casi siempre va acompañado de la bondad.

Raro, muy raro es, y sin embargo, existen madres que teniendo únicamente instinto maternal y nada de altruismo, sólo se preocupan de sus hijos por el provecho que de ellos puedan sacar, y los consideran como una propiedad. Pero felizmente no sucede siempre así;

la bondad en las madres predomina, y casi todas son un ángel guardián de los pasos de sus hijos. A semejanza de la tímida violeta que se oculta entre sus hojas y sólo deja escapar su olor suave á la vez que delicioso, la madre esparce sobre sus hijos el perfume que conocemos con el sagrado nombre de amor maternal. Y si alguna vez necesita ponerse á prueba, es capaz no sólo de agotar hasta las heces el cáliz del sufrimiento, sino que su amor se convertirá en arma con que entablar la lucha para librar á su hijo de los males que lo amenazan.

Vemos á una madre junto al lecho de su hijo enfermo, desvelarse noche á noche, sin desmayar un momento; vemos á una madre llegar suplicante, lívida á los pies de un juez, para implorar el perdón del hijo delincuente; la vemos, en fin, con los brazos tendidos, el corazón lleno de santa alegría y los ojos llenos de lágrimas, recibir al hijo ausente, perdonar al hijo ingrato.

El orgullo, que ocupa el quinto lugar entre los sentimientos egoístas, es el deseo insaciable de que nos hallamos dotados por la necesidad de predominio. Está en algunos seres tan desarrollado este instinto, que sacrifican lo más sagrado, lo más noble, por obtener el puesto que les hará ver á sus plantas, rendidos como esclavos, aun á los que antes fueron sus más adictos amigos, á los que los empezaron á levantar, cuando aun no se sostenían, sacrificando así la bondad misma en aras de su orgullo.

La vanidad es otro de los instintos del egoísmo. Vanidad indica necesidad de aprobación, y es hasta cierto punto uno de los mejores instintos, siempre que saquemos de ella el provecho que se puede sacar.

Un niño á quien nunca se le aprueba ninguno de sus actos ó trabajos, por buenos que sean, siente algo que le hace falta. Necesita estímulo, y el ardor y el gusto con que antes se disponía al trabajo, al bien, va decreciendo, va haciéndose débil, en vez de fortalecerse.

Su ánimo va decayendo, y si sucede que es la reprobación la que recibe, llegará á hacerse de él un ser que si algo bueno piensa, no lo dice, por el temor que le inspira decir lo que le trae consigo el reproche.

Este ser necesita la aprobación; pero no debe confundirse la aprobación con la adulación. La primera debe ser sincera y merecida, mientras la segunda no es más que un juego de palabras empleadas para satisfacer ó acallar la vanidad.

El deseo del bienestar, último de los sentimientos que componen el egoísmo, se forma de dos instintos opuestos. Queremos ser únicos, solos, desprovistos de quien nos manda; estar rodeados de comodidades, tener una vida tranquila donde se refleja únicamente la salida y puesta del sol de nuestra vida, con todo su esplendor y majestad; es decir, que nuestros actos malos ó buenos, sean los únicos que predominen; que no haya extranjero que pretenda opacar nuestra gloria, y de esto, que es á lo que se llama instinto destructor, han provenido y provendrán las guerras, hasta que el hombre, despojándose de su egoísmo sólo tienda á dar rienda suelta al verdadero altruismo. Por otra parte, persiguiendo siempre el bienestar, todo hombre necesita tener donde ponerse á salvo de la intemperie y de los rigores del tiempo; necesita vivir bajo techo y tener algo menos duro que la tierra y las tarimas, para descansar de las fatigas del día; necesita cubrir su cuerpo desprovisto de abrigo, y entonces tomar de las materias primas que

la naturaleza nos suministra á manos llenas, construye choza, casa ó magnífico palacio, fabrica los útiles necesarios para satisfacer sus necesidades; se convierte de destructor en constructor, y gracias á este instinto, el mundo progresa, la ciencia adelanta, la luz se difunde y los hombres todos se olvidan de sus pasados días, para llegar á otros mejores.

Los sentimientos altruistas son los que vienen á completar la felicidad de nuestra alma; sin ellos queda en nosotros un vacío enorme, insondable. No se puede vivir feliz, sin experimentar las gratas emociones que nos proporcionan los instintos del altruismo. Los más grandes criminales, los hombres perdidos, las vidas depravadas, sienten á veces bullir en lo íntimo de su conciencia algo superior, que impulsándolos y sosteniéndolos á la vez, los hace respetar el nombre de sus padres y aun después de cometer un crimen, invocar el amor de la madre, pensar en ella. En medio de sus maldiciones y desesperación, llevan grabada en el corazón su imagen divina.

Estos sentimientos que iluminan el corazón, que, como chispa salida del ser humano, encienden los rasgos más hermosos de nuestra vida, son: el afecto, la veneración y la bondad.

Del afecto nace la amistad, la fraternidad y el matrimonio.

La amistad nos convida á todo lo grande é immaculado de la vida. La amistad es para el hombre lo que para el caminante un oasis en medio del desierto. Rara es, pero si llega á encontrarse, se considera como la reliquia más cara después del amor de nuestros padres. Decir amigo, es decir confianza, amor, ternura. El amigo es quien nos consuela en los trances amargos de la vi-

da; el amigo es una columna fuerte que nos sirve de sostén en las luchas con nuestros enemigos; el amigo es el depositario de nuestros secretos, penas y sufrimientos.

Otra forma del afecto se manifiesta entre dos personas unidas por el sagrado vínculo del matrimonio. En él obra el amor como principio y como fin. Es tan fuerte este lazo, que haciendo prescindir de la dulce tranquilidad del hogar paterno, impulsa á seguir á ese ser que se hace inseparable y único para el otro. El hogar donde se aspira el perfume delicioso del amor, donde no se oyen los lamentos del sufrimiento, donde la joven y casta esposa espera anhelante la llegada de su adorado compañero, y que comparte su alegría ó mitiga sus penas; el hogar donde á la sombra del amor florecen el orden y la laboriosidad, es el ideal de toda alma sensible.

A nuestros padres y maestros, y á todos nuestros superiores, consagramos el sentimiento de la veneración.

En nuestros padres se funden en uno solo todos los cariños santos que existen y existirán.

El amor y el respeto filial son como innatos en todos los corazones tiernos, puros y elevados. Hay en ese amor un bien superior á todos los bienes. El aligera la más pesada carga y hace que se soporten con calma sobrehumana todas las vicisitudes de la vida. El amor filial hace emprender las cosas más grandes, y excita siempre á lo más perfecto; no hay trabajo que lo canse ni lazos que lo sujeten, ni miedos que lo turben, es el más dulce y puro de los amores; él inspira las buenas obras, y en él se encuentra el verdadero reposo del alma.

¡Bendito seas, sublime amor! ¡Tú eres mi alegría y mi refugio!

El instinto que cierra con admirable encanto el sentimiento altruista, es la bondad, esa virgen majestuosa que hace caer á sus plantas avergonzado al egoísmo; que acoge bajo los pliegues de su manto, salpicado de estrellas, á todos los necesitados; que resume todo lo bueno y delicado; que ve en cada ser otro yo; que nos impulsa á la abnegación y al sacrificio.

Después del ligero é imperfecto bosquejo que he hecho de los sentimientos, réstame sólo expresar mis deseos y mi esperanza de ver predominar por doquier los sentimientos altruistas sobre los egoístas, sin destruir éstos por completo, pues eso equivaldría á aniquilar la vida, sino satisfaciéndolos en su justo límite.

A nosotras, queridas compañeras, á nosotras las educadoras del porvenir, nos toca contribuir con nuestro grano de arena, para alcanzar este hermoso fin.

Debemos, pues, procurar ante todo, nuestro propio perfeccionamiento moral. Nuestro corazón es un álbum apenas comenzado, sobre cuyas primeras inscripciones irradian el amor al bien y á la virtud, que nos han inspirado nuestros padres.

Ojalá que las últimas páginas de este álbum se llenen con el recuerdo de una vida consagrada á la felicidad de los demás, teniendo como lema, las grandiosas palabras de un notable filósofo: "El amor por principio y el orden por base: el progreso por fin."

México, 4 de Julio de 1903.

JOSEFA GONZALEZ DÍAZ.

## EL ANÁHUAC.

SEÑOR DIRECTOR GENERAL DE LA ENSEÑANZA NORMAL:

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

Emocionada vengo á esta tribuna, tan frecuentemente ocupada por la ilustración y el ingenio, y que ahora da breve hospitalidad á la insuficiencia mía.

Sírvame de excusa para este atrevimiento, el manifestar que más que por propia voluntad, vengo por cumplir un deber que no puede eludirse, y por corresponder á un honor que no debía declinar.

Mi disertación no tiende á otro objeto, que á dar una ligera idea acerca de "la fisonomía física, moral y social del Anáhuac," en los tiempos en que la espada audaz y afortunada de Cortés, aun no había cortado las potentes alas al águila gloriosa que Tenoch halló en medio del lago, y que más tarde llevó á la victoria las legiones conquistadoras de Itzcoatl, "varón tan excelente, que no hay lengua bastante para alabarlo," así

El instinto que cierra con admirable encanto el sentimiento altruista, es la bondad, esa virgen majestuosa que hace caer á sus plantas avergonzado al egoísmo; que acoge bajo los pliegues de su manto, salpicado de estrellas, á todos los necesitados; que resume todo lo bueno y delicado; que ve en cada ser otro yo; que nos impulsa á la abnegación y al sacrificio.

Después del ligero é imperfecto bosquejo que he hecho de los sentimientos, réstame sólo expresar mis deseos y mi esperanza de ver predominar por doquier los sentimientos altruistas sobre los egoístas, sin destruir éstos por completo, pues eso equivaldría á aniquilar la vida, sino satisfaciéndolos en su justo límite.

A nosotras, queridas compañeras, á nosotras las educadoras del porvenir, nos toca contribuir con nuestro grano de arena, para alcanzar este hermoso fin.

Debemos, pues, procurar ante todo, nuestro propio perfeccionamiento moral. Nuestro corazón es un álbum apenas comenzado, sobre cuyas primeras inscripciones irradian el amor al bien y á la virtud, que nos han inspirado nuestros padres.

Ojalá que las últimas páginas de este álbum se llenen con el recuerdo de una vida consagrada á la felicidad de los demás, teniendo como lema, las grandiosas palabras de un notable filósofo: "El amor por principio y el orden por base: el progreso por fin."

México, 4 de Julio de 1903.

JOSEFA GONZALEZ DÍAZ.

## EL ANÁHUAC.

SEÑOR DIRECTOR GENERAL DE LA ENSEÑANZA NORMAL:

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

Emocionada vengo á esta tribuna, tan frecuentemente ocupada por la ilustración y el ingenio, y que ahora da breve hospitalidad á la insuficiencia mía.

Sírvame de excusa para este atrevimiento, el manifestar que más que por propia voluntad, vengo por cumplir un deber que no puede eludirse, y por corresponder á un honor que no debía declinar.

Mi disertación no tiende á otro objeto, que á dar una ligera idea acerca de "la fisonomía física, moral y social del Anáhuac," en los tiempos en que la espada audaz y afortunada de Cortés, aun no había cortado las potentes alas al águila gloriosa que Tenoch halló en medio del lago, y que más tarde llevó á la victoria las legiones conquistadoras de Itzcoatl, "varón tan excelente, que no hay lengua bastante para alabarlo," así

como Ahuizotl, el terror de sus enemigos y el más temible de la raza de Acamapichtli.

Comenzaré haciendo una referencia relativa á los principales datos geográficos de la comarca.

En un período que abraza desde fines del siglo VI, hasta mediados del XIV, solamente se designaba con el nombre de Anáhuac, una reducida porción de tierra rodeada de montañas, que hoy llamamos Valle de México, y que al principio tenía en el centro un lago, que el curso del tiempo y la labor humana fueron desecando y dividiendo en diversos lagos que se comunicaban entre sí, en su mayor parte, por medio de canales hábilmente trazados.

Este hermoso y fértil valle, daba asiento á muchas ciudades y aldeas populosas, entre las que descollaban en primer término, las capitales de los reinos de México, Acolhuacán y Tlacopan. México, Tenoxtitlán, fué fundada en el grupo de islas que se hallaba en el centro del entonces llamado lago mayor, en el año de 1325 de la Era cristiana, reinando Quinatzin en Acolhuacán y Tezozomoc en Atzcapotzalco. Estos dos reinos eran á la sazón los más extensos y poderosos de la comarca.

Hoy vemos, con legítimo orgullo, la opulenta ciudad que ha sucedido á la Tenoxtitlán de nuestros mayores, pero con honda tristeza los campos y cerros que la rodean, antes embellecidos por ahuehuetes, pinos, fresnos y otras mil suertes de árboles seculares, y ahora escuetos y melancólicos, gracias al hacha destructora del conquistador español, y luego, en los actuales días, á la insaciable necesidad de combustible de la industria moderna.

Todos los historiadores que escribieron á raíz de la conquista, hablan con vehemente admiración de esas

espesísimas é impenetrables selvas, que se dilataban en torno de la metrópoli azteca; de sus dos principales lagos, el mayor, de aguas tan límpidas y bellas, que en algunos puntos daban visos de finísima esmeralda; del de Texcoco, de aguas salobres, no porque fueran de distinta clase de las otras, sino porque así lo requería la calidad del terreno, donde se asentaban.

Hernán Cortés, en sus cartas á Carlos V, no era menos expresivo al referirse á las bellezas naturales de México, pues las describía con vehemente y bellísima palabra, haciendo notar, cómo las abundantes aguas de los lagos, no eran perjudiciales á la salud, porque "la humedad era corregida por la fuerza del sol, la frescura de los vientos y la absorción de los vegetales," siendo el clima tan benigno y grato, que nunca se dejaban sentir con extremada dureza, ni los fríos del invierno, ni los rigores del verano.

El agujijón de la necesidad, estimuló la industria de los méxicas, quienes, no contando en sus pequeñas islas con los elementos necesarios para la subsistencia, tuvieron que procurárselo ensanchando sus terrenos de sembradío, por el ingenioso medio de las chinampas. Estas eran, como bien se sabe, huertos flotantes, á veces transportables por el lago de un punto á otro, y á veces, unidas por uno de sus lados, á la tierra firme.

Para construir estas chinampas, para aumentar poco á poco el tamaño de su isla, y aun para edificar los templos y palacios con que fueron sustituyendo sus primitivas chozas de carrizo, los méxicas tenían que aprovechar las sombras de la noche, cruzar en canoas el lago, y recoger á toda prisa tierra y piedras, que no pocas veces les eran disputadas con las armas y les costaban ríos de sangre.



Más tarde, cuando establecieron sobre bases firmes su monarquía, construyeron largas calzadas, que por su solidez y belleza, pues estaban sombreadas por filas de árboles, llamaron la atención de los conquistadores.

No menos suntuosa que México, era la ciudad de Texcoco, residencia desde los tiempos de Quinatzin, de los reyes chichimecas, que antes había tenido asiento en Tenayocan (Oxtopolco). Durante el reinado de Netzahualcoyotl, Texcoco alcanzó tal grandeza, que se compararon sus templos, jardines y principales edificios, con los que realizó en el viejo mundo la munificencia oriental.

Sólo de una manera incidental, y por lo ligadas que estuvieron con la suerte del Anáhuac, hablaré de las ciudades de Cholula, Huexotzingo y Tlaxcala, capitales de los Estados del mismo nombre, pues no pertenecieron nunca á los dominios de los méxicas, á pesar de que éstos les vencieron repetidas veces, en unos combates que se llamaron de la "guerra sagrada," institución original que se debió al fanatismo de Moctezuma Ilhuicamina, y que consistía en emprender campañas sin más fin que hacer prisioneros, para sacrificarlos á los dioses.

El lugar propiamente llamado Anáhuac, estuvo primeramente poblado por descendientes de los ulmecas y xicalancas, por otomíes, ó acaso por razas autóctonas; pero degeneradas por causas desconocidas, no defendieron el territorio contra las inmigraciones que del Norte empezaron á venir en el siglo VI.

La tolteca, importantísima por su civilización, tuvo un fin lamentable; siguióla la chichimeca, que subsistió hasta la llegada de los españoles, y vinieron los chalcas, los xochimilcas, los tecpanecas, los acolhuas, los tlahuicas, los tlaxcaltecas y los aztecas, siendo estos

últimos quienes alcanzaron mayor renombre y poderío, porque dominaron en una vasta extensión de terreno, en época en que todo el continente estaba ocupado por pequeños reinos y señoríos.

La civilización maya, rica en manifestaciones que han causado el asombro de los americanistas; la tarasca ó michuaca, pintada por el erudito historiador moderno Eduardo Ruiz, con brillante pincel; la mixteca y zapoteca, de admirable teogonía, dignas son de atento estudio, así como las costumbres de las varias tribus más ó menos salvajes que trashumaban por el territorio que hoy es República Mexicana, ó formaban poblados más ó menos civilizados. Pero no puedo tanto, y me será necesario abrazar en conjunto, los rasgos más característicos de los pueblos principales, para dar una breve noticia de cómo eran los pueblos que conquistó Hernán Cortés.

Descríbese á los indios (como fueron llamados los habitantes de América), diciendo: que eran bien proporcionados, fuertes, ágiles, cobriza la color, y con los ojos negros y brillantes. Es curioso observar que todos los que en el siglo XVI escribieron retratando á los indios, dan como nota distintiva la de que presentaban un aspecto de desconfianza.....! No era para menos, después de lo que habían hecho Alvarado en Cozumel, Cortés en Cholula, el mismo Alvarado en Tenochtitlán durante la ausencia de Cortés, y Nuño de Guzmán en Tzintzunzan y en Xalisco. Por otra parte, la conducta de los encomenderos, que lo menos que hacían era sellar á sus esclavos con hierro candente, no era tampoco para que los conquistados ostentaran aspecto de confianza ni de felicidad.

Las mujeres delicadas, finas, creadas en el hogar y

para el hogar, tenían mucha dulzura en la expresión de la fisonomía y en el timbre de la voz; sus formas muy correctas, y los pies notablemente pequeños y bien con torneados. En algunas tribus, especialmente las que habitaban al Norte del territorio, estas ventajas físicas estaban contrabalanceadas por la costumbre que tenían hombres y mujeres, de pintarse cara y cuerpo con vivos colores, en que predominaban el rojo, el amarillo y el azul. Más común que esto, era todavía que se horadaban orejas, nariz y boca, para colgarse dijes, piedras preciosas, y á veces hasta despojos de los enemigos.

En cuanto á la deformidad que se notaba en los cráneos de los indios, la atribuyen algunos historiadores á que no habiendo en el continente bestias de carga, los hombres las suplían, poniéndose en las cabezas pesos excesivos que se las deformaban; otros, la atribuyen á manipulaciones especiales que se hacían á los recién nacidos, y yo estoy con estos últimos, pues sé que en algunas localidades del país aun subsiste esa costumbre.

En la vida pública del Anáhuac, se castigaban con penas atroces el robo, el adulterio, la embriaguez y la mentira, que se tenían como los peores delitos; y en la privada, el hogar era un modelo de orden, y sumisión al padre de la familia.

Cuando nacía un niño, se le bañaba y componía según las comodidades de sus padres, y tomándolo en brazos, le decían:

“*Sabe, hijo mío, que la casa donde has nacido, no te pertenece; es tan sólo una posada, pues tú naciste para la guerra y aquí sólo reclinarás tu hermosa cabeza mientras seas pequeño, pues tu hogar, es el campo de batalla, y tu obligación es dar de beber la sangre de tus enemigos al sol, y sus cuerpos á la tierra.*”

Si se trataba de una niña, se la decía:

“*Tú eres para el hogar; dentro de él vivirás como el corazón dentro del cuerpo, y desempeñarás los quehaceres domésticos.*”

Cuando el día del bautismo llegaba, tenían estos pueblos la costumbre de hacer la ceremonia siguiente: desnudaban al niño, y al mismo tiempo que le ponían el agua, lo levantaban hacia el cielo, colocándole de antemano el arco y la flecha, ó la escoba, según el sexo, y le decían: “*Esta agua te dará vida en el mundo.*”

Se daba por nombre á los niños el del primer objeto visible ó el del fenómeno meteorológico que más impresionaba en el momento de la ceremonia.

Cuando el niño tenía cierta edad, se le enviaba al colegio, que los había de dos especies: religiosos y civiles; pero antes, los padres eran los que tenían la misión delicada de educarlos; el padre al hijo y la madre á la hija; el uno al trabajo rudo y áspero del campo, ó para la guerra, y la otra al trabajo dulce y delicado de la casa; pero siempre proporcionados á sus fuerzas y edad.

Los castigos que empleaban cuando el niño era desobediente, eran el de punzarlos con púas de maguey, atarlos, dejándolos dormir á la intemperie, y otros muchos.

Una vez que terminaba la educación de los padres y que el hombre ó la mujer habían ya aprendido sus obligaciones como hijos, y que, además, se les había inculcado el temor á los dioses, amor y respeto á sus mayores, conmiseración hacia el pobre y desvalido, así como el horror al vicio y la mentira, venía luego la educación civil.

El matrimonio se verificaba así:

La mayor parte de las jóvenes, á la edad de trece

años, ingresaban á una comunidad, donde permanecían perpetuamente si así lo querían, ó una vez terminado el tiempo de su voto, si se encontraban con edad suficiente para el matrimonio, la familia y parientes hacían su ofrenda al dios, que se componía de aves, cereales, flores y frutas; daban las gracias por el esmero con que la joven había sido atendida, y acto continuo el Quetzalcoatl concedía la licencia y la joven era conducida á la casa paterna.

La edad mínima para que el matrimonio pudiera verificarse, era, en el hombre, de 20 á 22 años, y en la mujer, de 15 á 18. La ceremonia que se hacía, variaba, según las costumbres de cada pueblo, pero la más general era la siguiente:

Desde que en una casa había un joven hábil para contraer matrimonio, éste pedía licencia á sus padres, que inmediatamente le era concedida. Reuníanse los parientes, y en presencia de ellos, los adivinos determinaban si el consorcio sería ó no desgraciado; dos de las ancianas más honradas, tenían la comisión de ir á pedir la doncella á sus padres por medio de varias ceremonias, y era costumbre dar por respuesta una negativa; pero á los pocos días volvían las ancianas ó solicitadoras y rogaban con ardor y entusiasmo. El padre de la joven contestaba con una negativa absoluta si no le convenía, ó decía que hablaría con su hija y parientes, los cuales casi siempre accedían, y daban, por último, el deseado sí, pasando á participarlo á los padres del novio, por conducto de otras dos ancianas de las más respetables. Una vez arreglado todo para el día de la boda, se preparaba una gran convivialidad. Llegaban á medio día los convidados, á quienes se les ofrecía que comer y cañas para fumar, y algunas flores. Entretan-

to, se vestía y adornaba á la novia con plumas rojas, y sentándola en una estera los padres le daban consejos acerca de la manera de cumplir con sus nuevos deberes. Luego era conducida á casa del novio, en medio de una multitud, que la admiraba, y al compás de la música, que halagaba sus oídos.

La casa del novio era adornada con ramas y flores. Este salía á recibirla á la puerta, y se sahumaban con copal, el uno al otro, hasta llegar á la sala principal, donde se sentaban en una estera, ella á la izquierda de él, rodeados de los parientes y convidados. Comían, dándose alternativamente los cuatro primeros bocados. Los convidados se entregaban en el patio á danzar, y una vez terminado esto, que era la hora en que el sol empieza á declinar, los esposos eran conducidos cada uno á un templo, donde permanecían cuatro días en oración y ayuno, no saliendo sino á media noche, para ofrecer incienso á los dioses. Al cabo de este tiempo, un sacerdote los sacaba, les ponía agua á manera de un segundo bautismo, y adornando á la esposa con flores blancas en la cabeza, quedaba consumado todo, una vez que se unían el traje del uno con el del otro, como lazo eterno del matrimonio.

En algunos pueblos era permitida la poligamia, principalmente entre los reyes y señores, pudiendo tener por esto, varias esposas; pero, no obstante, una sola era la considerada como legítima.

Respecto á los ritos funerales, diré que había varias maneras de conservar los despojos de los muertos, tales como la inhumación, el embalsamamiento y la cremación.

La manera de tratar á los muertos, difería con la especie de muerte por la cual habían sucumbido y el lugar á donde se suponía que debía ir.

Los guerreros que morían en el campo de batalla, se creía que iban á la casa del sol, y se relata que al ejecutar los funerales de los que sucumbieron en la guerra de Chalco, se efectuó la ceremonia siguiente:

Se formaron tantos bultos de teas como guerreros habían muerto, y ataron con cuerdas bultos y cadáveres, los colocaron en forma de estatuas, haciéndoles nariz, boca y ojos, junto á los muros de un cuarto, destinado á este objeto en los templos, les prendieron fuego, y antes de que se enfriasen las cenizas, lavaron la cara á todos los parientes, y luego las recogieron, guardándolas en una caja, á la cual hacían varias ceremonias durante algún tiempo.

Si morían ahogados ó á consecuencia de algún rayo, se creía que iban al "Paraiso Terrenal;" á éstos no se les quemaba, sino que se les enterraba, poniéndoles semillas de bledo en las quijadas y el rostro, algunas veces pintura azul en la frente y una vara en la mano.

Cuando una persona moría por una causa que no fuera ninguna de las ya mencionadas, la colocaban sentada en el suelo, según su usanza, amortajada con mantas, é iban á saludarla sus deudos y parientes. Si era rey ó gran señor, se le ofrecían esclavos, que los sacrificaban, para que le sirvieran de compañía en la otra vida.

Las exequias duraban diez días, durante los cuales se lloraba y cantaba al muerto; se le enterraba haciendo un gran foso en la tierra, de forma ovoide, donde se le colocaba sentado en una silla, poniéndole á uno y otro lado arcos y flechas, ó la rueca y el huso, según el sexo; además, alimentos, pues decían que le servían para el camino.

No había lugar especial, destinado para enterrar á

los muertos, y lo hacían donde mejor les parecía, ó según las disposiciones del finado.

Para concluir mi labor, sin cansar demasiado vuestra atención, sólo deseo deciros algo acerca de la religión. Esta era, en lo general, politeista, es decir, adoración de muchos dioses, y al mismo tiempo idólatra. Sus ídolos los representaban de la manera más espantosa que podían, con objeto de inspirar horror y miedo á los creyentes.

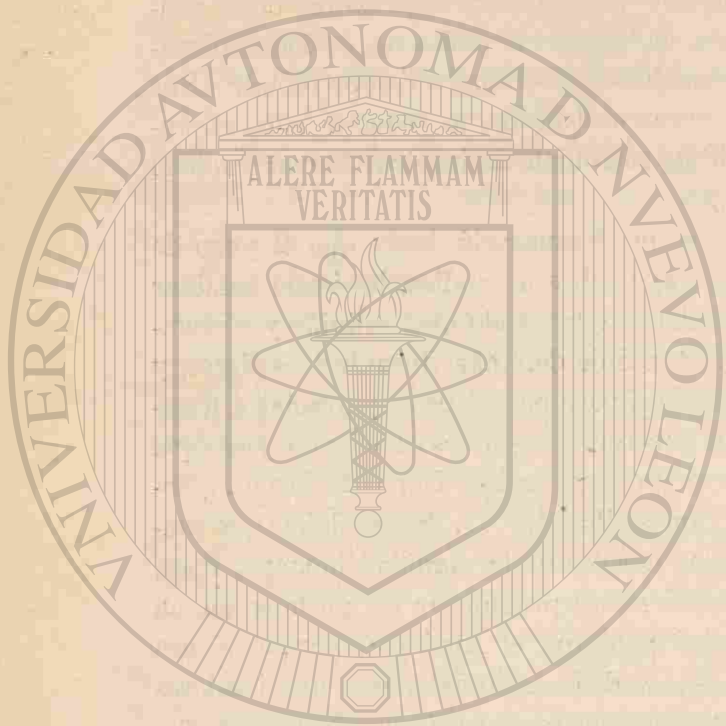
Esta religión no desapareció, hasta que el yugo de los españoles cayó sobre los indios, haciendo cambiar la faz del Anáhuac, y trayendo otra religión y costumbres. Y México se dejó dominar, durante tres siglos, y sufrió la opresión; pero poco á poco, y gracias á nuestros valientes guerreros, logramos sacudir ese yugo que nos oprimía, y pudimos gritar con entusiasmo: ¡Somos libres! ¡Somos libres!. . . . . frase sublime que condensa el poema heroico de la dignidad humana, frase que no pudieron nunca pronunciar los pueblos que en épocas remotas poblaron el Anáhuac; porque si era horrenda la tiranía de los conquistadores, más implacable era todavía la de los reyes y señores aborígenes que desconocían todo sentimiento de piedad.

Vino el día de luz, brilló la aurora de redención para México, el arco iris de la libertad se extendió sobre un cielo de sangre, y al cabo de tantas luchas, la patria de Itzcoatl pudo erguirse ante un presente de venturas y un porvenir de grandeza.

Presente y Porvenir, cuya inmensa labor está encomendada hoy más que nunca á la mujer mexicana, que ahora, como en los remotos tiempos del Anáhuac, es alma del hogar y educadora de la niñez.

México, 11 de Julio de 1903.

TRINIDAD VALENZUELA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

---

## MADRES QUE SON Y MADRES QUE DEBEN SER.

---

### I.

En la opulenta alcoba, frente á la luna de Venecia, está la señora dando la última pincelada á su tocado de baile.

Su hermoso busto, de una maravillosa pureza de líneas, surge de los encajes como la realización de un ensueño. Los diamantes ríen orgullosamente sobre el cuello de lirio de la dama; las flores acarician con deleite la áurea seda de sus cabellos, y ella sonríe con satisfacción, de verse tan joven aún, tan bella, á pesar de ser madre ya, de ese chiquitín flacucho y enfermizo que la fastidia desde la estancia inmediata, con sus inacabables gemidos.

Termina por fin la tarea laboriosa de ponerse *irresistible*, y dando la última mirada al espejo, dispone que se le avise al señor que se halla lista para salir. ®

Cuando la dama ha partido, la camarera comienza á arreglar esos mil objetos que las mujeres ponen en desorden para convertirse—nuevas crisálidas—en resplandecientes mariposas de impalpables alas.

El ruido de los pasos y el frou-frou de la seda se ex-

tinguen al fin, en el silencio majestuoso de la noche; los señores están ya lejos. La camarera acaba de arreglar todo en el cuarto-tocador, y pasa á la próxima alcoba, á donde entra de puntillas.

En el fondo, sobre una camita blanca, yace un niño extenuado y pálido por la enfermedad.

Hace muchos días que está allí, atenaceado por el dolor sombrío que le agota las fuerzas, y que, despiadado, le roba la vida.

Una lamparilla de noche, ilumina tristemente con su claridad vacilante, ese conjunto fatídico que ofrece el cuarto de un enfermo, próximo á alcanzar los umbrales de un mundo mejor. . . . .

El niño pasea á su alrededor la dulce mirada de sus ojitos candorosos, brillantes por la fiebre, orlados ya con las pálidas violetas de la tumba.

Junto á la cama hay dos mujeres de rostros vulgares y duros, que dormitan á intervalos, sin cuidarse de las angustias del enfermito.

— ¡Mamá! ¡Mamá! grita el niño, dame agua. . . .

Pero mamá no está allí, junto al lecho de su hijo, que se muere; mamá ha ido al baile á ser la reina de los salones, á avasallar con su hermosura, á arrancar miradas de admiración, á llenar de rabioso despecho el corazón de las amigas, que la saludan, besándola cariñosamente en las mejillas. Va á que le rindan tributo, á embelesarse con el inofensivo (?) flirteo de los caballeros almibarados que se disputan su conversación, á lucir el ideal traje hecho según los últimos modelos (primorosa encuadernación de ese libro frívolo y tonto).

Por eso mamá no está allí junto al inocente, que en la inconsciencia de la agonía, la llama, la busca, sin encontrarla.

¡Pobre ángel! No ha probado jamás la felicidad de los niños que tienen madre. . . . no ha recibido de ella una cariçia, un tierno beso de amor. . . . . ¡Son tan sucios los niños! Podría mancharle el traje, deshacerle el peinado. Allí estaba la niñera, que tenía obligación de soportarlo. Para eso le pagaban. . . . .

Bebé sólo había deshojado las rosas de tres primaveras; era muy pequeñito; no comprendía la amargura de la vida, y ya la había sentido; no se la explicaba, y ya le carcomía, implacable, su corazoncito delicado.

El no había alegrado nunca la casa, no había sido la felicidad de sus padres. . . . . Traía consigo el estigma de los desheredados de la suerte.

Cuando nació, tuvo su madre un gran pesar, porque ese hijo inoportuno venía á interrumpir su encantadora vida llena de placeres, de alegrías febriles. Venía á desfigurar un talle que fué la seducción de los hombres y la desesperación de las mujeres. Venía á marchitar su cutis, hecho con las rosas de Mayo, á importunarla con sus tontas impertinencias de chiquillo, á turbar, en fin, aquella existencia artificial que tanto amaba la dama.

El padre, demasiado ocupado en negocios de alta categoría, y lo bastante serio y grave para descender á lo que él llamaba: *ciertos detalles*, no pensó nunca en aquel pobre angelito que el Padre universal confióle como depósito sagrado. . . . .

Son las once de la noche; en la alcobita colgada de cortinas blancas, se oye la fatigosa respiración del enfermito.

Junto á la cama hay tres personas: las dos criadas y un hombre de semblante reflexivo y pálido, que se apoya pensativamente en el mármol de la mesa de noche. Es el doctor. No hay nadie más en la alcoba; no hay

un semblante que interrogue ansioso con la mirada; no hay una mano blanca y suave que tome las del enfermito, que le consulte amorosamente el pulso, que aparte los cabellos rubios que une á sus sienes el sudor frío de la muerte...! Pobre ángel robado al cielo y rescatado tan tempranamente! Van á acabarse sus penas... Ya la eterna vencedora, esa trágica, que espía en la sombra todo lo que canta, todo lo que vuela, todo lo que alegra, todo lo que perfuma, lo mira fijamente con las cuencas vacías de sus ojos sin luz, ávida de estrujar entre los huecos de su férrea mano, ese pobre cuerpecillo pálido, y ocultarlo entre los pliegues de su negro manto, para volar con él por los espacios infinitos...! Y no hay nadie que lo defienda, nadie que lllore por él, nadie que implore la piedad del cielo! La niñera, llena de fastidio y de aburrimiento, medio echada en un sillón, duerme, aprovechando los momentos en que el doctor medita.

El niño, con los bracitos extendidos, busca algo que no encuentra, y de su enflaquecido pecho se escapa el estertor de los moribundos.

El doctor se adelanta de puntillas y lo mira, ¡no hay remedio! ¡La muerte ha cogido bien su presa! Toma las manecitas que están ya frías y abandona la pluma que tenía dispuesta para recetar.

La lamparilla parpadea siniestramente en la triste alcoba; el niño entreabre sus labios secos y descoloridos, extiende una vez más los bracitos y luego... nada...! ha emprendido su viaje al cielo...!.

El reloj da las cuatro de la mañana; por el balcón entreabierto, llega claramente el eco de varias voces y alegres carcajadas; luego el golpe de la portezuela de un coche al cerrarse, y después una voz juvenil y fresca se hace oír entre un campanilleo de risas.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Qué lance tan chusco! ¡Adiós Lilia, no faltes mañana!

Dos besos cortan la conversación, y por último, se escuchan pasos en la escalera...!

Es que los señores llegan del baile...!

## II.

¡Pobres niños más huérfanos aún que los efectivamente huérfanos!...! ¡No han conocido jamás á su madre, teniéndola tan cerca! ¡No saben de lo que es capaz el inefable amor maternal, porque no vienen al mundo para ser dichosos, porque no vienen á ser la sonrisa del hogar, el rayo de luz que ilumina las brumas del espíritu, no vienen á ser el dulce lazo hecho de flores, que junta más aún dos corazones, unidos ya por el amor. Vienen á ser el *grillete miserable* que arrastran dos presidiarios condenados á cadena perpetua...!

No vienen á formar el encanto de la que les dió el ser, sino á pesar amargamente en su corazón, á impedirles seguir con libertad esa vida llena de placeres *morbosos*, de alegrías malsanas, que agotan y enervan á la vez, el cuerpo y el alma...!

Ese hijo malhadado viene á recordar á la madre que ya no es joven, que pronto no será bella, porque su cutis ha perdido ya algo de su incomparable frescura, porque su talle va á deformarse... y...! ¡ay! ¡con qué amargura infinita se lo confiesa íntimamente!—no será ya, como en otros tiempos, la reina absoluta de los salones...!

¿Cómo librarse del peligro inminente que la amenaza? ¿Cómo prevenir los innumerables disgustos que la maternidad trae consigo?

¡ Ah! Entonces la dama que tiene horror al dulce título de *madre*, que no quiere tener nada de común con ese niño impertinente, para poner á salvo su belleza y su tranquilidad entrega á su propio hijo en brazos que se venden, y lo entrega recién nacido, indefenso, débil, lo entrega cuando necesita de más cuidados, de más ternura, de más amor.

Entonces comienza para el niño ese calvario doloroso que conllevan los seres sin madre. Entonces comienza á probar tempranamente todas las hieles de la vida.

Entregado á la voluntad de un ente vulgar, sin delicadeza de alma ni sentimientos elevados, amolda á él, primeramente su naturaleza física, luego su parte moral, y por último, su aspecto intelectual y aun sus apreciaciones estéticas.

En los primeros meses de su vida, el niño no sufre sino aquello que afecta puramente la parte material. La niñera no quiere, no puede sufrir oírlo llorar, porque cree que llora por maldad, y para librarse de tal molestia, procura dormirlo; aunque para lograr tal fin, emplee los medios más reprobados, desde la canción vulgar y monótona con que á veces lo anestesia, hasta las drogas venenosas que producen sueño febril.

Cuando el niño crece, cuando su discernimiento empieza á abrirse como una flor nueva, ávida de luz y de caricias, la niñera tiene la triste habilidad de alimentarlo con todas las perversidades, todas las malevolencias, todas las preocupaciones, errores, manías y extravagancias de que está plagado su espíritu burdo é inculto de mujer vulgar.

El niño educado en esa escuela cruel, está, en los albores de su vida, iniciado ya en mil detalles asquerosos, sabe toda clase de malas palabras que repite á so-

las, con la fruición que acompaña á las cosas prohibidas, ejecuta multitud de acciones perversas que dejan en su alma de lirio en flor, una huella fatal y tenaz como el remordimiento.

En ese medio ambiente crecen y alientan muchos seres deformes de alma y de cuerpo; de allí salen los hombres escépticos, las mujeres coquetas y frívolas, los irresolutos, los débiles, los enfermos que arrastran penosamente la carga de la vida, incapaces de formar un hogar dichoso, ni probar tantas felicidades ignoradas.

¡ Pobres niños! ¡ Pobres flores muertas al nacer! ¡ Pobres ángeles que caminan por el mundo con las alas rotas!

Como contraste *potente* de ese cuadro monstruoso en el que se delinean sentimientos que parece imposible se alberguen dentro de una alma femenina, voy á referir un hecho que pone de manifiesto la belleza genuina del corazón de una madre, colocada en idénticas circunstancias.

### III.

En uno de los florecientes Estados de nuestra República, iban á celebrarse unos animados juegos florales, en los que habían tomado parte los más selectos poetas mexicanos.

El vate agraciado con la flor natural, eligió como reina de ese torneo de la inteligencia, á la esposa del Gobernador, no como pudiera creerse por la posición social que ocupaba la dama, sino porque unía á su delicada hermosura, una bondad y talento poco comunes.

La noche en que debía celebrarse la simpática fiesta, estaba la señora en su alcoba y había acabado de vestirse un sencillo y elegante traje, que realzaba graciosamente su aristocrática belleza.



Arrellenado indolentemente en una muelle butaca, estaba el Gobernador acariciando tiernamente á su hijo, pequenuelo sonrosado y mofletudo, que saltaba alegremente sobre las rodillas del cariñoso papá.

La mamá miraba con delicia inefable al tierno querubín, que reía locamente, mostrando entre las flores vivas de sus labios, sus dientecillos blancos.

Encantados los felices padres con la charla inimitable de su pequeño, no habían advertido que el coche enganchado ya, los esperaba hacia largo rato.

Repentinamente el niño palidece, sus manecitas se enfrían, y con gemidos angustiosos, da á entender que algún sufrimiento lo acosa. La señora se alarma, y sin temor de estropear su lindo traje, acuesta al niño sobre su regazo, interrogando ansiosa con los suyos, los ojos color de *no me olvides* del hijo de su alma que se debate cruelmente en convulsiones dolorosas.

Inmediatamente van á avisar al doctor, mientras la señora, procurando en vano retener las lágrimas que anegan sus ojos, queda junto al enfermito adorado, para atenderlo solícita.

Toda la casa se ha puesto en desorden; los criados entran y salen confusamente, trayendo y llevando mil cosas que ni siquiera han sido pedidas. Las hermanas de la señora, que idolatran al interesante rapaz, rodean la camita y consuelan á la doliente madre, á quien siglos se antojan los minutos que tarda en llegar el doctor. Por fin llega éste, acompañado del Gobernador, que se esfuerza en disimular su cruel impaciencia, y se acercan ambos á ver al niño.

El doctor receta; no ha sido nada de peligro: una ligera indisposición que pronto cederá con la aplicación de las medicinas que prescribe. La pobre madre, en me-

dio de su congoja, recompensa la eficacia del doctor con una sonrisa celestial.

En efecto; el niño, después de tomar los medicamentos, y reposar un poco, acaba por reclinar la linda cabecita rubia sobre los almohadones, y duerme tranquilamente.

Entretanto se ha hecho tarde: el reloj da las once.

—Vamos, aun es tiempo—dice el esposo cariñosamente—podremos estar á buena hora. ¿Te decides? Ya dejamos calmado á este picaruelo.

—¡No, imposible!—replica vivamente la señora—no dejo á mi pobre ángel ni por todo el oro del mundo. Si tú quieres, puedes ir. Yo le velaré su sueño.

—¡Ni pensarlo! ¡Ir sin tí! Ya podrán pasarse sin nosotros por esta vez.

Y enlazando con ternura el talle de su esposa, se ponen ambos á ver dormir al infante, que en sus azules ensueños no sabe si los ángeles, tomando la figura de sus padres, están velando á su lado, ó si estos amorosos guardianes, convertidos en ángeles, lo transportan á las regiones celestes.

.....  
¡Ah!—pensamos al terminar esta narración;—¡aun hay almas buenas sobre la tierra! ¡Todavía existen verdaderas madres que saben velar por sus hijos!

Afortunadamente esas madres *monstruos*, son casos patológicos, en el organismo social, son excepciones, horrendas; pero excepciones al fin.

Y pensar que la mujer tan delicada, tan débil, un ser tan frágil como un hermoso bibelot de Sèvres, tiene en su mano el destino de muchos futuros ciudadanos, de muchos hombres que, ella, á voluntad, puede hacer buenos ó malos, útiles ó nocivos, sanos y vigorosos ó tristemente abyectos y miserables.....

Ella, con una palabra, con un gesto, con una mirada, puede convertir al pequeño criminal nato de que habla Lombroso, en el ser noble que el medio ambiente social purifica y perfecciona, volviéndolo apto para cumplir y llenar su misión.

Pero ¡qué tremenda responsabilidad contrae esa madre, si en lugar de encauzar, desborda, si en lugar de aplacar, excita, si en lugar de extirpar, alienta los malos instintos de la bestiecilla que dormita en el fondo de los espíritus infantiles!

Qué cuenta dará el Gran Día al Supremo Juez, cuando le pregunte: mujer, ¿qué has hecho de tu hijo? Yo te entregué un ser débil, inofensivo, apto para el bien, propio para la perfectibilidad moral. ¿Qué has hecho de él? Hé aquí cómo me lo devuelves: Lo has tornado vicioso, prevaricador, criminal; has sembrado en su alma la mala semilla, y como era tierra virgen, fértil y sana, ha producido incalculables frutos. . . . ¡Madre, no has cumplido tu misión. . . . ! ¡Que mi anatema caiga eterno sobre tu cabeza. . . . !

## IV.

Si queréis hombres sanos de cuerpo y de espíritu, volved á la mujer apta para ser madre; hacedla buena, sensible, trabajadora, y sobre todo, moral. La mujer así, será la mujer fuerte, será la roca que azoten vanamente las tempestades mundanas sin desquiciarla jamás, sin doblegarla nunca á la fiereza del infortunio, ni á las hipócritas insinuaciones del mal.

La mujer moral no perderá nunca la fe, esa columna florida de que habla el poeta, y á la cual nos abrazamos todos sobre la tierra. . . .

La mujer moral no temerá nunca manchar su alba veste con el cieno del mundo. La mujer moral formará hijos á su imagen y semejanza, hijos que como ella, no sucumban jamás á los embates de la desgracia.

Instruid también á la mujer. La mujer instruída no caerá nunca en los abismos sombríos de la decantada despreocupación, que como otro *wertherismo*, es el terrible mal de nuestro siglo.

La mujer verdaderamente instruída, sabrá oportunamente detenerse en los linderos en que se acaba la virtud y empieza el vicio.

La mujer ha sido formada esencialmente para el hogar. Dios la hizo de cantos, de perfumes, de miel, de pétalos de lirios blancos; tiene la armonía, la dulzura, la pureza, el ritmo.

Dejémosla en el santuario en donde ella, como reina absoluta, impera; pero dejémosla sin alterar su divina esencia, sin empañar el cristal de su alma, sin enturbiar la hermosa serenidad de su espíritu.

Quede la mujer guardada en su hogar como gema preciosa; consérvese como joya de oro purísimo, como delicado jarrón de cristal de Bohemia, que manos indiscretas pudieran opacar ó romper.

La mujer no ha sido hecha solamente para lucir en los salones su belleza física, flor frágil que vive como sus hermanas, las rosas, el espacio de una mañana. Ha sido formada para derramar en torno suyo, bajo sus múltiples aspectos de hija, esposa y madre, los incomparables dones de su naturaleza exquisita, las inagotables ternuras de su corazón ideal.

Si sacáis á la mujer de ese medio, si la convencéis de que fascina con su sonrisa, de que enloquece con su palabra, de que avasalla con su mirar, la veréis convertir-

se en la diosa coqueta, fría, vana, frívola y tonta, á quien para complacer, es necesario incensar, á quien para agradar, es preciso adular y mentir.

No conocerá entonces otro amor, otro culto, otro objeto en la vida, que el amor á sí propia, el culto á su belleza, el objeto de hermosearse exteriormente, dejando sucio, asqueroso y pestilente el camarín de su alma!

Entregada la mujer á esa ciega egolatría, petrificará su corazón y ensordecera su entendimiento, y cuando se toque aquél, no sentirá; y cuando se llame á éste, no responderá.

¡Pobre mujer entonces! Tu virtud será tan deleznable, que una mano audaz puédelo romper y destruir, y cuando la vejez te ponga nieve en los cabellos blondos y frío de tumba en el corazón, cuando hayas perdido tus encantos—cetro con que reinaste despóticamente—cuando tu faz, marchita por el tiempo, se resista cruelmente á los afeites, los que te adulaban te volverán la espalda, los que te mentían, te abandonarán... ¿Lisonjearán acaso á una asquerosa momia viviente?

Buscarás entonces tu hogar; pero ¿qué hogar, si nunca lo formaste?

¿Si los hijos que debieron ser fragmentos de tu alma, son como remordimientos vivos que te obsesionan terriblemente la conciencia?

¡Oh planta egoísta y estéril que todo lo atesoró para sí!

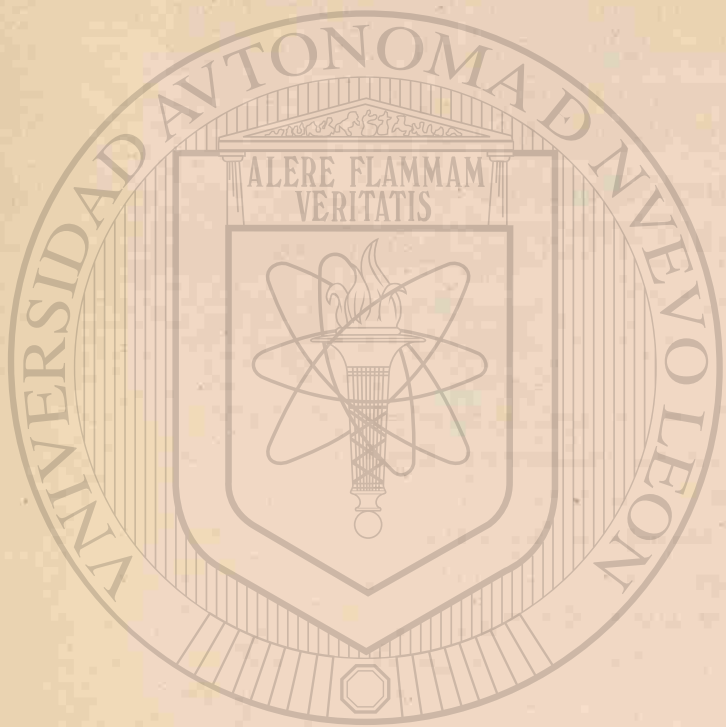
.....  
Y entonces tú ¡oh pobre mujer descarriada! maldecirás á esa humanidad ingrata á quien tú enseñaste á ser así, á quien tú enseñaste á mentirte, de quien esperas siquiera compasión; pero que nada podrá darte, porque nada recibió nunca de tí.

¡Oh hermosa joven que revoloteas alegre en torno de las luces cintilantes y engañosas del placer, recoge las alas blancas, porque al fin llegarás á quemarlas!

Cierra el sagrario de tu inocencia, no des oídos á las palabras insidiosas del mal. Prepárate á continuar en la sociedad y en la humanidad entera, el hermoso papel que desempeñas en la familia, ¡oh eterna vencedora, distribuidora universal de paz y amor.....!

México, 11 de Julio de 1903.

ANA MARIA VALVERDE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

---

## LA DISCIPLINA ESCOLAR

COMO

FACTOR DE LA EDUCACIÓN PÚBLICA.

---

La escuela es la sociedad en miniatura: en aquélla, como en ésta, los únicos lazos sinceros y durables son los que establece el amor.

¡El amor! á su benéfico impulso hemos sido traídos por el Ser Supremo á este mundo; por él, tenemos unos padres que nos conducen con cariñosa mano por los zarzales de la vida, y que nos deparan, nos enseñan el camino más fácil y menos dificultoso. Por él tenemos seres amigos, que nos consuelan en nuestras desgracias y secan nuestras lágrimas si lloramos, y que, con sus dulces palabras, nos hacen ver descorrido por esos momentos, el fúnebre velo que en forma de pesar cubría nuestro corazón.

Amor y siempre amor nos guía y nos guiará mientras en ese ser, dotado de ideas, que se llama hombre, exista un átomo de sentimiento, mientras que su corazón, cual purpurino botón, se abra y derrame por doquier el suavísimo perfume de la fraternidad.

Por fortuna no estamos en tiempo de Nerón, por for-

tuna vivimos bajo benéficos auspicios, y los impulsos de nuestra alma pueden derramarse con toda libertad sobre nuestros semejantes.

Ya es una madre de pálido semblante, que, ansiosa, cuida y vela junto al lecho de su hijo moribundo, y sus párpados no se cierran y ante la idea de que la vida toda de su hijo va á caer en las devastadoras manos de la muerte, su ser todo se estremece y eleva sus ojos humedecidos por el llanto, ante su Dios, pidiéndole, rogándole que no se lleve á su único cariño, á su única esperanza.

¿Sus ayes y lamentos serán escuchados? Quizá, pero si no, aquella madre tendrá entre sus brazos un cuerpecito yerto, un despojo de lo que se llamó ser.

Y analizando los sentimientos de esa madre, veremos que son inspirados únicamente por el amor.

Mirad á aquel anciano en cuya frente brilla la mágica aureola del saber, ese hombre cuya vida entera ha sido sacrificada por los niños, por esos hombres de más tarde, que después de haber recibido tesoros de él, se sienten unidos para siempre á su maestro, que ha derramado torrentes de luz en su inteligencia en embrión.

A él, á su maestro, le deben todo lo que son, porque él les ha dado material suficiente para que el edificio de su personalidad se haya mantenido de pie.

¿Y él, en cambio, qué exige? El no exige nada difícil y se considera feliz cuando los niños lo aman y respetan.

Pero cómo no respetar á ese ser que nos prodiga consejos mil, que nos enseña los escollos para que no vayamos á caer, y que nos dice: Hé ahí la verdad, hijo mío, nutre tu alma con ella, y serás feliz.

Grandioso y noble es el papel del maestro, y nosotras,

las que más tarde nos dispersaremos cual bandada de golondrinas, para ocupar nuestro respectivo nido, no olvidaremos que somos deudas de un gran tesoro que sólo podremos pagar á costa de gratitud.

La escuela debe ser edificada sobre el amor, la escuela en que el maestro, despojado por el momento de todo su saber, se constituye en un tierno padre que vela sobre sus hijos intelectuales, es, á mi ver, el ideal de la escuela moderna.

Allí todo tiene que marchar en grandísima armonía, porque lo que el maestro dice, será recogido con veneración y respeto, pues que los niños saben que aquellos labios sólo se abren para prodigar palabras de afecto que consuelan á los desaplicados y los estimulan á formar ese precioso conjunto de niños educados según la expresión de Spencer: "La verdadera educación es el desarrollo armónico de las facultades."

Y después no dudéis que aquellos niños no olvidarán que todo lo deben á su maestro que los ha educado y disciplinado.

Los progresos de una escuela están en razón directa del grado de perfeccionamiento alcanzado por su disciplina.

No basta únicamente que el maestro sea instruído, sabio; aun cuando los discípulos sean inteligentes, si se suprime la disciplina, el resultado será malo.

De aquí proviene el que los pedagogos hayan estudiado con tanta atención este factor importantísimo de la enseñanza. Pero no les ha costado grandes esfuerzos encontrar la solución del problema, puesto que la disciplina tiene como base única y fundamento, el mutuo cariño que siempre debe existir entre el maestro y el discípulo, cariño que es tanto más necesario, cuanto que

por él no sólo se estrechan más los vínculos que los unen, sino que hacen las órdenes del maestro más suaves para el discípulo.

Pretender, como se hacía antiguamente, guardar el orden por medio de rudos castigos ó empleando la fuerza, es abrir un abismo tan profundo entre el profesor y los alumnos, que más tarde les será imposible franquearlo.

Quizá alguna vez el rigor excesivo podrá sostener la disciplina de una clase; pero entonces no se habrá inculcado á los alumnos la íntima convicción de que su buena conducta es una ley impuesta por el deber, y que en todo caso deben cumplir, sino que obrarán solamente vencidos por la severidad y la presión que sobre ellos ejerce el maestro.

Además, con la disciplina llevada al extremo de la dureza, sólo se consigue exasperar al alumno, y lo que es peor, en el corazón del niño se despierta un violento odio hacia su profesor, y aunque éste, con su autoridad consiga acallar todo sentimiento de rebelión, no conseguirá sino retardar el desorden, que al fin estallará, y será víctima de faltas que no podrá reprimir, por haber agotado antes de tiempo todos los castigos.

Pero suponiendo que el terror logre amedrentar á los niños; que una sola voz del maestro los haga palidecer y temblar; admitamos que en la clase ninguno se atreva á moverse ni á hablar, que en los juegos, en los recreos, estén todos como en las lecciones, atentos de una mirada del profesor, temiendo caer en alguna falta; supongamos que el maestro consiga enteramente su objeto, que su régimen produzca resultados completos, haciendo á los niños sumisos y obedientes á su voluntad. ¿Qué se habrá adelantado? La severa disciplina ha

triunfado, es indudable; pero el espíritu ha muerto. La tiranía en la sociedad de la escuela, como en la sociedad de los hombres, mata el espíritu y enerva las facultades.

La planta encerrada en obscura estancia, privada de lo que es su vida, el calor y la luz, se agosta, se marchita; al aire libre, apoyada en los puntales del emparrado, circulando libremente la savia por sus tallos, sostenidos convenientemente y sin opresión ninguna, lucirá más tarde la delicada corola de sus flores. De igual manera, los niños no necesitan rigor, sino dulzura; la misión del maestro no es oprimir á la infancia, sino guiarla con acierto en el camino por donde anda delante de ella para sostenerla y dirigirla.

Un maestro violento, iracundo é injusto, ahoga en los corazones infantiles los impulsos generosos, seca las fuentes del bien, siembra en ellos el germen de las malas pasiones y pervierte las almas puras y sencillas que la fe de una madre ha puesto bajo su cuidado.

Un maestro cariñoso, solícito, justo y bueno, se granjea el afecto de sus discípulos, hace amable el estudio y agradable la escuela.

En el trato entre el educador y los niños, por huir de un extremo se puede caer en otro; esto es, por evitar el rigor excesivo, se llega á veces á una ridícula familiaridad. Este es el motivo por qué algunos condenan la dulzura y la suavidad de la escuela moderna; pero cualquier maestro de mediana educación é inteligencia, sabe colocarse á igual distancia de ambos extremos. ®

Bien puede el maestro inspirar confianza á los niños sin darles lugar para que olviden el respeto debido á los superiores; bien puede ser tolerante sin rebajar su autoridad, hasta permitir los abusos. ¿Es que aborrece-

mos á nuestra madre cuando cariñosamente nos reprende una mala acción ó contraría nuestros deseos para librnarnos de un peligro? ¡Oh, no es así! rara vez dejamos de comprender los motivos de una resolución ó la justicia de un castigo cuando una y otra provienen de alguien, para quien nuestra felicidad es la suya, nuestros padres y nuestros maestros.

Pero éstas no son únicamente opiniones apasionadas, pues que la experiencia se ha encargado de demostrar por los funestos resultados obtenidos antiguamente en las escuelas, que los métodos de rigor no satisfacen las aspiraciones de la educación.

La antigua escuela no podía prescindir de los medios violentos, de castigos crueles, y á veces atroces.

El azote, los golpes con la palmeta y otros castigos en que se hacía sufrir al niño un dolor corporal vivo y cuyo temor le impidiera volver á infringir el orden, eran los medios disciplinarios que hacían que la escuela fuese para el niño un verdadero martirio. A menudo sucedía que un criado tenía que llevar cargando al niño y aun así, costaba mucho trabajo conseguir que entrara.

Otro de los castigos generalmente empleados, era el encierro, que consistía en secuestrar al niño en un cuarto bien cerrado, obscuro, con objeto de atemorizarle; pero esto era á veces causa inmediata de afecciones nerviosas. Además, no se conseguía el objeto con que aquellos castigos se aplicaban, pues es un hecho de observación común, que los castigos físicos degradan y envilecen el carácter, y propenden á relajar la dignidad humana, que aun en el niño debe respetarse, procurando que se habitúe á considerar á los demás como él es considerado.

Para disculparse en cierto modo de la crueldad con

que se aplicaban estos castigos, se decía, que el niño carece de móviles puramente morales, que no posee más que la sensibilidad corpórea, y que el único sentimiento capaz de despertarse en su espíritu, es el temor al dolor físico, es decir, rebajaban al niño hasta la condición del animal, negándole todo sentimiento delicado.

El maestro mismo, al aplicar estos castigos, aun cuando en el momento de cometerse la falta, su enojo no hubiese sido muy grande, sentía muchas veces verdadera rabia, pues es una ley de la naturaleza humana que cuando cometemos actos crueles, se despierte en nosotros un verdadero deseo de ferocidad.

El que hiere una vez, no se conforma con el primer golpe, pues á medida que pega, se exalta más y más y los multiplica; pues bien, el castigo llevado hasta la crueldad, pierde su carácter de acto justiciero, y toma los odiosos caracteres de la venganza.

Pocos errores habrá tan grandes como éste; cualquiera que haya observado á los niños, se convence de su exquisita sensibilidad moral, el niño goza en extremo con los halagos y se manifiesta muy sensible á la muestra de desagrado que recibe; esto es tan cierto, que antiguamente los Jesuítas, cuando querían aplicar castigos corporales, no lo hacían personalmente, sino que encomendaban tan triste misión á alguna persona extraña á la Compañía, con el objeto de evitar que sobre ellos cayese el odio y el rencor de los alumnos que tan justamente habrían atraído sobre ellos.

Nunca el maestro, ni aun siquiera por la dura ley de la necesidad, está justificado para recurrir á los castigos corporales; existen en el espíritu del niño muchísimos recursos de orden puramente moral, de que un buen educador puede valerse para normar la conducta

de los niños, aprovechándose de su exquisita sensibilidad, recurriendo al sistema de los estímulos y de las distinciones; pero con mucho cuidado, porque el medio es delicadísimo, puede engendrar la envidia en los compañeros del niño distinguido y estimulado, y en éste puede también despertar la soberbia y el orgullo.

Un ejemplo claro de los excelentes resultados obtenidos por una buena disciplina, lo encontramos en el veneciano Víctor Rambaldoni. Pobre y humilde, tuvo que hacer grandes esfuerzos y sacrificios para conseguir su educación y llegó hasta humillarse sirviendo de criado en la casa de uno de los más grandes matemáticos de su época.

Grandes fueron las penas que sufrió y los obstáculos que á cada paso se presentaban en su camino, y que tuvo que allanar heroicamente; pero en medio de todo esto, lo alentaba la noble esperanza que tenía de prestar sus servicios en favor de la instrucción de su país, dedicándose exclusivamente á la clase pobre. Sus deseos se vieron realizados. Llegó á obtener el grado de doctor y se dedicó en Padua á la enseñanza; pero desgraciadamente no consiguió que sus discípulos se sujetaran á la disciplina que él había establecido, y convencido perfectamente que con el desorden y la insubordinación no obtendría ningún resultado satisfactorio, prefirió hacer renuncia de su empleo; pero no desistió, siguió adelante en su deseo de fundar una escuela modelo que tuviese la disciplina como única base y fundamento de la educación. En efecto, así lo hizo, estableció una escuela, á la que concurrieron multitud de niños, y alcanzó un éxito tan completo, que sabiéndolo el Marqués de Mantua, Juan Francisco Gonzaga, pensó desde luego poner á sus dos hijos bajo la dirección de tan hábil maestro.

Estos dos niños eran el tipo frecuente del hijo de las clases acomodadas; indolentes, perezosos, entregados únicamente al lujo y á las diversiones, orgullosos y altivos á tal grado, que su padre, única autoridad por ellos reconocida, desesperaba ya de que se corrigieran.

Pues bien, Victorino consiguió con sus medios disciplinarios, no los castigos ni las crueldades, sino el estímulo y el buen ejemplo, cambiar radicalmente los sentimientos, las costumbres y los vicios de aquellos niños. Consiguió aún más, dominó su viciada naturaleza, corrigiendo sus defectos físicos y obteniendo un desarrollo completo de sus facultades físicas, intelectuales y morales.

Los alcances de la disciplina no se limitan á mantener el orden exterior, sino que lleva su influencia hasta el desarrollo de las facultades intelectuales y forma el carácter; Víctor Rambaldoni logró obtener esto.

Por otra parte, el maestro de escuela, no trabaja para el presente, trabaja para el porvenir. El ejemplo de la escuela tiene en la vida del ciudadano, en la educación pública, más influencia de la que generalmente se cree. Los actos de la escuela se reflejan más tarde en la vida social. De ahí la necesidad de una buena disciplina escolar, de ahí la obligación en que se halla el maestro de dar á su discípulos con el ejemplo de sus buenas costumbres los medios de alcanzar un tesoro que después los hará acreedores al respeto y estimación de los demás.

La disciplina no sólo es el orden, el silencio y la sumisión, éstas son sus manifestaciones; pero su esencia es más grande y más elevada, ella es la que con mano tierna pone en el corazón del niño la semilla de la más sana moral y que después de algún tiempo dará hermo-



esos frutos. En la Sociedad es donde se hace sentir de una manera notable la influencia de la disciplina, porque ahí se ve al hombre emprender su lucha por la vida y ahí se le verá también adquirir ó alejarse el afecto de sus semejantes.

¡Si todos los hombres tuviesen moral! Cuántos crímenes se evitarían, cuántos delincuentes menos habría, y cómo se vería prosperar la nación en donde esto sucediese. Y esto se puede hacer fácilmente, porque todo se consigue atendiendo á la disciplina. Hagamos esto y veremos cómo la moral planta su hermoso estandarte sembrando felicidad.

La disciplina, como todas las cosas, tiene sus principios fijos, en los cuales se apoya, y tiene también sus bases y sus fundamentos; para obtenerla hemos de basarnos en el orden, condición esencial de todo bien y de toda belleza física y moral.

Así como la educación, podemos considerar la disciplina desde el punto de vista físico, intelectual y moral.

La disciplina física aplicada aun en los simples movimientos del cuerpo, los hace más regulares y más fáciles.

Observemos si no, la marcha del soldado, qué rápidas y perfectas sus evoluciones; las hábiles operaciones del obrero, todo adquiere una ejecución excelente. Las fuerzas del cuerpo se desarrollan y sus órganos adquieren más flexibilidad y precisión. Por medio de un ejercicio bien arreglado, la salud misma se conserva ó se restablece.

En la vida intelectual la disciplina no es menos importante que en la vida física; el orden entonces se llama método, y es un guía poderoso de todos los esfuerzos

del entendimiento. Los pensamientos más hermosos, los más sublimes, son infructuosos casi siempre si no están coordinados; en cambio, las ideas más triviales adquieren algún mérito y aun llegan á producir efecto cuando están convenientemente dispuestas y encadenadas.

En un mundo más elevado, en la vida moral, la disciplina es la perfección, es el bien; éste entonces tiene una belleza que arrastra por sí sola á las almas generosas y llega á ser una necesidad de toda la vida para los que han sabido apreciar sus encantos.

La disciplina del hombre en el taller, en la ciencia, en el arte y en todos los trabajos y manifestaciones humanas, nos presenta el cuadro admirable de una vida que tiene por guía la virtud y por móvil el deber.

La humanidad, en sus revueltas convulsiones, se agita y avanza. ¿Pero debido á qué? Ese todo que lucha cuenta con millares de seres que, á su vez, combaten y procuran su felicidad; pero si no se disciplina, nada alcanzará.

Un cuadro hermoso se nos presenta á la vista, un cuadro iluminado por la suave luz de una lámpara. La madre sentada en un sillón, teje, y su tranquila mirada se posa en dos pequeños niños, uno varón y la otra mujercita. Ellos están empeñados en resolver un problema que sus maestros les han dejado, y los dos piensan lo mejor que pueden para conocer la solución; pero ¡ah! mientras que la niña investiga pacíficamente y procura tener tranquilidad, el niño se impacienta y quiere romper aquel papel que tanto quehacer le ha dado. Entonces la madre interviene y con su dulce voz reprende al niño y le aconseja tenga paciencia, pues de lo contrario tendrá mucho que sufrir en la vida.

Ese niño obstinado y rebelde, que no quiso sujetarse á la disciplina, lo veremos más tarde.

La noche es lluviosa, los relámpagos, cual espadas de fuego, rasgan el cielo é iluminan con su lívida claridad un camino tortuoso. En medio de aquella hecatombe de la Naturaleza, un hombre envuelto en un raído capote, camina rápidamente; en su mirada, en su paso y en todo lo que le rodea, se conoce que va guiado por un poder maldito, porque cuando se va á cometer una buena acción, no se oculta uno y la hace á la luz del mundo; por el contrario, cuando en la conciencia se lleva el peso de algún crimen, todo parece que conspira contra nosotros, y en cada esquina, entre las ramas de los árboles, se ven ojos que nos miran y acechan. Aquel hombre, digo, caminaba rápidamente, y después de esperar unos minutos en la esquina de una calle estrecha y oscura, su faz se ilumina con brillo siniestro: ha oído pasos que se acercan más y más; pasa un segundo y se ve brillar la hoja de un acerado puñal, que es clavado en el pecho de un desconocido, que muere exhalando un agudo grito.

A su voz, acude un guardián y captura al hombre que hemos visto momentos antes caminar entre la lluvia y los relámpagos, porque no ha tratado de huir, sujetándose á su fatal destino.

Estos cuadros que he narrado, vienen á la mente de un hombre condenado á muerte, un hombre que de niño fué feliz; pero que, arrastrado por la impetuosidad de su carácter en la senda del vicio, se ha introducido y quedado para siempre ahí, es aquel ser que hemos visto desechar los consejos y la disciplina del hogar.

Y mañana... ¡desgraciado! su memoria se extinguirá, porque después de muerto no habrá quien vaya lloroso y triste á depositar flores sobre esa tumba y quedará cubierta por la hierba.

Fatales consecuencias experimentadas por aquel ser sordo á la disciplina del hogar.

Pero no basta establecer la disciplina individual, las instituciones, las agrupaciones humanas la necesitan también.

En la Patria, en ese lugar donde nuestra niñez se ha deslizado cual ensueño de luz, en donde vivimos tranquilos gracias á la paz, se requiere que exista un grupo de ciudadanos que la defiendan, que la protejan y en fin, que la salve en los momentos en que la planta enemiga se pose en su territorio, y ese grupo de hombres, ese cuerpo ofensivo y defensivo, es el ejército, el ejército que, constituido por miles de hombres, forma una sola voluntad, un solo corazón que con su cubierta de acero pelea y lucha con tenacidad y con arrojo.

Su fuerza no la constituyen sus magníficas armas de fuego; no la constituye tampoco su crecidísimo número de soldados, no; su fuerza está constituida por su disciplina, por su gran disciplina que hace de los soldados seres acostumbrados á vencer tanto las inclemencias del tiempo, como la ferocidad de sus enemigos.

Y esto no sólo se observa en los ejércitos modernos, sino que desde los tiempos más remotos se le ha dado grandísima importancia, y ya el gran capitán del siglo XIX, Napoleón I, se ufanaba de la disciplina de su ejército, y un día, estando en la azotea de su mansión, rodeado de su guardia, quiso dar á conocer á un amigo suyo la grandísima obediencia de sus soldados. Al efecto, nombró á uno diciéndole: "Flanco derecho," "marche;" y aquel soldado comenzó á ejecutar la orden dada, y como no oyese otra voz, llegó al extremo de la azotea y dió un último paso que lo lanzó hacia el abismo, donde quedó muerto en aras de la disciplina.

Con un ejército que como el de Napoleón contaba seres tan disciplinados, nada extraño nos parecerá que hubiese dominado tantos países.

He narrado en breves y desaliñados conceptos la inmensa influencia que la disciplina ejerce en la vida del hombre, y ahora réstame tan sólo extender mi mirada y ver con felicidad que en la época en que vivimos ya se le da la debida importancia, tanto en el hogar, como en el ejército y en la escuela.

Por eso nosotras, las futuras educadoras, las que impartiremos saber á pequeños seres, hombres más tarde, no olvidaremos que sólo la disciplina deberá dar grandes hombres, honrados ciudadanos, que harán la felicidad y el progreso de este lugar, rodeado de hermosas montañas y poéticos lagos, de este lugar, en fin, Patria nuestra, y que se llama México.

México, 18 de Julio de 1903.

CONCEPCIÓN VELAZQUEZ.

---

## Á LA MEMORIA DE JUÁREZ.

---

Entre los que tenemos la dicha de haber nacido bajo los ardientes rayos del sol de México, bajo su purísimo cielo, existe un sentimiento, un dulce afecto acrisolado en nuestros corazones: la gratitud hacia aquel hombre de voluntad inflexible que, salvando nuestra independencia, nos convirtió en un pueblo libre y soberano.

¡Juárez! al pronunciar este nombre le unimos las palabras ¡Independencia! ¡Reforma! ¡Progreso!

Mas mi canto no es sólo la alabanza al gran patriota, al ilustre propagador de las ideas modernas, es el humilde canto del hijo agradecido, es el homenaje de amor filial que en nombre de las alumnas de esta Escuela le tributo, para cumplir no sólo con un deber patrio, sino con una deuda de gratitud, porque es nuestro padre, el fundador de este plantel.

Tiemblo, porque reconozco mi impotencia para cantar las glorias de ese hombre; mas abrigo la esperanza de que perdonaréis mis faltas por la grandiosidad de los hechos que relato, y que os causará placer recordar el nombre de Juárez, rodeado de una aureola de gloria é inmortalidad. ®

Con un ejército que como el de Napoleón contaba seres tan disciplinados, nada extraño nos parecerá que hubiese dominado tantos países.

He narrado en breves y desaliñados conceptos la inmensa influencia que la disciplina ejerce en la vida del hombre, y ahora réstame tan sólo extender mi mirada y ver con felicidad que en la época en que vivimos ya se le da la debida importancia, tanto en el hogar, como en el ejército y en la escuela.

Por eso nosotras, las futuras educadoras, las que impartiremos saber á pequeños seres, hombres más tarde, no olvidaremos que sólo la disciplina deberá dar grandes hombres, honrados ciudadanos, que harán la felicidad y el progreso de este lugar, rodeado de hermosas montañas y poéticos lagos, de este lugar, en fin, Patria nuestra, y que se llama México.

México, 18 de Julio de 1903.

CONCEPCIÓN VELAZQUEZ.

---

## Á LA MEMORIA DE JUÁREZ.

---

Entre los que tenemos la dicha de haber nacido bajo los ardientes rayos del sol de México, bajo su purísimo cielo, existe un sentimiento, un dulce afecto acrisolado en nuestros corazones: la gratitud hacia aquel hombre de voluntad inflexible que, salvando nuestra independencia, nos convirtió en un pueblo libre y soberano.

¡Juárez! al pronunciar este nombre le unimos las palabras ¡Independencia! ¡Reforma! ¡Progreso!

Mas mi canto no es sólo la alabanza al gran patriota, al ilustre propagador de las ideas modernas, es el humilde canto del hijo agradecido, es el homenaje de amor filial que en nombre de las alumnas de esta Escuela le tributo, para cumplir no sólo con un deber patrio, sino con una deuda de gratitud, porque es nuestro padre, el fundador de este plantel.

Tiemblo, porque reconozco mi impotencia para cantar las glorias de ese hombre; mas abrigo la esperanza de que perdonaréis mis faltas por la grandiosidad de los hechos que relato, y que os causará placer recordar el nombre de Juárez, rodeado de una aureola de gloria é inmortalidad. ®

Corre el año de 1846. Después de haber ejercido algunos cargos públicos, toma parte Juárez en un triunvirato, en cuyas manos se había puesto el Poder Ejecutivo del Estado de Oaxaca. Juicio recto, aplomo en sus decisiones, firmeza de principios y honradez á toda prueba, fueron las cualidades que la sociedad reconoció en el ilustre genio, y poco tiempo después fué electo Diputado al Congreso General Constituyente, reunido en México, tomando activa participación en la política en las filas liberales, porque lo era de corazón. Volvió á su tierra primitiva en 1847, y restablecido allí el orden legal, fué nombrado Gobernador Constitucional, tomando posesión del Gobierno en Noviembre. Los cinco años de su administración hicieron del Sr. Juárez un hombre notable y conocido en toda la República. Oaxaca había seguido la misma suerte que el resto de la nación. No había ni fuerza armada, ni hacienda, y en medio de aquel caos, aumentaba la confusión y el desaliento, la pérdida sufrida por el General Arista en la batalla de Palo Alto. El, con una alma templada para los infortunios, comienza, sin pérdida de tiempo en las fatigas de su Gobierno, por levantar fuerzas y construir pertrechos de guerra, y cuando así lo ha logrado, pone á disposición del Gobierno de la República hasta el último hombre y el último cartucho para sostener la cruel y desigual lucha con los americanos.

Al firmarse la paz con tan funestos resultados para nosotros, cuando aquellos niños héroes habían caído uno á uno, muriendo por su patria, cuando el pabellón de las estrellas ondeaba en Chapultepec, Juárez se dedica á la organización interior del Estado que le había confiado sus destinos.

El mejor elogio que se le puede hacer como gober-

nante, consiste en hechos irrecusables cuya memoria está fija en todo el Estado. Separado del mando en Agosto de 1852, se retiró á la vida privada, ejerciendo la abogacía, viviendo sencillamente de su profesión. Al triunfar la revolución de Jalisco en 1853, Juárez, que se encontraba en Etna, fué cruelmente perseguido y encarcelado en un calabozo de San Juan de Ulúa, embarcándose después, sin permitirle que se agenciase ninguna clase de recursos. Hasta 1855 permaneció exatriado en Nueva Orleans, sufriendo privaciones inauditas, y entonces resolvió volver á su patria.

Desembarcó en Acapulco, puerto pronunciado desde el año anterior, por el plan de Ayutla, y allí unióse al General Alvarez, jefe de las fuerzas rebeladas contra Santa-Anna. En Octubre del mismo año, en que triunfó esta revolución, fué nombrado Ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos.

Fiel á los principios por él sostenidos desde su advenimiento á la vida pública, distinguióse Juárez por su espíritu reformador, iniciando la ley de desafueros. Separado del Ministerio en 1856, volyió á Oaxaca como Gobernador. En esta segunda administración, más benéfica aún que la primera, Juárez mejoró todos los ramos y conservó la paz con valor y energía, con tino y con prudencia. Fué reelecto en 1857, pero lo llamó Comonfort á desempeñar la cartera de Gobernación y luego el pueblo lo eligió Vicepresidente de la República. En este puesto se encontraba, cuando las veleidades del Presidente causaron su caída, no sin que antes pagara á Juárez sus servicios, reduciéndolo á prisión. Tal era el hombre de limpios antecedentes, de honradez intachable, de principios no desmentidos, de carácter firme y severo, que iba á empuñar la bandera de la Cons-

titución y la Reforma, haciendo frente á la reacción anti-liberal, robustecida con los elementos que la defección le había entregado, y resuelta á luchar sin tregua para aniquilar á su terrible y aborrecido antagonista. La situación no podía presentarse más temible, más erizada de peligros; pero el hombre que se iba á poner á la cabeza del movimiento reformista, se hallaba á la altura de su misión, poseyendo profundísima fe en la causa con que se había identificado, para no dar cabida al desaliento en una alma que jamás conoció la vacilación ni el miedo.

Al salir de la prisión se dirigió á Guanajuato y allí formó su Gabinete y fué reconocido como Presidente de la República, por los Estados.

Nunca se había visto en México que una administración derrocada, pudiese sostenerse contra una revolución triunfante, y signo indefectible de triunfo era la ocupación de la Capital y el establecimiento en ella de un Gobierno que se consideraba como legítimo. Así, los conservadores creyeron acabar con aquella sombra de autoridad que se alzaba en Guanajuato, apoyada en una liga en que entraban elementos heterogéneos que hacían presentir una catástrofe no muy lejana. El Gobierno conservador comprendió, sin embargo, que tenía que apresurar sus operaciones extendiendo su esfera de dominación por medio de las armas, y organizó un cuerpo de ejército que marchase al interior, y que hizo retirar á Juárez á Guadalajara, donde estuvo á punto de morir, á no haber sido por la intervención de Don Guillermo Prieto, que con su elocuente palabra dominó á los soldados que iban á fusilarlo.

¡El destino conservaba la vida de Juárez, para que hiciese brillar el sol de la Reforma en nuestra patria!

Afrontando peligros sin cuento desembarcó en Veracruz en 1858. Este puerto convirtiéndose entonces en el baluarte de la causa liberal, que tenía tan digno campeón. Allí expidió las Leyes de Reforma, esas leyes que nos han dado la prosperidad, que decidieron la victoria de los liberales. La lucha entre las ideas antiguas y las modernas se extendió de un extremo á otro de la República. La historia ha recogido ensangrentadas páginas de los hechos en que militaron cada uno de los partidos en que la nación se dividió.

La más importante es la que declara la desamortización de los bienes del clero. Esos bienes que se encontraban en su poder desde tiempos inmemoriales, desde la conquista en que aquellos dignísimos Ministros de Jesucristo se interponían entre el indefenso indio y el cruel español, entre el verdugo y su víctima. Murieron esos primeros frailes y vinieron otros, sedientos de oro y de riquezas, que explotaban infamemente á los indios, que les quitaban sus bienes, que dejaban á los padres en la miseria, á los hijos en la orfandad! Pasaron siglos, y pasaron también esos bienes de las manos de una corporación á las de otra, y al sobrevenir las luchas intestinas, sólo servían para avivar los resentimientos, para hacerlos interminables, y para adquirir más propiedades, y en tanto los campos no se cultivaban, las mieses caían sin ser segadas!

Juárez, al expedir esa ley, nos dió el progreso, el adelanto. Los bienes de manos muertas, pasaron al pueblo, de donde habían salido, y cesaron las luchas, se cultivaron los campos, se segaron las mieses!

Con firmeza inquebrantable, sostuvo la Constitución hasta que el triunfo completo de ésta le abrió las puertas de la capital el 11 de Enero de 1861. Si hasta enton-

ces había necesitado Juárez reunir en su calidad de caudillo de una causa que cambiaba el modo de ser de la República, dotes que sólo poseen los seres superiores, al encontrarse al frente de los destinos de México, había menester de tan varonil entereza, de tan supremo esfuerzo para conducir la nave del Estado, que apenas era dado concebir que el éxito coronase sus esfuerzos. A pesar de la oposición que había á su candidatura á la presidencia, Juárez fué electo en 1861.

Apenas había cesado una tremenda guerra entre los que querían llevar el país hacia lo pasado, y los que ansiaban llevarlo hacia lo porvenir; la sangre de los mártires estaba aún fresca, las lágrimas nublaban todavía los ojos de las madres, de los huérfanos; los campos abandonados por tanto tiempo comenzaban á ostentar su verdor, los obreros apenas dejando á un lado el fusil, volvían á empuñar sus instrumentos de trabajo, cuando se supo que á las playas de Veracruz había llegado un ejército de España, Inglaterra y Francia que venía á intervenir con las armas en los asuntos del país. Los franceses al fin se quedaron solos, después de haber faltado al compromiso contraído por los preliminares de la Soledad. La confianza del pueblo en su Presidente se manifestó de la manera más elocuente. Todos los Estados levantaron fuerzas para auxiliar á la defensa nacional, que era combatida por los ricos y el clero. Contra tantos elementos adversos, sólo contaban los buenos mexicanos con su acendrado patriotismo y con la energía y constancia de Juárez.

La victoria del 5 de Mayo fué una nueva prueba que México presentó á la faz del mundo, de lo que vale el patriotismo de un pueblo, cuando el jefe que lo gobierna cuenta con sus simpatías.

La ocupación de la capital por el ejército francés, la proclamación de la monarquía, y la instalación del Gobierno Constitucional en San Luis, crearon una situación análoga á la que había guardado la República durante la guerra de tres años. Ahora, como entonces, se levantaban frente á frente dos Gobiernos antagonistas que, disputándose el dominio del país, se harían cruda guerra, mientras no llegara el uno á destruir al otro.

Mas entre una y otra situación existían diferencias: Entonces era guerra en que la República no tenía que temer mengua ó menoscabo de su ser como entidad soberana; en 1863 la cuestión había cambiado: no se trataba de principios políticos; tratábase de defender la independencia, la nacionalidad, contra un invasor extranjero que sin más títulos que la fuerza, se había introducido en el país, imponiendo su voluntad de la manera más brutal y violenta.

El vivísimo sentimiento del alto papel que representaba, jamás abandonó á Don Benito Juárez, que inspirándose en la fe robusta de la causa que defendía, nunca mostró debilidad ó vacilación en la marcha que debía seguir.

¡Cuánto se engañaban los franceses, creyendo enseñorearse de la nación al solo rumor de sus armas!

La animación y la vida, la conciencia del derecho y de la fuerza, el amor á la independencia y á la democracia, el noble orgullo sublevado contra el inicuo invasor de nuestro suelo, eran los sentimientos diseminados en el pueblo mexicano!

¡Ni las derrotas, ni la peregrinación á través de un desierto, sin pan que llevarse á la boca, sin abrigo donde pasar la noche, hicieron decaer el ánimo de Juárez.

El obraba con la calma del que tiene completa seguridad en el triunfo, sin vacilar, porque era una alma grande á quien no acobardaban los sufrimientos!

Aquel hombre era digno sucesor de Cuauhtemoc: su misma inflexibilidad, su misma constancia, y así supo infundir el valor inquebrantable en los soldados mexicanos.

La capital fué al fin tomada por Don Porfirio Díaz el 21 de Junio de 1867, y Juárez, restablecida la paz, se dedicó á la difícil tarea de la reorganización administrativa, y fué tal su habilidad, que no pasó mucho tiempo sin que en el país apenas se notasen las huellas de la larga perturbación que había sufrido.

Aquel soñado imperio se deshizo como las pompas de jabón; entre las manos de Juárez se hicieron añicos el cetro y la corona; la cabeza de un príncipe rodó por la falda del cerro de las Campanas, y la República, radiosa y llena de vida, surgió entonces aún mucho más potente y más hermosa!

Este hombre inquebrantable, grandioso, sereno, sólo pudo ser vencido por la muerte, y hasta en esos momentos en que el alma se desnuda de todo falso ropaje para quedar sólo cubierta con el suyo propio, nos dió una prueba de su gran fortaleza de espíritu.

Fué una terrible enfermedad la que arrebató la vida á tan ilustre ciudadano. Desplegó ella extraordinaria energía cuando tuvo que habérselas con un héroe, como si fuese un ser racional que comprendiera que para luchar con éxito con aquella alma grande, era preciso ser también grande en la crueldad. La opresión del corazón con que comenzó, se transformó en dolores agudísimos y repentinos. Aquel hombre debía estar sufriendo la angustia mortal del que busca aire para respirar y no lo

encuentra, del que siente que huye el suelo en que se apoya y teme caer, del que en fin, está probando á la vez lo que es morir y seguir viviendo. La enfermedad se desarrolló por ataques sucesivos: los sufrió en pie. Vigorosa es su naturaleza, indómita su fuerza de voluntad, y aun desplegada toda ésta, no le es dable sobreponerse por completo á las leyes físicas de la vida, y al fin tiene que reclinarse horizontalmente en su lecho, para no desplomarse y para buscar instintivamente en esta posición el modo de hacer llegar á su cerebro la sangre que tanta falta le hace. Cada paroxismo dura más ó menos minutos, desvaneciéndose poco á poco. Vuelve el color á su semblante y entra en una calma completa. Conversa con los que le rodean, de asuntos indiferentes, con toda naturalidad y sin hacer alusión á sus sufrimientos, y tal parece que ya está salvado, cuando vuelve un nuevo ataque, y un nuevo alivio, y en estas alternativas transcurren 4 ó 5 larguísimas horas, en que tan pronto se cree cantar victoria como llorar su muerte.

Serían las 11 de la mañana de aquel luctuoso día 18 de Julio, cuando un nuevo calambre dolorosísimo del corazón le obligó á arrojarse violentamente en su lecho. No se movía ya su pulso, el corazón latía débilmente; su semblante se demudó cubriéndose con las sombras precursoras de la muerte, y en lance tan supremo, se tuvo que acudir á un remedio cruel, pero eficaz: El agua hirviendo sobre la región del corazón. Después de esto, el alivio fué tan grande y prolongado, que se pasaron cerca de dos horas sin que volviera el dolor; la familia se retiró al comedor, y él relataba á su médico los episodios de su niñez. Repentinamente, cuando más pendiente estaba de sus labios, clavó su mirada en el doctor y le preguntó:



—¿Es mortal mi enfermedad?

Le dió lo mejor que pudo la fatal respuesta, y no obstante esto, no se inmutó, y continuó su interrumpida relación, sin vacilar, como si la sentencia de muerte que se acababa de dar, fuese para otra persona. Aquella calma de tres horas pronto desapareció y un nuevo ataque más formidable y más repentino vino á turbar la reciente tranquilidad de su familia, é inútiles fueron cuantos medios se emplearon antes de recurrir al agua hirviendo; fué al fin preciso venir á él, porque se escapaba la vida de aquel hombre.

Cuando se le anunció lo que se le iba á hacer, con la más perfecta indiferencia, y con la calma más imponente, se tendió en el lecho, se descubrió el pecho sin precipitación, y esperó, sin moverse, aquel bárbaro remedio. Se le aplicó sin pérdida de tiempo, y mientras se extendían y se crispaban las fibras de los músculos sobre los que se hacía la aplicación, su semblante permanecía impassible, sin la más ligera expresión de dolor ó de sufrimiento.

Entretanto, desde en la mañana había volado por la ciudad la noticia de la enfermedad del Presidente, y ocurrieron á verlo sus Ministros y numerosos amigos políticos y personales. Se ocultó cuidadosamente al público la gravedad de la situación, y todos se quedaron creyendo que se trataba simplemente de un reumatismo, y para que no se desvaneciera esta creencia, á nadie se le permitió la entrada á la cámara. En esta inteligencia, uno de sus Ministros quería hablarle acerca de algún asunto de su ramo, y el señor Juárez le mandó suplicar cortésmente que lo dispensara por aquel día. En la tarde, el mismo señor insistió en verlo, manifestando que era negocio urgente, precisamente en los

momentos en que el dolor del corazón era muy intenso, en que la respiración era jadeante, y había desaparecido completamente el pulso. Aquel hombre que llevaba doce largas horas de sufrimientos y que por esto, su energía debería estar agotada, se levantó con calma, sin manifestación de contrariedad, arregló su corbata, cubrióse con una capa, ordenó que entrara el Ministro, escuchó con atención el delicadísimo asunto que llevaba, discutiendo los principales puntos, dándole, por último, su acertada resolución. No había en su semblante en esos momentos nada que revelara el espantoso dolor que le carcomía el corazón, nada que diera á conocer que esa entraña era ya impotente para hacer llegar la sangre hasta la cabeza, y si no hubiera sido por el frío sudor que inundaba su frente, y por la palidez indisimulable de su semblante, se hubiera creído que estaba sano, pues á impulsos de su voluntad llegó á dominar toda manifestación de sufrimiento. El Ministro se separó, deseándole mejoría, sin sospechar siquiera que había discutido negocios de Estado con un semicadáver, en quien el corazón se estaba despidiendo de la vida.

¿Quién habrá que teniendo la muerte á dos pasos de distancia, se sobreponga al dolor físico, para no dejar transparentar la muerte que lleva en sí, para cumplir con su deber?

Solamente aquél, que al salir huyendo de Zacatecas en 1867, escoltado por una lluvia de balas del enemigo, recomendaba que se llevaran los caballos al paso, para conservar la moral entre los contados dragones que lo seguían, y abandonaba la ciudad con la calma del que viaja por placer, y no con la precipitación del que huye para conservar la existencia; solamente el que no se inmutó ante las bocas de los fusiles que lo iban á reducir

á la nada en Guadalajara, solamente aquél que soportó las fatigas, las penalidades, las vigiliass de un viaje á través de un desierto, para salvar la independencia de su patria!

Una hora después de haber salido el Ministro, solicitó hablarle uno de sus Generales más distinguidos, á fin de pedirle sus últimas instrucciones para la campaña que iba á emprender al siguiente día. Lo recibió sin vacilar, no obstante que el pulso faltaba hacía ya varias horas, y que su situación era completa y absolutamente desesperada. El señor Juárez discutió con él lo que era más conveniente hacer; su cerebro, casi exangüe, retenía aún qué personas residían en las poblaciones que iban á ser el teatro de la campaña, cuáles eran sus cualidades físicas y morales. Hizo abstracción de sí mismo en los momentos de morir, para no pensar más que en el bien público.

Concluída aquella conferencia, pálido y vacilante, se arrojó por la postrera vez en su lecho; lecho que cinco horas después, no era el lugar de descanso del Presidente, sino del hombre grande, del patricio que desaparecía de entre nosotros, pronunciando sus últimas palabras en bien de la República, del varón esforzado y justo á quien la naturaleza hizo nacer mortal y pequeño, y á quien la virtud hízole aparecer grande é inmortal, en la historia!!!

México, Julio 18 de 1903.

CONCEPCIÓN MALABEHAR.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## EL TRABAJO Y EL CAPITAL

CONSIDERADOS

### COMO DOS FUERZAS ANTAGÓNICAS.

Esta es la tesis que se me ha propuesto para su desarrollo en esta Conferencia.

Cuestiones muy arduas, por cierto, encierra la tesis enunciada; altos problemas de Economía Política contiene el estudio que bondadosamente se me ha confiado tratar.

Consideraciones de un interés general vendrán á fijar de un modo definitivo la solución requerida.

El trabajo y el capital son dos factores importantísimos de la vida de los pueblos civilizados, son el alma que vibra en la idea que engendra el progreso, son las dos fuerzas que obrando en el organismo de un pueblo, tienen una resultante que se llama grandeza.

Todos sentimos los efectos de esas fuerzas; su intensidad abarca el espacio inmenso que separa lo pequeño de lo grande, lo humilde de lo soberbio, lo insignificante de lo de mayor valía.

Se imponen estas dos fuerzas sobre todos los seres que integran el grupo humano, como una verdadera ne-

á la nada en Guadalajara, solamente aquél que soportó las fatigas, las penalidades, las vigiliass de un viaje á través de un desierto, para salvar la independencia de su patria!

Una hora después de haber salido el Ministro, solicitó hablarle uno de sus Generales más distinguidos, á fin de pedirle sus últimas instrucciones para la campaña que iba á emprender al siguiente día. Lo recibió sin vacilar, no obstante que el pulso faltaba hacía ya varias horas, y que su situación era completa y absolutamente desesperada. El señor Juárez discutió con él lo que era más conveniente hacer; su cerebro, casi exangüe, retenía aún qué personas residían en las poblaciones que iban á ser el teatro de la campaña, cuáles eran sus cualidades físicas y morales. Hizo abstracción de sí mismo en los momentos de morir, para no pensar más que en el bien público.

Concluída aquella conferencia, pálido y vacilante, se arrojó por la postrera vez en su lecho; lecho que cinco horas después, no era el lugar de descanso del Presidente, sino del hombre grande, del patricio que desaparecía de entre nosotros, pronunciando sus últimas palabras en bien de la República, del varón esforzado y justo á quien la naturaleza hizo nacer mortal y pequeño, y á quien la virtud hízole aparecer grande é inmortal, en la historia!!!

México, Julio 18 de 1903.

CONCEPCIÓN MALABEHAR.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## EL TRABAJO Y EL CAPITAL

CONSIDERADOS

### COMO DOS FUERZAS ANTAGÓNICAS.

Esta es la tesis que se me ha propuesto para su desarrollo en esta Conferencia.

Cuestiones muy arduas, por cierto, encierra la tesis enunciada; altos problemas de Economía Política contiene el estudio que bondadosamente se me ha confiado tratar.

Consideraciones de un interés general vendrán á fijar de un modo definitivo la solución requerida.

El trabajo y el capital son dos factores importantísimos de la vida de los pueblos civilizados, son el alma que vibra en la idea que engendra el progreso, son las dos fuerzas que obrando en el organismo de un pueblo, tienen una resultante que se llama grandeza.

Todos sentimos los efectos de esas fuerzas; su intensidad abarca el espacio inmenso que separa lo pequeño de lo grande, lo humilde de lo soberbio, lo insignificante de lo de mayor valía.

Se imponen estas dos fuerzas sobre todos los seres que integran el grupo humano, como una verdadera ne-

cesidad; vienen á constituir el oxígeno del bienestar: son la base de nuestros ideales de felicidad.

Desde el humilde labriego en el campo, hasta el opulento banquero en la Ciudad, términos forzosos del gran paréntesis que encierra á todos los grupos sociales, todos, sin excepción, se encuentran impelidos al trabajo, porque todos tienen necesidad de formar ó de fomentar un capital.

No, no podemos abstenernos de trabajar, no podemos rechazar el deber de ayudar á nuestros semejantes en la lucha eterna por la existencia. Nos lo impone la naturaleza, nos lo impone la sociedad, nos lo impone una dura ley, *lex dura*, pero grandiosa, pues ha impulsado al hombre á los grandes descubrimientos que forman la gran etapa de la humanidad, y que está constituida por este principio enunciado por Jehová: "Comerás con el sudor de tu rostro," que no es una maldición, sino que habiéndonos condenado á vivir, nos lo ha dado como una atenuante.

La solución de la cuestión, objeto de esta Conferencia, demanda el conocimiento exacto de lo que es trabajo, y de lo que es capital.

"Trabajo, según un autor, es todo esfuerzo continuo, teniendo por objeto la producción."

Leroy Beaulieu sostiene que el trabajo es una mercancía, el precio de ella es el salario.

El capital, dice Rossi, es el producto economizado, destinado á la producción.

Garnier sostiene que es el conjunto de valores acumulados.

Pero ciertamente que Garnier se inspiró al dar su definición, en Say que afirma que "El capital es una acumulación de valores abstraídos al consumo improductivo."

Passy expone que el "Capital es el producto neto de la vida humana, el excedente de su cuenta de debe y haber."

Otros autores, al definir el capital, lo hacen depender del trabajo: así por ejemplo, Bastiat, indica que "El capital es el trigo del trabajo," y el mismo Passy, citado antes, declara que "A medida que el capital aumenta, su parte proporcional disminuye á beneficio del trabajo."

Por todas estas definiciones, vemos que los autores no están de acuerdo al establecer la naturaleza de las fuerzas llamadas capital y trabajo.

En efecto, el trabajo, según un autor, "es un esfuerzo;" según otro, "es una mercancía."

El capital, según un autor, "es un producto economizado;" según otro, "es una acumulación de valores:" un tercero declara que "es un excedente de la cuenta del debe y haber de la vida humana;" un cuarto, afirma que "es el trigo del trabajo."

Todas estas definiciones, en sus términos, provocarían la confusión en mi estudio, y para la claridad con que me he propuesto exponer mis razonamientos, es necesario hacer de ellas una selección.

Analizaré la cuestión de este estudio, considerando al trabajo como un esfuerzo que tiene por objeto la producción, y al capital, como acumulación de valores, ó sea un valor aplicado á la producción.

Ahora bien, ¿la acumulación de valores es fuerza contraria al esfuerzo que tiene por objeto la producción?

Para resolver esta cuestión, me voy á permitir exponer algunas observaciones de hechos muy recientes; pero antes debo manifestar, que de todas ellas, resultan las siguientes conclusiones:

I. En tesis general, el capital no es fuerza contraria al trabajo.

II. En particular, tiene el capital manifestaciones de tal naturaleza, que representa en ciertas ocasiones, una fuerza contraria al trabajo.

Voy á demostrar, en el orden mencionado, las dos tesis que he enunciado.

El capital no es fuerza contraria al trabajo, y este gran principio lo proclama el ilustre Joseph Garnier, en las siguientes palabras: "Como el trabajo y el capital no pueden nada el uno sin el otro, su condición es buscarse siempre y servirse recíprocamente. Abundancia de capital, corresponde á abundancia de trabajo, alza de salarios, baja del precio de las cosas, facilidad y moralidad. *Se les ha presentado como necesariamente en lucha. Nada es más falso.* El acuerdo del trabajo y del capital, el alcance democrático del capital, es una de las bellas y consoladoras leyes que comprueba la Economía Política."

Más adelante, el mencionado escritor, después de haber asentado estas dos leyes: I. El interés de los capitales aumenta ó disminuye proporcionalmente á la escasez ó á la abundancia del capital. II. El salario del trabajo se aumenta ó disminuye proporcionalmente á la abundancia ó escasez del capital, concluye que la abundancia del capital produce al mismo tiempo la baja del interés, y la alza del salario; y que la escasez del capital produce al mismo tiempo la alza del interés, y la baja del salario.

De estas leyes que pudiéramos calificar de matemáticas por la exactitud que contienen, deduce el eminente

te escritor, que "No hay por lo mismo, como se ha afirmado con un grande error, hostilidad natural, necesaria, constitucional, entre el capital y el trabajo. Lo que hace competencia al capital, es el capital; lo que hace concurrencia al trabajo, es el trabajo. Esto es, la escasez de los capitalistas es lo que hace ó impone el aumento de interés; y es el gran número de trabajadores lo que hace disminuir el precio del trabajo. Los salarios están, evidentemente, en razón inversa del número de trabajadores."

De estos principios, de una verdad innegable, y que revelan un gran espíritu de observación, se desprende la formidable base que sostiene el gran principio de que "El capital no es fuerza contraria al trabajo."

Os ofrecí demostraros esta tesis con hechos muy recientes, y ya que la palabra del maestro me da la seguridad en mis apreciaciones, él será el que me conduzca, siguiendo sus leyes, á encontrar la verdad de la ley expuesta.

Hechos y nada más que hechos, me servirán como datos del problema para resolver la gran ecuación cuya incógnita se llama la verdad. Los hechos que voy á exponeros, los clasificaré en dos categorías:

- I. Hechos por los cuales el capital atrae el trabajo, y
- II. Hechos por los cuales el trabajo atrae al capital.

Con esta clasificación, sigo los principios de Garnier, quien expone, como ya vimos, que "La condición del trabajo y del capital es buscarse siempre, y servirse recíprocamente."

Hechos por los cuales el capital atrae el trabajo:

El más notable, sin duda, de todos ellos, por las trascendencias que ha tenido para el adelanto de las cien-

cias, es la revelación que la Francia nos hace de su inmenso amor por el progreso.

Ahí tenemos al capital atrayendo al trabajo en la fórmula más hermosa y delicada que puede concebirse, por medio de los torneos intelectuales á que se llaman los premios fundados por los legados de los ricos.

A través de esos torneos, han aparecido las gigantes figuras de Claudio Bernard y de Pasteur; á través de esos torneos es donde la química, la física, la medicina, han experimentado evoluciones tan formidables, que han cambiado por completo la faz de tal modo, que parece que la humanidad se empeña en quitar al milagro su carácter de sobrenatural, para imponerle la ley científica, y sujetarlo casi siempre á los moldes de la verdad matemática.

Como ejemplo, también muy notable, de que el capital atrae el trabajo, tenemos en otro orden de ideas el caso, muy notable por cierto, de Mr. Bernard N. Balker, antiguo Presidente de la Compañía de vapores "Atlantic Transport Company," que ha pasado á formar parte de la "International Mercantile Marine Company." Mr. Balker repartirá entre su antiguos empleados la suma de medio millón de dollars, siendo lo original de este reparto, el que cada empleado recibirá la cantidad que le corresponda en acciones de la International Mercantile.

La forma ideal en que Balker ha organizado la nueva Compañía, consiste en que ha hecho de sus empleados, sus asociados en las ganancias, puesto que les da acciones.

Esta es una de las aplicaciones del ideal moderno en la lucha del trabajo y del dinero.

En el caso, los beneficios del éxito alcanzan á la la-

bor y la premian. El trabajador no entrega por un simple salario la fuerza de su brazo. Participa él mismo de los productos que un conjunto de utilidades en juego van á obtener. En una palabra, y de un modo más claro: es el trabajo que comienza á obtener participación en los beneficios del capital.

La conducta de Balker, es la bondad misma, imponiéndose, como se impondrá al fin, completamente al mundo.

A la vista de estos actos que se multiplican en los Estados Unidos y en América, acude al espíritu un vago ensueño; se piensa en que parece venir muy cerca una época de abnegación y de altruismo, en que los hombres van á olvidar por fin sus odios y sus injusticias, y en que los espíritus, cansados de luchar, van á cantar por fin el himno sonoro de la fraternidad generosa, amplia, universal, sin límites, como la bondad de Dios.

Hoy el campesino arranca, más fatigosamente que nunca, los productos de la tierra, ó se muere de hambre, como esos pescadores de las costas de Bretaña.

De nada han servido las guerras y revoluciones. Nada han conseguido los odios para alcanzar la felicidad universal; Cristo hizo más por la felicidad, con su tranquilo ademán de apóstol, que lo que han hecho la dinamita y el cuchillo con sus violencias.

Una época de paz, de altruismo y de bondad, se impone.

El bien viene por la paz. La felicidad que no ha podido surgir por la guerra, surgirá por la ciencia generosa, por el saber, por el progreso, que hacen buenos á los hombres, así como los hace malos la ignorancia.

De Estados Unidos nos llega una manifestación de estos primeros pasos hacia la solución de un problema que encierra, quizá, la felicidad universal.

Como tercer ejemplo de que el capital atrae el trabajo, tenemos la conspicua figura de Morgan, el rey de las finanzas.

Las riquezas de Pierpont Morgan se calculan en lo privado, en cien millones de dollars, calculándose que los "trusts," sindicatos, corporaciones y empresas que tiene en su mano, representan más riquezas que todo el oro del mundo.

En efecto, el capital total de todas estas Compañías, es de *cinco mil doscientos diez millones, novecientos noventa y tres mil, trescientos ochenta y seis dollars*, y todo el oro del mundo, amonedado ó no, que hay en circulación, se calcula en *cuatro mil ochocientos cuarenta y un millones de dollars*.

Pues bien, el rey de las finanzas, como se ha dado en llamarle, da trabajo á más de un millón de hombres; así es que puede calcularse por familias, que un solo hombre hace el bienestar de cinco millones de seres humanos, entre hombres, mujeres y niños.

No hace aún mucho tiempo que este moderno monarca llamaba la atención del mundo entero con su proyectado "trust" naviero, de tal manera, que las cancillerías europeas hacían de un asunto mercantil todo un negocio diplomático, y en Alemania principalmente, el Emperador trataba en persona el asunto con el poderoso ciudadano de la nación americana. Pues bien, este coloso de la actualidad, con sus inmensas riquezas, es un interesante factor de actividad y de trabajo, y él mismo, personalmente, es *un infatigable*.

Aquí vemos de una manera admirable que el capital no está reñido con el trabajo.

Pero en el caso de Morgan, por una de esas anomalías propias de especiales circunstancias, resulta que, con motivo de algunas de sus combinaciones financieras, se le ha tachado de ser enemigo del trabajo, teniendo una fuerte oposición en ciertas operaciones, de parte del mismo Presidente de los Estados Unidos.

Por cuestión de método, este aspecto interesante de la vida de Morgan lo estudiaré más adelante.

Tenemos como cuarto ejemplo de la tesis que vengo sosteniendo, á la millonaria Jacob Vandervilt que personalmente vende té y cigarrillos á las damas más elegantes de Nueva York, en su pequeño establecimiento de la Quinta Avenida.

La poderosa familia Vandervilt, suplica á su pariente, la amenaza, la conmina, la regaña, y no obtiene contestación de la señora, que dice "que así como hoy los Vandervilt no se sonrojan porque sus abuelos hayan sido miserables, pronto los herederos, tampoco se sonrojarán, porque ella haya vendido té y cigarrillos."

Ventajosamente, en nuestro estudio, aparece la figura de Andrés Carnegie, el rey del acero.

Este millonario ha hecho sentir en muchas partes la bondad de su esplendidez; puede decirse que ha regado millones, y siempre con fines altamente humanitarios, y de gran significación.

Con sus espléndidos regalos han surgido universidades, talleres, fábricas y compañías. Por todas partes ha despertado el trabajo, y son muchas las instituciones que le bendicen.

Todos los Estados de la Unión Americana han sentido su benéfica protección; más aun Inglaterra, Irlan-

da, Cuba, el Canadá y Holanda, han sentido los benéficos efectos de la munificencia de Carnegie.

Un rasgo de su carácter está en que cuando Roosevelt señalaba La Haya á las potencias, en el asunto de Venezuela, Carnegie regalaba los millones necesarios para la construcción del templo de la Paz en la Capital de Holanda.

Carnegie es una de las brillantes figuras en que se adunan y armonizan admirablemente el trabajo y el capital.

De origen humilde, pues era hijo de un simple tejedor de Escocia, fué educado con severidad, pues el carácter de su padre era duro, enérgico y probo.

Se le inculcó desde su más tierna edad el amor al trabajo, el sentimiento del deber y la convicción de que no hemos venido á este mundo para divertirnos.

Por escasez de trabajo y de recursos en su tierra natal, Carnegie emigra á los Estados Unidos, radicándose en el Estado de Pensilvania.

Desde los doce años comenzó á trabajar en los telares con su padre.

A los catorce años entra en la administración de los telégrafos de Pittsburgo, y algunos años después, aparece como socio de Woodruff, inventor de los carros dormitorios. Poco después funda la Compañía "Keystone Bridge Works," y aquel tejedor de doce años, puede hoy gastar 137,000 francos diarios impunemente.

Carnegie, en sus empresas, cuenta con un personal de cerca de 135,000 individuos.

En el caso que estudiamos, el trabajo atrajo al capital, y hoy el capital de Carnegie es fuente productora de incesante trabajo.

Más tarde haré un estudio comparativo entre la obra

de Carnegie y la de Cecil Rhodes, el Napoleón de Africa.

Después de estas insignes personalidades que pudiéramos calificar como constituyendo casos particulares de la verdad de la tesis que vengo sosteniendo, tenemos en otro orden de ideas, fenómenos generales que también la confirman.

La emigración es uno de los fenómenos sociales más importantes y dignos de estudio, pero á mi estudio importa sólo manifestar, que la riqueza de un pueblo atrae la emigración de otros; es decir, el capital atrayendo al trabajo.

Y así vemos en las modernas estadísticas, que desde la caída del Imperio romano y quizá desde los orígenes de la humanidad, no había existido un movimiento emigratorio tan importante como el que se señala en la segunda mitad del siglo XIX.

La corriente emigratoria la constituyen principalmente los pueblos que en su vida económica pudieran calificarse de miserables, y esta corriente se dirige regularmente á los pueblos ricos.

Y así vemos que en Italia, cuya situación económica no es muy bonancible, va siendo mayor cada vez el número de habitantes que se expatrian.

En efecto, en el año de 1882 se expatriaron 67,682 italianos.

En el de 1898, 207,795.

En el de 1894, 114,566.

Y en el de 1901, 288,947.

España, Portugal y Austria-Hungría, son naciones cuya corriente emigratoria va en aumento constante.

La corriente emigratoria de los años de 1840 á 1880, se dirige principalmente á los Estados Unidos y Australia.



De 1880 á 1900 se extiende la corriente emigratoria á la América del Sur y al Africa, y en 1901 desembarcan en todo el territorio americano 800,000 europeos.

América es, pues, la elegida por las clases trabajadoras emigrantes.

Las riquezas de América atraen el trabajo de los europeos.

La exportación es también uno de los fenómenos económicos que nos revelan el trabajo y la riqueza de los pueblos.

La exportación que se traduce en productos del trabajo, que va en pos del capital que los consume, nos da una prueba evidente de la verdad de la tesis que sostengo.

El pueblo que más exporta, tiene que ser, indudablemente, el más rico, y así vemos que en los Estados Unidos, en los doce últimos meses terminados en el pasado mes de Marzo del presente año, el importe de las exportaciones ascendió á la suma de 1,414.786,954 dollars, quedando un balance á favor de los Estados Unidos, entre las exportaciones y las importaciones, de un total de 413.190,721 dollars. El trabajo de esta gran nación atrae esta enorme diferencia á su favor.

Aquí mismo, en esta nuestra querida patria, vemos la importancia del capital americano y cómo éste ha podido despertar la emulación y el trabajo en regiones que antes eran estériles é improductivas.

El reciente informe del Cónsul General Andrew Barlow, nos hace conocer que se encuentran invertidos en el territorio de nuestra República, *quinientos millones* de capital americano.

Este capital se traduce para nosotros en una poderosa fuente de trabajo representada por Compañías

de todas clases, Bancos, "trusts," fábricas, fundiciones, ferrocarriles, minas, haciendas, ranchos y granjas.

La paz que nuestro insigne Presidente, Señor General Don Porfirio Díaz, nos ha proporcionado, rigiendo los destinos de la nación, ha sido un poderoso factor para que por primera vez en la historia económica de los pueblos, veamos que si la regla general es que el capital atraiga al trabajo, en nuestra patria, y por la inteligente labor de nuestro ilustre Presidente, resulta que el trabajo ha atraído al capital extranjero.

No todos los pueblos pueden contar con el mismo orgullo.

Ahora bien, que el Señor General Díaz ha sido un importante factor del trabajo y por consiguiente de la riqueza nacional, no se puede negar, nos desmentiría la estadística de nuestros presupuestos, que son la nota revelante con sus abrumadoras cifras, de que en la República Mexicana hay un constante aumento de trabajo y de riqueza.

Cuando recordamos que en épocas aciagas, el tesoro nacional no alcanzaba á satisfacer las necesidades de la República, y vemos ahora que los ingresos se calculan en una cantidad no menor de *setenta millones de pesos*, para el presente año fiscal, no podemos menos de admirar la obra del Señor General Díaz, que ha podido, en el término de siete años, duplicar casi las rentas federales, siendo este un signo muy significativo, de que en México el capital aumenta, y aumenta por las facilidades que se le presentan para su prosperidad, y que con el aumento de capital aumenta el trabajo.

Dos signos inequívocos del progreso á que nos ha conducido nuestro Ilustre Primer Magistrado, por eso la confianza pública lo proclama hoy su candidato, y

mañana lo proclamará como electo para regir los destinos de la nación.

La primera tesis que propuse está suficientemente demostrada con lo ya expuesto; paso ahora á estudiar brevemente la segunda tesis, pues aun tengo que estudiar la parte más interesante de la misión que se me ha confiado.

Así, pues, voy á tratar de examinar si en efecto el trabajo atrae el capital.

Ya cité á Carnegie, que por medio de su trabajo levanta un formidable capital, á Rockefeller, el rey del petróleo, que de humilde sirviente del cura de su aldea, se levanta á la categoría de potentado, haciendo temer con su "trust" de la Standard Oil, el monopolio del petróleo en nuestra República. A Krupp, que desde un humilde taller, se levanta con sus blindajes para construir las grandes fábricas que llevan su nombre en Alemania.

A Westinhouse con sus frenos automáticos.

A Howe con su invento de la aguja de coser en máquina.

Y en otro orden de ideas, á Yersin, con su suero anti-pepestoso.

A Pasteur, á Roux, y tantos otros que en la lucha por la vida han vencido con su constancia y su trabajo, luchas que se transforman en espléndidos torneos, cuando el cable nos anuncia la apertura de alguna exposición, verdaderos certámenes del trabajo.

Aquí tenemos, por último, ese gran esfuerzo de la labor humana, que se llama "The New York Herald," periódico que nace, por decirlo así, de una manera singular. En sus principios, el fundador tenía por silla una caja vacía, por pupitre una tabla colocada sobre dos

barriles, y por capital doscientos dollars, es decir, lo indispensable para que el periódico viviera una semana.

El fundador era, á la vez, propietario, editor y redactor.

Hoy da ocupación á setenta cajistas, veinte conductores de máquinas, una multitud de aprendices y mozos, un ejército de repartidores y vendedores. Se imprime en una hora, y es el primer periódico de los Estados Unidos.

Entre sus hazañas, cuenta la de haber mandado á Stanley á buscar á Livinston, y ha armado buques de vapor, propios para explorar las regiones árticas del polo.

En consecuencia, el trabajo no es fuerza contraria del capital, y por lo que ya expusimos antes, el capital tampoco es fuerza contraria al trabajo.

De estas dos conclusiones se desprende que el capital y el trabajo no son fuerzas antagónicas.

Pero muchas veces el trabajo lucha sin encontrar un capital debido.

Aquí tenemos, por ejemplo, á las infelices mujeres que van á trabajar á las profundidades de las minas de Bélgica, donde pasan el resto de su existencia sepultadas en profundidades de más de dos mil pies bajo el nivel del suelo.

Desde los catorce años se pasan la vida trabajando doce horas diarias, arrancando á las entrañas de la tierra sus tesoros. Aquí tenemos á tantos héroes de su deber, sacrificándose por el cumplimiento de sus obligaciones, como el bombero William Mac Mally, muerto recientemente en un incendio de Nueva York, por salvar á un anciano que se asfixiaba en el piso más alto de la casa.

El Jefe de los bomberos, al ver que se moría Mac Mally, se le acercó diciéndole: "El cuerpo de bomberos está formado por valientes; pero usted es el más valiente de todos."

El héroe murió con una sonrisa al oír esto, encontrando como única recompensa de su trabajo aquel elogio, que como un grato perfume, se llevaba á la tumba.

Pero en estos casos y en otros parecidos, puede decirse que el capital es fuerza contraria al trabajo?

Para resolver esta cuestión, paso á la segunda parte de mi estudio, concebida en los términos siguientes:

En particular: tiene el capital manifestaciones de tal naturaleza, que representa en ciertas ocasiones una fuerza contraria al trabajo.

Si pudiéramos comparar á la armonía que existen entre el capital y el trabajo á toda una entidad orgánica, y pudiéramos decir que constituye todo un organismo, sin temor de equivocarnos, podríamos afirmar también, que ese organismo tiene y padece sus enfermedades, á veces tan agudas que los poco observadores en asuntos económicos ven en esas enfermedades algo así como fuerzas antagónicas que luchan y tratan de destruirse.

Pero ese antagonismo de semejantes fuerzas, no existe, sino por un error de observación y por una exageración en la apreciación de los síntomas.

Las enfermedades, por decirlo así, á que está sujeto el organismo llamado "armonía entre el capital y el trabajo," son de tal trascendencia, que siempre significan interés para todo hombre civilizado, pues la sociedad toda se conmueve cuando ese organismo se encuentra afectado, porque la sociedad y nadie más que la sociedad, es la que resiente todos los efectos de semejantes alteraciones.

Voy á examinar esas enfermedades, por el grande interés que despiertan, y por ser objeto principal de esta Conferencia.

No ha muchos años, se dió en Alemania una ley contra las Compañías extranjeras de Seguros por la cual se exigía á éstas dieran cuenta pormenorizada y periódica de los fondos que manejaban, y que invirtieran cuando menos el importe de las reservas en el mismo país alemán.

Esta ley se dió, porque así lo demandaban los intereses de los nacionales.

Las Compañías, á esta sabia ley, formularon una inconcebible oposición, y notificaron al Gobierno que se retirarían, continuando explotando algunas de ellas, sin embargo, concesiones particulares de algunos de los Estados alemanes.

El resultado á la desobediencia de esa ley, es que esas Compañías hayan sido expulsadas del territorio alemán, dejando por completo de existir desde el 30 de Junio del presente año, algunas de origen americano, inglesas y escandinavas.

¿Por qué las Compañías de Seguros se rehusaban, en su poderío de capitalistas, á dar las garantías á sus asegurados, que forman generalmente un gran grupo de la clase trabajadora, que busca un capital, con el ahorro de sus economías, de las cuales eran depositarias las Compañías de Seguros expresadas?

En el fondo de esta cuestión se ve palpablemente que el capital llamado Compañías, se divorciaba del trabajo, llamado en el caso asegurados.

No quiso el capital dar garantías al trabajo, y el capital fué expulsado, considerándosele, por lo mismo, como perjudicial.

¿Existía un aparente antagonismo entre el capital y el trabajo? en realidad, lo que había era una enfermedad á la que se le aplicó un enérgico remedio: la expulsión.

El estado antagónico entre el capital y el trabajo, puede observarse de una manera admirable en el juego.

Monte Carlo es el enemigo más formidable que puede tener un taller. Los dos mil ochocientos setenta y cinco millones de francos que según cálculos, se juegan anualmente en ese Casino del principado de Mónaco, son el latigazo más infame que el dinero de los ricos puede dar al trabajo de los pobres.

El juego es la enfermedad más aguda del organismo que venimos examinando, y tan esto es así, que el que juega es el infame bandido que roba al trabajo sus más preciosas horas, y á su hogar la tranquilidad y el honor, para verlos convertidos por el efecto de un albur, en un miserable dollar que podía, muy bien, haber adquirido con el esfuerzo de su brazo y con el honrado sudor de su rostro.

Otra de las enfermedades más palpitantes que tenemos que examinar, es la moderna esclavitud del niño en esa liberal nación conocida con el nombre de Estados Unidos del Norte.

No ha muchos días, el "New York American" publicaba un interesante editorial tratando la cuestión.

En los Estados Unidos desde hace más veinticinco años se ve á muchachos de ocho á doce años, con rostros pálidos y descoloridos, manejando bobinas en una

fábrica de Connecticut; niños de cuatro á cinco años empleados en las fábricas de tabacos de New York y Brooklin; se ha visto trabajar á niñas tan pequeñas, que para alcanzar su trabajo, se trepan á una silla, y á muchachos de siete años, dedicados á trabajos nocturnos en las minas de carbón de Pensilvania.

¿Y los padres qué hacen entretanto?

Los informes oficiales declaran que vagan por las calles fumando sus pipas, y al medio día van á almorzar con el dinero miserablemente ganado por sus pequeños.

Otro de los síntomas que revelan cierto antagonismo entre el capital y el trabajo, es la cuestión eterna que ha agitado desde hace siglos á los irlandeses con relación á sus señores.

Inglaterra se ha opuesto siempre á reconocer á los irlandeses la propiedad de tierras en territorio irlandés, fundada en ciertos antecedentes históricos.

En este caso se ve á los ricos Lores de Inglaterra negar una fracción de tierra á los trabajadores irlandeses.

La cuestión parece que toca á su fin. Ya era necesario el remedio, y el Lord Wydhman ha presentado un interesante proyecto.

Las huelgas son también síntomas reveladores de una intensa alteración entre el trabajo y el capital. ®

Aquí en México, afortunadamente, no asumen las masas obreras la terrible actitud con que se muestran en Europa y en los Estados Unidos; sin embargo, parece que no por eso dejan de ser menos frecuentes.

Nuestra atención en estos días ha estado fija con motivo de las huelgas de Orizaba, Monterrey y la provocada por unos trabajadores mexicanos en California.

La huelga de Monterrey, provocada por el capital que pretendía abusar del trabajo, tuvo como consecuencia inmediata el que los trabajadores pretendieran imponerse al capital, aumentando sus exigencias y como conclusión, un nuevo arreglo entre obreros y patrones, con la mediación del señor Presidente de la República.

La huelga de Orizaba fué motivada por la presencia de un individuo, teniendo como inmediato resultado, el que 690 trabajadores y su familias sufrieran las consecuencias de su inacción.

Terminó después de varios incidentes, con la aceptación de los obreros, de las antiguas tarifas.

La huelga de mexicanos en California obedeció más que á otras causas, á la imprudencia de los trabajadores que ignoraban por completo las condiciones del medio en que iban á trabajar.

Examinando estas huelgas, un conocido escritor declara que ellas no pueden considerarse como el síntoma de esa lucha entre el obrero y el patrón por haber obedecido á causas enteramente incidentales.

Sin embargo, ellas son el síntoma de lo que podrán ser en el porvenir, si un sentimiento de verdadera justicia no rige en lo sucesivo la conducta de los patrones respecto de sus trabajadores.

Con motivo de esa lucha entre el capital y el trabajo, del cual son nota revelante las huelgas, se han ensayado algunos procedimientos para destruirlas.

Con motivo de una huelga notable en Holanda, se enviaron á las fábricas á los individuos del ejército, que

llevaban consigo la disciplina, desconocida por los huelguistas.

Otras veces, como aconteció en la huelga de criados de Nueva York, se unen todos los patrones y rebaten con éxito la huelga, no aceptando más el servicio de los revoltosos. En fin, se ven verdaderos rasgos de ingenio tanto por parte de los capitalistas como por parte de los trabajadores, para hacer triunfar su respectiva causa.

Pero entre todos los medios que se han puesto en práctica para que esas luchas no puedan realizarse, indudablemente los más serios son los siguientes:

Una ley del trabajo, dada por todos los interesados, como aconteció con la Asociación Nacional de Manufactureros, reunida en Nueva Orleans, en la que se estableció el siguiente principio: "La buena fe debe constituir la base entre obreros y patrones, en todos sus tratos."

Y una Compañía de "Seguros Contra Huelgas," como la que se pretende constituir en Indianópolis, Estados Unidos.

Una Compañía semejante sería el trust del capital en su lucha contra el trabajo, y su fuerza sería incalculable, pues los obreros no podrían contar ya para lo sucesivo con las pérdidas de sus patrones, para obligarlos á acceder á sus exigencias; esta Compañía hará evolucionar por completo el carácter actual de la huelga.

Por último, no puedo dejar pasar inadvertidas en el examen que vengo haciendo, dos cuestiones sumamente importantes, y son el estudio de los trusts y la comparación que os ofrecí hacer de la obra de Carnegie, comparada con la de Cecil Rhodes, en Africa.

Los trusts son una de las más vastas combinaciones financieras, inventadas por los multimillonarios americanos.

Un trust se asimila mucho á lo conocido entre nosotros por monopolio, con la diferencia de que el antiguo monopolio se fundaba en un privilegio excepcional concedido por el Gobierno, privilegio que quedó abolido por nuestra Constitución, y el trust no se funda en privilegio alguno especial, sino únicamente en los millones de dollars de los individuos que forman semejantes sociedades.

El trust es enemigo declarado de las pequeñas industrias, á las que hace una guerra encarnizada y á muerte, estableciendo una competencia que no pueden sostener los pequeños capitales industriales que generalmente son destruidos sin misericordia.

Aquí, en los trusts, vemos cómo el capital se declara enemigo terrible del trabajo en una escala inferior á la que él desarrolla.

Actualmente el rey del trust lo es Pierpont Morgan, que tiene, á su vez, un enemigo formidable, el mismo Presidente Roosevelt, de la Unión Americana, quien ha sido suficientemente enérgico para hacer votar al Senado en sesiones extraordinarias, leyes salvadoras para el comercio y la industria y que atacan muy directamente á los trusts.

Y así se ha visto que después de votadas estas leyes, mientras el Presidente Roosevelt aprovechaba sus últimas vacaciones cazando leones en los alrededores de Cinnabar, la Corte de San Luis Missouri condenaba á Morgan á pagar una fuerte multa por haber conspirado contra la ley anti-trust; pues bien, no obstante de que conocemos los efectos desastrosos de los trusts,

para las pequeñas industrias, que son, indudablemente, las más abundantes, y que, por lo tanto, hay que proteger más, aun no tenemos una ley anti-trust, que venga á ampararlas y defenderlas.

Todo lo contrario, sin comprender el alcance económico de la cuestión, contribuimos poderosamente á la formación de los trusts, como ha sucedido muy recientemente con el trust cigarrero que tiene como Presidente al Sr. S. F. Heat.

Hoy por hoy, no hay que temer la alza inmoderada del artículo por la formación de esta Compañía, porque afortunadamente aun no se encuentra en condiciones de hacer una fuerte competencia á los demás industriales en el ramo, competencia que le resultaría perjudicial, porque en la República puede ensancharse el cultivo del tabaco hasta límites imposibles de precisar, lo que traerá consigo la concurrencia de fuertes y quizá más poderosos capitales que hagan pendant á la nueva empresa.

Tampoco estamos exentos de los perjuicios que causan los trusts, y puede decirse que ya éstos han pretendido hacernos sus víctimas.

El poderoso Rockefeller, con su trust del "Standard Oil," adquirió en propiedad la línea ferrocarrilera de San Luis Potosí á Tampico, y lo primero que hizo fué modificar aumentando las tarifas que la antigua empresa tenía establecidas para el transporte del petróleo, estorbando de este modo la salida de los productos de los grandes capitales actualmente invertidos en las explotaciones petrolíferas de la costa de Tamaulipas. Pero afortunadamente, contra esos trusts ferrocarrileros, que son por hoy los más peligrosos para nosotros, se ha dejado sentir ya la acción previsorá del Gobierno,

estableciendo un control efectivo que ha tenido torpes detractores, pero que, en realidad, es digno de todas las alabanzas de los buenos.

El Gobierno mexicano ha conseguido asegurar su predominio en las interesantes líneas del Interoceánico y del Ferrocarril Nacional Mexicano, adquiriendo acciones que le dan una mayoría importantísima en las decisiones del "Voting Trust."

Con la preponderancia del Gobierno sobre la vía nacional de Tehuantepec, sobre el Interoceánico, y sobre el Ferrocarril Nacional Mexicano, el "control" será de suma importancia, pues una vez que el Interoceánico sea vía ancha, la República contará con un sistema completo que, no solamente la libraré de las brutales opresiones de esas gigantescas fuerzas que hoy sujetan la acción libre y expansiva de una nación tan poderosa como la República de Norte América, sino que le permitirá colocar entre su "Activo" un valor de gran porvenir. Bien por el Señor General Díaz, que en su acción altamente moralizadora, ampara "los grandes intereses nacionales contra las maniobras expoliadoras de esas brutales concentraciones del capitalismo moderno, en pugna con esa inmensa legión de indefensos, que se llama el público."

He concluido. De todo lo que dejo expuesto, resulta palpable que el Capital y el Trabajo ofrecen dos aspectos muy interesantes en la vida económica de todos los pueblos. Uno, el principal, el que siempre debe constituir el ideal eterno en todas las naciones del globo, es el de una perfecta armonía entre esas dos fuerzas, Capital y Trabajo.

El otro, por el que siempre deben preocuparse los legisladores, al que hay que considerar como una verdadera enfermedad á la que hay que aplicar un pronto remedio, porque la sociedad sufre y se agota con la dolencia, es el aparente antagonismo que en ciertas ocasiones presentan estas dos fuerzas: Capital y Trabajo.

Si se me dijera que personalizara esos dos aspectos, diría que la armonía es Carnegie y que el antagonismo es Cecil Rhodes.

En efecto, mientras que Carnegie regala millones al trabajo, Cecil Rhodes arranca y arrebatá á los boeros sus riquezas de Johnsburgo y de Pretoria; mientras Carnegie lucha con Booker T. Washington, por la emancipación de la raza negra en los Estados Unidos, Cecil Rhodes lucha por la esclavitud de un pueblo, como el boero, que es grande en sus triunfos y heroico en sus derrotas.

Mientras Carnegie lucha por la expansión del trabajo y por su libertad, levantándose como un gran caudillo sobre la fuerza incontrastable de sus millones, Cecil Rhodes lucha por la pérdida de una soberanía, rodeando al Transvaal con el cinturón formidable de las ciudades enemigas, que se levantan en las fronteras de las Repúblicas, muertas al conjuro de los millones de Rhodes.

Mientras Rhodes encuentra el apoyo del Gobierno inglés para sus proyectos de vasallaje, Carnegie encuentra el apoyo del mundo entero para sus obras filantrópicas, y mientras Cecil Rhodes va á la tumba, llevando la maldición del pueblo boero, Carnegie vive aún con las bendiciones de la humanidad entera.

¡Oh Carnegie! ilustre benefactor, que jamás respire tu bondad los miasmas que emponzoñaron el alma de Rhodes, y que siempre tus días se vean iluminados con

ese girón de gloria que hoy visita mi querida Patria con la presencia de los generales boeros que vienen en pos de hospedaje al territorio nacional!

Y tú, mi querida Patria, que eres grande en la lucha y grande en la paz, no olvides con tus sabias leyes al trabajador, á esa generosa colmena de tu progreso, á esa humilde hormiga de tu prosperidad; tu misión es muy grande para con él, él ha sido el firme sostén de tus instituciones y de tus libertades, él ha sacrificado su vida en aras de los grandes principios de tu democracia, él ha sido el factor importantísimo de tu estabilidad. Es tiempo ya de que lo hagas feliz, es tiempo ya que del seno de la Representación Nacional brote una ley que lo salve del naufragio de las huelgas y del abuso de los patrones, una ley equitativa y justa, para que seas la primera nación del orbe que inscriba entre sus instituciones el principio soberano de que la armonía siempre debe existir entre el Capital y el Trabajo.

México, 25 de Julio de 1903.

LUZ YARZA.

## HISTERIA.

La sombra del misterio envolvía á la Madre Naturaleza. . . . . El arcano insondable guardaba en su seno la materia prima que brotara de las manos del Creador. La formación de los seres que habitaran el infinito, surgió á semejanza de la dorada espiga que brota en las sementeras y fué á disipar con argentada luz la negra obscuridad del firmamento, y . . . entonces hubo vida y la naturaleza despertó de su letárgico sueño, y uno por uno de los seres que la poblaran exclamaron en armonioso concierto: "Gloria á Dios en la alturas."

Y esto que decimos del Universo-mundo, ¿no podríamos aplicarlo igualmente á la vida animal? Ahí, adonde el hombre ha descifrado el enigma de las circunvoluciones fisiológicas, adonde el estudio ha establecido su trono y adonde la Medicina, la augusta matrona de las ciencias de observación, ha fijado sus sorprendentes leyes.

Cuando nos remontamos en alas de la fantasía, atravesamos el inmenso océano de los tiempos, y nuestra vista tropieza con los gigantescos monumentos de los primeros pueblos que hollaron con su planta el suelo de nuestro planeta, y en ellos encontramos los simbólicos jeroglíficos que nos refieren la lucha que el hombre ha



ese girón de gloria que hoy visita mi querida Patria con la presencia de los generales boeros que vienen en pos de hospedaje al territorio nacional!

Y tú, mi querida Patria, que eres grande en la lucha y grande en la paz, no olvides con tus sabias leyes al trabajador, á esa generosa colmena de tu progreso, á esa humilde hormiga de tu prosperidad; tu misión es muy grande para con él, él ha sido el firme sostén de tus instituciones y de tus libertades, él ha sacrificado su vida en aras de los grandes principios de tu democracia, él ha sido el factor importantísimo de tu estabilidad. Es tiempo ya de que lo hagas feliz, es tiempo ya que del seno de la Representación Nacional brote una ley que lo salve del naufragio de las huelgas y del abuso de los patrones, una ley equitativa y justa, para que seas la primera nación del orbe que inscriba entre sus instituciones el principio soberano de que la armonía siempre debe existir entre el Capital y el Trabajo.

México, 25 de Julio de 1903.

LUZ YARZA.

## HISTERIA.

La sombra del misterio envolvía á la Madre Naturaleza. . . . . El arcano insondable guardaba en su seno la materia prima que brotara de las manos del Creador. La formación de los seres que habitaran el infinito, surgió á semejanza de la dorada espiga que brota en las sementeras y fué á disipar con argentada luz la negra obscuridad del firmamento, y . . . entonces hubo vida y la naturaleza despertó de su letárgico sueño, y uno por uno de los seres que la poblaran exclamaron en armonioso concierto: "Gloria á Dios en la alturas."

Y esto que decimos del Universo-mundo, ¿no podríamos aplicarlo igualmente á la vida animal? Ahí, adonde el hombre ha descifrado el enigma de las circunvoluciones fisiológicas, adonde el estudio ha establecido su trono y adonde la Medicina, la augusta matrona de las ciencias de observación, ha fijado sus sorprendentes leyes.

Cuando nos remontamos en alas de la fantasía, atravesamos el inmenso océano de los tiempos, y nuestra vista tropieza con los gigantescos monumentos de los primeros pueblos que hollaron con su planta el suelo de nuestro planeta, y en ellos encontramos los simbólicos jeroglíficos que nos refieren la lucha que el hombre ha

sostenido siempre con la muerte, esa transición de la vida material á la espiritual, entonces comprendemos todo lo que ha tenido que combatir esa noble ciencia que al fin se ve coronada con la diadema que le formaran los eminentes sabios que la comprendieron y ejercieron tan sublime apostolado.

Y todo lo que en este deficiente trabajo ocupará brevemente vuestra atención, será el estudio de cierta clase de enfermedades que tienen como causa la degeneración del sistema nervioso. Hablaremos de la histeria.

El cerebro, una de los órganos más importantes de la vida animal, no es indispensable en los seres inferiores al hombre; así, una gallina á la que se le hayan extraído los hemisferios cerebrales, continuará viviendo, como también se producirán los fenómenos de la vida vegetativa; pero todo acto voluntario y razonado habrá desaparecido; semejará ese ser desgraciado á un automóvil hábilmente manejado, la gallina no tomará alimento si éste no se le pone en el pico.

En el hombre, el cerebro ha alcanzado tal grado de desarrollo que es totalmente imposible vivir sin la existencia de dicho órgano.

Del cerebro, como igualmente de la médula espinal, parten esos hilos de color blanco que comunican las diferentes partes de nuestro organismo con los centros nerviosos. ¡Con cuánta razón se les ha comparado á una red telegráfica! Ellos son los que llevan la más pequeña de nuestras sensaciones y al recibir órdenes de la voluntad, transforman aquéllas en movimiento el cual es ejecutado por nuestros músculos.

Mucho se ha discutido acerca de la naturaleza de las turbaciones conocidas con el nombre de histeria; algunos autores aseguran que es una enfermedad cuyas

causas son únicamente de orden físico, y otros hacen intervenir el estado moral. Briquet, Sollier y algunos otros, aseguran que la histeria es una neurosis cuyo sitio se encuentra en el sistema nervioso central.

La histeria se manifiesta por perturbaciones nerviosas, dignas de fijar en ellas nuestra atención por su originalidad.

Antiguamente se tenían á las personas atacadas de esta enfermedad, como hechiceras, es decir, se creía que tenían pacto con el diablo.

En general, podemos decir que tienen turbaciones en la sensibilidad, en la movilidad, en las funciones sensoriales y de la vida vegetativa.

Entre las primeras, se cuentan la hiperestesia (aumento de sensibilidad) y anestesia (diminución ó pérdida de la misma).

Cuando sufre un aumento de sensibilidad, hay dolor en la piel y las enfermas distinguen claramente aun las más mínimas diferencias de peso, temperatura, superficie de varios cuerpos, pudiendo distinguir á unos de otros sin necesidad de mirarlos.

En algunas histéricas, se desarrollan de tal manera sus sentidos, que muchas veces solamente por el olor, por los pasos, conocen á una persona, aunque ésta guarde, respecto de ella, alguna distancia. Otras tienen verdadero placer en oler substancias desagradables para los demás, por ejemplo: el asafétida y las plumas quemadas. Padecen, además, neuralgias, palpitaciones, jaquecas, dolores articulares, disnea.

La hiperestesia es tan inconstante como la anestesia, aunque ésta es más común; la última puede tener dos formas: la llamada anestesia propiamente dicha, y la analgesia ó anestesia en el dolor. Invade generalmente

los músculos, la piel en la cual se sienten hormigueos; las mucosas principalmente las de la nariz, de la faringe, de la boca y de los ojos, por cuya razón algunos se vuelven amauróticos.

Un fenómeno curioso se verifica cuando la anestesia y la analgesia invaden á la piel, á los músculos y á las articulaciones, y consiste en la imposibilidad de ejecutar un ejercicio cualquiera, aun cuando se tenga voluntad para hacerlo, si no se dirigen sus miradas sobre el miembro que tratan de mover.

Las parálisis y las convulsiones constituyen las perturbaciones del movimiento.

Las primeras tienen diversos sitios, siendo más frecuentes las de la cara, del esófago, del diafragma y las de las extremidades. Rarísima es la ocasión en que las cuatro extremidades están paralizadas, por lo común ó sólo las de un mismo lado son las atacadas (hemiplejía), ó bien las inferiores (paraplejía).

En cuanto á las convulsiones, pueden ser parciales ó generales, con ó sin pérdida de conocimiento. Algunas veces llegan á ser verdaderos ataques. Muy variados son los síntomas precursores de estos accesos y se reducen á entristecimiento profundo, con días ú horas antes del acceso, zumbidos de oídos, sofocaciones, vértigos, malestar, ofuscación de la vista, bostezos, asperezos, palpitaciones, meteorismo ó desarrollo de gases y eructos.

En la mayor parte de los casos, sienten una especie de bola, llamada bola histérica, que produce contricción y sofocación al subir del vientre á la garganta. Por fortuna, este ataque dura poco, media hora cuando más; pero después repite y entonces los síntomas son más alarmantes; la opresión, las palpitaciones cardíacas

son mayores; aunque están aparentemente privadas estas enfermas de la inteligencia, no lo están realmente, por lo cual pueden escoger un lugar adonde caigan sin lastimarse. Esto da lugar á que muchas personas no crean que verdaderamente sufran ataques, sino que se les figura que son fingidos; la enferma cae dando un grito penetrante, las convulsiones son tan enérgicas y tan frecuentes, que muchas veces no bastan las fuerzas de personas vigorosas para sostenerlas; su respiración convulsiva es entrecortada por los gritos, tienen espasmos de la glotis y presentan síntomas de asfixia.

Después de algunos minutos, en unas ocasiones, y de algunas horas, en otras, todos estos síntomas se van debilitando hasta que desaparecen y la enferma recobra sus facultades intelectuales, aunque por la contracción de sus músculos no puede hacer uso de la palabra inmediatamente.

Cuando los accesos terminan, la enferma se pone muy cariñosa, le dan ganas de abrazar á las demás personas, y por cualquier motivo ríe ó llora con persistencia.

Por una inmensa fatalidad estos ataques pueden repetir de 2 á 3 hasta el considerable número de 50 á 60, en el intervalo de una hora, y pueden durar hasta varios días.

No es raro verlos terminar por un síncope prolongado, por el éxtasis, la catalepsia, ó por el sonambulismo.

El éxtasis es explicado por la suspensión de los movimientos voluntarios y por la del uso de los sentidos.

Cuando les sobreviene el acceso, las personas se quedan como petrificadas, en la misma posición que tenían; por eso algunas veces se les encuentra sentadas, otras arrodilladas, de pie, etc.; permanecen inmóviles é in-

diferentes á todo lo que acontece á su derredor, en tanto que su inteligencia se halla sumergida en un pensamiento que atrae toda su atención.

Aunque este fenómeno tiene á veces como causa la histeria, viene con más frecuencia por los excesivos trabajos intelectuales, sobre todo, si son abstractos, como le sucedió á Arquímedes, ó por la meditación en asuntos divinos, tales como Santa Teresa de Jesús y el Apóstol San Pablo.

La cara se les pone pálida, los ojos abiertos con la mirada fija hacia el cielo generalmente, y la boca entreabierta.

La catalepsia y el éxtasis son muy semejantes. Tanto en el primero como en el segundo caso, las personas conservan sus miembros en la posición que se les quiera dar, aunque sea muy molesta y contraria á su voluntad; pero se diferencian en que en aquella, las facultades intelectuales, sí están suspendidas, y en aquél, ya hemos visto que continúan funcionando y trabajan aún más que en el estado normal.

En ninguno de estos dos fenómenos se alteran las funciones de la vida vegetativa, lo que hace que se distingan del síncope.

El sonambulismo es fenómeno bastante curioso, porque durante él, las enfermas ejecutan una serie de movimientos extraordinarios; debido á sus sueños penosos, se levantan y se pasean ya con la mirada fija, ó bien con los ojos cerrados, y después de hacer lo que quieren, vuelven á su lecho. Si se les despierta, se apodera de ellas un gran temor, dan gritos, y á veces les atacan convulsiones. Al otro día no conservan ningún recuerdo de lo que hicieron durante su sueño.

Un autor nos refiere el caso de una niña húngara ex-

tremadamente delicada, histérica, que se levantaba en la noche, se ponía á cantar canciones alemanas, inglesas, francesas, húngaras, con muy buena voz, se paseaba en su pieza, débilmente alumbrada, luego se ocultaba detrás de un armario de luna ó un tocador, ni oía ni veía á su madre que estaba allí, y después volvía á acostarse al cabo de un cuarto de hora. Si para sacarla de ese estado, se le sacudía, caía, arrojando un grito, y presa de temblores y de hipo.

Se comprende fácilmente, por lo dicho, que aunque en este fenómeno las relaciones del alma con los sentidos se suspenden por un momento, la facultad de formar ideas persiste, así como la que permite producir movimientos.

Existe también en las histéricas una gran tendencia á dormir; así pueden durar 2 ó 3 días durmiendo y despertando únicamente de vez en cuando para satisfacer alguna de sus necesidades, ó bien caen en un verdadero estado letárgico, durando hasta seis meses. Entonces su respiración es apenas apreciable, su pulso débil é intermitente, la piel fría y seca. Sin embargo, este sueño es muy distinto de aquel que viene cuando los ataques histéricos terminan, y que por lo regular su duración es corta.

Muchos casos desgraciados se refieren en la historia de estas somnolencias, pues como las enfermas están aparentemente muertas, se han dados casos ya de que se les entierre vivas. ¡Cuán infelices serán estas personas! Estar oyendo que las acompañan á buen morir, después que las colocan en el féretro para llevarlas á la sepultura y muchas veces que las cubren con tierra, sin poder decir una palabra ó hacer alguna manifestación que indique que aun conservan un átomo de vida.....

La histeria no es una enfermedad grave, pero hace la vida todavía más penosa y más llena de sufrimientos.

Aunque es difícil de curarla, algunas veces se logra un éxito completo cuando sus causas son conocidas y accidentales. Por lo general, es rebelde á la terapéutica.

El tratamiento general empleado en la curación de una histérica es bastante difícil, y los médicos tienen necesidad de estudiar atentamente todos los síntomas que presenta el estado de su entorpecimiento cerebral.

Además, las histéricas casi siempre niegan que su mal dependa de turbaciones en el sistema nervioso; pero inconscientemente sí lo creen así, y para que el tratamiento impuesto por el médico obre de una manera favorable, hay necesidad de que la enferma comprenda que el facultativo conoce su enfermedad hasta en sus menores detalles. Ahora bien, como en muchos casos en los niños y las jóvenes, la histeria tiene por causa, y es preciso entenderlo bien, el *exagerado consentimiento que los padres y sobre todo la madre*, tienen por satisfacer hasta los menores caprichos de sus hijos, hay necesidad, una vez comprendido perfectamente el estado patológico de una enferma, de imponerle un tratamiento que se vea obligada á hacerlo, pero sin que llegue á suponer que sea un procedimiento irracional, sino que se vea claramente el fin que persigue, que es el de lograr su completa curación, de este modo habrá más probabilidades para lograrla. Sin embargo, para sacarlas del estado letárgico en que se encuentran, hay que tratarlas con cierta energía, y si es preciso, se les ocasionarán contrariedades, á fin de que, libres de sus reflexiones comprendan la conveniencia de este procedimiento. Esto no quiere decir que se las deba maltratar.

En la terapéutica de la enfermedad, el principal auxiliar del médico es la misma enferma.

Después de haber dicho que la exagerada condescendencia de una madre, que en muchas ocasiones ya sufre la misma enfermedad que más tarde atacará á su hija, es una de las principales causas de este terrible mal, es necesario comprender que el enemigo más importante de la histérica es la familia de la cual en muchos casos será preciso separarla, si se quiere obtener la curación.

Según los diversos síntomas que presenta la enferma, podrán emplearse medicamentos que contribuyan á hacer desaparecer los dolores neurálgicos, los espasmos; así se emplearán medicinas calmantes, en otras ocasiones tónicos ó bien excitantes. Uno de los que se emplean con mayor éxito en el primer caso, es el valerianato de amoniaco, contra los espasmos; el éter, el cloroformo de cocaína, todos como calmantes del sistema nervioso.

Entre los tónicos, el más importante es la hidroterapia, el arsénico; el fierro y la estriénina, son también sumamente útiles.

El aislamiento, sin que se entienda la claustración de la enferma entre cuatro paredes, obra de tres maneras bien definidas: fisiológica, psicológica y moralmente: en el primer caso, la enferma despierta su atención é impresiones debilitadas, y para esto habrá necesidad de colocarla en un medio enteramente nuevo, es decir, que las personas á quienes trate, la habitación en que viva y hasta el médico que la cura, sean extraños para ella. Para obtener la acción *psicológica* no se le dará á conocer la nueva vida que la espera; entonces su curiosidad se despertará y la enferma, al comprender que el mé-

dico va á ser en lo de adelante el único director al que habrá necesidad de obedecer, se somete de una manera sorprendente á sus menores indicaciones.

Por último, si la enferma comprende que, lejos de su familia ya no habrá mimos de ninguna clase, comienza á resignarse á todo lo que se le imponga.

A vosotras, queridas compañeras, toca el hacer cuanto esfuerzo sea posible para alejar de nuestra querida patria uno de los más graves males que la aquejan; sabéis que el progreso y adelanto de una nación sólo se obtiene con individuos fuertes y vigorosos, que, dueños de su voluntad, puedan alcanzar los últimos peldaños de la civilización.

¡Cuánta gloria ceñirá la frente de la Sultana azteca, cuando cada una de vosotras sea como el talismán que en alas del saber la conduzca hasta el trono del Empíreo; y cuando convertidas en poderosos robles, desafiéis el funesto huracán de la ignorancia!

Imitad entonces de la antigua Roma, la fuerza hercúlea de sus hijos; de la inmortal Grecia la página blanca de inmaculada belleza, y de la bendita diosa de los Trópicos, el candente ritmo del sentimiento cuyas notas nítidas y cristalinas se reflejarán de generación en generación en la glauca pupila de la madre mexicana, y..... entonces seréis grandes y fuertes, porque en el libro de la Inmortalidad habréis esculpido con letras de oro estas sublimes palabras: "DIOS, PATRIA, AMOR."

México, Julio 25 de 1903.

ISABEL GONZALEZ GARCIA.

---

## MICHOACÁN.

---

SRITA. DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

¡Ciencia! faro luminoso que anuncias el puerto de salvación á los que ansiamos llegar, después de haber andado errantes, luchando con las encrespadas olas del borrascoso mar de la ignorancia, y próximos á naufragar.

No podemos apreciar la intensidad de un peligro, cuando estamos próximos á perecer en él; sino hasta después de haberlo vencido, entonces es cuando á su vista sentimos horror, y damos gracias á la mano poderosa que nos ha arrebatado de la influencia de una muerte cruel: de la muerte intelectual.

Esa mano poderosa es la Ciencia, que nos señala la ansiada playa del saber, en la que podemos vivir sin temor de las tempestades. A ella le debemos gratitud y amor, porque viéndonos cercanos al precipicio, no nos ha dejado caer en él; sino que, tomándonos de la mano, nos ha enseñado á desafiar ese peligro. Es semejante

dico va á ser en lo de adelante el único director al que habrá necesidad de obedecer, se somete de una manera sorprendente á sus menores indicaciones.

Por último, si la enferma comprende que, lejos de su familia ya no habrá mimos de ninguna clase, comienza á resignarse á todo lo que se le imponga.

A vosotras, queridas compañeras, toca el hacer cuanto esfuerzo sea posible para alejar de nuestra querida patria uno de los más graves males que la aquejan; sabéis que el progreso y adelanto de una nación sólo se obtiene con individuos fuertes y vigorosos, que, dueños de su voluntad, puedan alcanzar los últimos peldaños de la civilización.

¡Cuánta gloria ceñirá la frente de la Sultana azteca, cuando cada una de vosotras sea como el talismán que en alas del saber la conduzca hasta el trono del Empíreo; y cuando convertidas en poderosos robles, desafiéis el funesto huracán de la ignorancia!

Imitad entonces de la antigua Roma, la fuerza hercúlea de sus hijos; de la inmortal Grecia la página blanca de inmaculada belleza, y de la bendita diosa de los Trópicos, el candente ritmo del sentimiento cuyas notas nítidas y cristalinas se reflejarán de generación en generación en la glauca pupila de la madre mexicana, y..... entonces seréis grandes y fuertes, porque en el libro de la Inmortalidad habréis esculpido con letras de oro estas sublimes palabras: "DIOS, PATRIA, AMOR."

México, Julio 25 de 1903.

ISABEL GONZALEZ GARCIA.

---

## MICHOACÁN.

---

SREITA. DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

¡Ciencia! faro luminoso que anuncias el puerto de salvación á los que ansiamos llegar, después de haber andado errantes, luchando con las encrespadas olas del borrascoso mar de la ignorancia, y próximos á naufragar.

No podemos apreciar la intensidad de un peligro, cuando estamos próximos á perecer en él; sino hasta después de haberlo vencido, entonces es cuando á su vista sentimos horror, y damos gracias á la mano poderosa que nos ha arrebatado de la influencia de una muerte cruel: de la muerte intelectual.

Esa mano poderosa es la Ciencia, que nos señala la ansiada playa del saber, en la que podemos vivir sin temor de las tempestades. A ella le debemos gratitud y amor, porque viéndonos cercanos al precipicio, no nos ha dejado caer en él; sino que, tomándonos de la mano, nos ha enseñado á desafiar ese peligro. Es semejante

á una madre tierna, cariñosa, que al ver á su hijo agobiado de sufrimientos, no puede permanecer indiferente, y que, olvidando sus faltas pasadas, corre á ayudarle y lo consuela, dándole al mismo tiempo tiernos y saludables consejos.

Mi objeto al presentar este imperfecto trabajo, ante las dignas personas que me rodean, no es el de manifestar mis conocimientos, que por cierto son muy reducidos, sino únicamente corresponder á la bondad de mi profesor. Me voy á ocupar de un estudio, que bien pudiéramos llamar, la Ciencia de las Maravillas Naturales.

La Geografía, ¡Ciencia hermosa!... cuyo estudio nos ayuda á precisar la distancia que nos separa de los seres más queridos; y por las producciones del terreno en que estas personas se encuentran, podemos adivinar sus pensamientos, sus gustos y hasta sus inclinaciones. ¡Cómo nos alegra este descubrimiento, y cuánta felicidad nos proporciona!

La palabra Geografía viene de dos voces griegas: *geo*, que significa de la tierra, y *graphos*, descripción, ocupándose, pues, de la descripción de la tierra.

Cuando estudiamos un tratado de Geografía, nuestros ensueños se suceden unos á otros, pareciéndonos que todo lo que describe lo estamos observando: ya nos parece ver la gigantesca y hermosa Catarata del Niágara, en cuya blanca espuma se refractan los vivificados rayos del sol, y al imaginárnosla, nos sentimos obligados á reconocer al Creador Omnipotente, porque no se puede atribuir á otra causa esta maravilla, ni compararse tampoco á las mejores obras humanas; ya se nos presenta el imponente é inmenso río de las Amazonas, que, como sabemos, es el más grande del mun-

do, y temblamos á la sola idea de que algún día nos podamos ver arrastrados por su impetuosa corriente, y ya otras muchas bellezas que podemos encontrar en las distintas naciones del mundo. Pero ¡á qué buscar en otras partes, lo que en nuestro país se puede admirar?

¡Si pudiéramos expresar todas las sensaciones que experimentamos al imaginarnos la majestuosa Gruta de Cacahuamilpa, con las caprichosas y variadas formas de sus concreciones! ¡Nos sentiríamos felices! y á pesar de que no lo podemos explicar, aumenta en nosotros el amor patrio. ¡Sentimiento noble que nos hace dignos de la tierra que habitamos! haciéndonos estudiar con mayor gusto, para que con nuestro pequeño contingente, el país en que hemos visto por vez primera los refulgentes rayos del Astro Rey, y en el que hemos recibido las primeras caricias de nuestros amorosos padres, llegue al más alto grado del progreso, y pueda contarse entre las naciones más civilizadas del mundo entero.

Voy á hablar de una parte de la República Mexicana, de un Estado cuyo nombre nos recuerda á los héroes más prominentes y que más se distinguieron en nuestra guerra de Independencia, del Estado de Michoacán; nombre que significa en su idioma, país de pescadores. Su Capital fué llamada en la época colonial, Valladolid, porque, según la opinión de varios autores, la ciudad del mismo nombre en España, fué la patria del primer Virrey de México, Don Antonio de Mendoza, por cuya orden se cree que fué fundada el año de 1541, y situada en el entonces valle de Guayangareo.

La población primitiva se reducía á la extensión ocupada hoy por los barrios de la espalda de San Francis-



co, Capuchinas y la Aldea, y estaba rodeada por varios pueblos de indígenas, tales como el de San Pedro, al Oriente; Chicácuaro y el "Milagro," al Occidente; la Concepción y Santa Catarina, al Sur; los Urdiales, y algunos otros, al Norte.

Los primeros pobladores de la ciudad, así formada, fueron, además de los indígenas, varios nobles españoles, entre los que se encontraba Don Juan Villaseñor Cervantes, de cuya familia descendía Don Agustín de Iturbide, primer jefe del ejército trigarante, consumidor de la Independencia Nacional, y Emperador de México.

El nombre de Morelia, que hoy lleva la residencia del Gobernador, le fué dado por decreto que expidió la Legislatura del Estado, en 12 de Septiembre de 1828, para honrar la memoria del digno hijo de este suelo, el benemérito de la patria, Don José María Morelos.

Morelia está situada á los  $19^{\circ}42'$  y  $12''$  de latitud Norte, y á los  $1^{\circ}46'$  y  $45''$  de longitud Occidental, contada con respecto al meridiano de México, y está asentada sobre una suave colina. Es plana en su superficie, con ligeros declives á los cuatro rumbos, faltando éstos sólo en una pequeña porción del terreno hacia el NE., única parte donde, en vez de pendiente, hay una elevación poco considerable. Por su lado Norte se ha formado una muralla natural, de mucha elevación, con motivo de haberse extraído de esos puntos las canteras, con que han sido construídos todos sus edificios. Por el Sur, corre un arroyo denominado Río Chico, que va á juntarse por el Oeste con el Río Grande, que corre por el Norte. El cauce de este río, enteramente azolvado, produce en la estancia de las lluvias desbordes que forman en los puntos más bajos, inundaciones pantanosas;

siendo las emanaciones de estos pantanos una de las principales causas de su insalubridad.

No son escasos, por cierto, los establecimientos de instrucción con que cuenta, como no han faltado hombres notables que se distinguan en los estudios tanto de las Ciencias, como de las Artes. Entre estos establecimientos tenemos el Seminario, el Colegio de San Ignacio, el ex-Colegio de Infantes, varias Escuelas de Instrucción Primaria, y el histórico Colegio de San Nicolás, cuyo nombre hace palpitar con violencia nuestro corazón, por los gratos recuerdos que encierra, siendo reputado como el primero que existió en América.

A fines del siglo XVIII, fué su Rector el noble anciano, el padre de la patria, el heroico cura de Dolores, cuyo genio gigantesco y clara inteligencia hicieron que se produjera en él esa reacción que ha inmortalizado su nombre, y que sublevó su pacífico carácter, indignándose contra el yugo tiránico de los españoles, dando así libertad y patria á la raza abatida y esclavizada, por este motivo en el corazón de todo aquél por cuyas venas corre la sangre de verdadero mexicano, hay un altar levantado por la gratitud.

Con motivo de la guerra de insurrección, se arruinaron los fondos de este Colegio, y tuvo que clausurarse el año de 1810. Así permaneció hasta el 17 de Enero de 1847, en que se abrió de nuevo, como Instituto civil, merced á los trabajos del Gobernador, C. Melchor Ocampo, quien siempre tuvo por el Establecimiento un interés decidido.

Las administraciones liberales han protegido con especial cuidado este plantel, y de sus aulas han salido profesores y alumnos á luchar por la libertad en las guerras que ha sostenido el país. Entre aquellos se pue-

den mencionar: al Sr. Hidalgo, que como vimos, fué Rector; el General Don Santos Degollado, que tan importantes servicios prestó á las populares revoluciones de Ayutla y Reforma; el Sr. Morelos, adalid esforzado y victorioso, y otros muchos que entusiastas por los principios que proclaman la regeneración social y política, los han defendido en los campos de batalla, en la tribuna y en la prensa.

Como recuerdos históricos, se encuentran, la casa donde nació, y en la que vivió el sostenedor del sitio de Cuautla, cuyo firme carácter nos admira, viviendo imperecedero su recuerdo en nuestra memoria. En la sala de la casa en que vivió, existe un retrato de éste, mandado hacer por la Junta patriótica de 1858.

Allí está también en un cuadro, un girón del pañuelo que le sirvió de venda al ser fusilado en San Cristóbal Ecatepec, el 22 de Diciembre de 1815. Esta reliquia la adquirió Don Juan N. Almonte, y la transmitió á los ascendientes del Sr. Lic. Francisco Pérez Morelos, pariente de aquel héroe.

Al pie de este cuadro se lee lo que sigue:

Hé aquí como reliquia venerada  
El lienzo funeral con que el tirano,  
Ocultó de Morelos la mirada  
Cuando el Mártir del pueblo mexicano  
En holocausto su preciosa vida,  
Ofreciera á una patria tan querida.

Al frente de la referida finca, está una lápida conmemorativa, con esta inscripción:

¡Morelos ilustre! ¡Héroe inmortal!  
En esta mansión que honró tu presencia,  
te saluda agradecido  
el pueblo de Morelia.

También está la casa en que nació el infortunado Emperador de México, Agustín I, y está situada en la calle de Iturbide. El Hospicio de hombres y el de mujeres, el Hospital civil, el del Sagrado Corazón de Jesús, el Monte de Piedad, son los establecimientos de beneficencia con que cuenta, y algunos otros.

Mencionaré algunos templos, y entre ellos la Catedral, que se halla colocada en medio de la plaza principal, y la de San Juan de Dios, dándole esta posición un aire grandioso, porque queda enteramente aislada.

Tiene el frente al Norte hacia la calle que se prolonga hasta el ex-Convento del Carmen, y la parte posterior al Sur, hacia la calle llamada de la Estampa. Su fábrica material es sólida, trabajada con esmero, pero con poco gusto. Sus dos torres, que tienen cerca de 60 metros de altura, son airoas y esbeltas; tienen tres cuerpos; su parte inferior se asemeja al orden dórico, y la superior al jónico. Rodea al edificio un magnífico enverjado de hierro fundido, con seis elegantes puertas del mismo metal. El templo es de tres naves, formadas por doce grandes pilares. Al comenzar la nave del Este, cerca de la entrada principal, se halla la capilla del Sagrario; posee dos pinturas al óleo, de gran mérito, y una fuente bautismal de plata repujada, que tiene la particularidad histórica de haber sido en las que recibieron las aguas del bautismo los dos personajes que ya sabemos nacieron en esta ciudad. Hay otros muchos templos tanto en su interior como en los pueblos que la rodean, llevando estos últimos el nombre de la población donde se encuentran.

El pueblo de Morelia es, en lo general, laborioso, dócil y morigerado. Es, como dice un respetable escritor, á la vez que moderado, valiente hasta el heroísmo; de-

masiado celoso por la independencia y libertad de su país; se irrita y es capaz de todo, cuando se le oprime con la amenaza ó la fuerza, á la par que se deja conducir y gobernar cuando se le manda con dulzura y con razón, de lo que tenemos muchísimas pruebas.

La mujer, la simpática é infatigable compañera del hombre, la que ayuda á éste en sus trabajos, se distingue allí por su modestia, uniendo á los atractivos de sus gracias naturales, todos los encantos que produce una buena educación.

El carácter de todos los habitantes es hospitalario, y su trato franco y agradable.

Las personas que durante el día están dedicadas á sus trabajos, tienen lugares donde descansar por la tarde, de las fatigas que estas tareas les causan, y donde el alma, olvidando por un instante los pesares que la afligen, se entrega á la contemplación de las bellezas que la rodean; ¡á la contemplación de ese espectáculo hermoso que presenta la tierra cuando está próxima á cubrirse con su negro manto, en el momento en que el sol va á ocultarse completamente detrás de las elevadas montañas, coloreando con un tinte hermoso las copas de los gigantescos árboles! Una poesía melancólica inspira á la Naturaleza, y con la música callada que sólo el espíritu acierta á oír, se diría que todo entona un himno al Creador. ¡No es dado á la inteligencia humana descubrir sus encantos. . . . .!

Entre estos lugares de recreo se pueden citar: la Calzada de Guadalupe, que tiene más de 400 metros de longitud, y está toda enlosada. Los robustos y frondosos fresnos y los cipreses que tiene á los lados, confundiendo sus copas, ofrecen en conjunto el aspecto de una bóveda continuada, por la que apenas penetran los rayos

del sol. Esta bella Calzada es el paseo favorito y el lugar de distracción de muchas familias, que van á veranear en las casas de campo que hay á uno y otro lado.

En seguida está la Alameda, que es una calle limitada por fresnos, postes y lunetas, que va á desembocar á una gran glorieta circundada de asientos, y cuyo centro se halla ocupado por una fuente.

El paseo de San Pedro es un sitio bastante ameno, que en los calurosos días de Estío proporciona á los habitantes de Morelia horas de verdadero solaz. Poco, es cierto, le debe al arte, pero en cambio la naturaleza ha sido pródiga para con él.

Habiendo descrito lo que pudiéramos llamar la parte histórica de la Capital, no me detendré en la que corresponde á los otros 14 Distritos de que se compone el Estado, y entre los cuales, hay unos de bastante importancia por sus producciones, por su situación geográfica, por su adelanto, y por otras muchas causas que pueden hacer notable una ciudad, y que sería prolijo enumerar.

La parte hidrográfica del Estado, lo mismo que la orográfica, es muy hermosa.

¡Cuántas veces el recuerdo de sus hermosos ríos y de sus elevadas montañas, me ha hecho verter lágrimas amargas, que se convierten para mi corazón en un saludable bálsamo! porque con su recuerdo vienen también á mi mente los juegos inocentes de mi niñez, los tranquilos días que pasaba al lado de mis adorados padres, y los consejos cariñosos de éstos. Entonces, ¡todo era alegría! ¡todo felicidad! Todos los seres que me rodeaban parecían que querían tomar parte en esa pasajera felicidad. Pero ¡qué pronto pasan las ilusiones! ¡Todo se ha acabado, y sólo ha quedado en mi alma, un vacío

difícil de llenar, tristeza y orfandad! y en mis ojos, ¡lágrimas!

Pues bien, está dividido el Estado en tres regiones: la región directa sobre la costa, entre la Sierra Madre y el océano, que comprende el Distrito de Coacomán, tiene sus condiciones de topografía, aspecto y clima, muy semejantes á las que ofrece el Estado de Colima, que le es vecino; la región del Norte, perteneciente á la Mesa Central, comprende los Distritos de Maravatío, Zinapécuaro y Morelia, Puruándiro, La Piedad, Zamora, Jiquilpan, y algunos otros, en todo ó en parte, y sus aguas se recogen en el lago de Chapala ó directamente en el río Lerma; y la otra región ocupa el resto que pertenece á la cuenca del río de las Balsas, que formando un pintoresco descenso hacia el Sur, á través de los terrenos fuertemente quebrados, cubiertos de admirables contrastes y dotados de una feracidad incomparable, ha merecido el nombre de Jardín de México, aludiendo á sus bellezas naturales.

Esta región está amenazada por las innumerables corrientes que la riegan: tales como el río del Oro ó Tepalcatepec, engrosado por el de Apatzingán, el Cupáticho, que forma el del Marqués, es afluente del río de las Balsas, y presenta cerca de Uruapan la bella cascada de Tzararacua, cuyo nombre significa en idioma michoacano, arnero, así como el río de Enandío, cerca de Zitácuaro, la no menos bella del mismo nombre, y el salto llamado Chorros del Baral, acaso el más bello, se encuentra junto á Peribán.

Son, además, afluentes del gran río de las Balsas: el de Tacámbaro, que riega el Distrito de su nombre, el de Zitácuaro y el de Cutzamala.

El río Pantla le sirve de límite con Colima.

De los manantiales que riegan los pueblos de Palamban, Tangancícuaro, Etúcuaro y Tlasasalca, se forma el río de Zamora que antiguamente se llamaba Duero, y pasa por el Sur de esta ciudad, desembocando en la laguna de Chapala. Pero el más importante de todos, y el más caudaloso, es, sin duda, el Lerma, que al salir de la laguna que antes dijimos, se dirige hacia el Norte, determinado el límite entre este Estado y los de Querétaro, Guanajuato y Jalisco. El curso de este río es, á veces, rápido é impetuoso, presentando algunos saltos y cascadas.

Los lagos que allí se encuentran, forman una de sus bellezas características, siendo los nombres de éstos: Pátzcuaro, rodeado de las poblaciones de Santa Fe, Zirándaro, Tzintzuntzan, Erongarícuaro y el Distrito que lleva su nombre. En el centro de este lago se encuentran 5 islotes, dos de los cuales, llamados Janicho y Pacanda, engalanados con sus trajes verdes, salpicados de flores de todos colores, semejantes á aquéllos con que en la primavera se visten los hermosos campos, le dan una belleza incomparable.

La laguna de Cuitzeo, situada al Norte de Morelia: sus aguas no son potables como las del anterior, siendo árido el terreno que la rodea; y la de Zipimeo. Próxima á Tingüindín se encuentra la de Tacáscuaro; y por último, pertenece al Estado en una sexta parte, la extensión de Chapala, en cuyas aguas, como ya vimos, penetra el río Lerma, verificándose un fenómeno muy curioso, y es que las aguas de este río, al penetrar en aquél, no se mezclan, lo que se debe á la diferencia de densidades, y á la rapidez de su corriente.

El territorio está recorrido casi en toda su extensión por la Sierra Madre, y entre las eminencias de los ra-

males que de ella se desprenden, haciéndolo fragoso, se ven profundas barrancas cubiertas de bosques impenetrables, así como amenos y fertilísimos valles. Algunas de estas eminencias elevan majestuosamente sus cumbres á una gran altura, en tanto que bañan sus pies en las cristalinas aguas de los ríos, que en su mayor parte se dirigen hacia el Sur, al río de las Balsas, del cual son tributarios.

El terreno de Ario es en una gran parte volcánico. Una extensión de 4 millas, aproximadamente, cerca de la Huacana, se encuentra ocupada por una multitud de conos pequeños, de los que muchos arrojan humo continuamente. Estos conos tienen vulgarmente el nombre de Hornitos, y el lugar en que están el de Mal País.

La Sierra Madre, que comienza en el Distrito de Coahuila, se extiende en la mayor parte de los de Apatzingán y Ario, dirigiéndose después á México.

Las alturas que se levantan unas veces en el eje principal y otras en los ramales, son: Tancítaro, cuyas cumbres se ven con frecuencia cubiertas de nieve, presentando un aspecto maravilloso, sobre todo en las primeras horas de la mañana, cuando ese núcleo á cuyo derredor giran todos los planetas, comienza á esparcir sus rayos, dándole apariencia de una enorme plancha de plata; el pico de Quinceo, los cerros de Patamban, San Nicolás y Cuitzeo; y los volcanes de San Andrés y Tajimaroa, no lejos de Maravatío, se encuentran en la sierra de Ozumatlán; el terrible del Jorullo, que se formó el 29 de Septiembre de 1759, se halla al Sur de Ario; y el de Culzaróndiro, cerca de Tacámbaro.

Además de la sierra de Ozumatlán, existen las de Tajimaroa, Inguarán, y otras muchas que se desprenden del poderoso eje que recorre á la República en toda su

extensión, y que encierra en su seno gran cantidad de minerales, que el hombre destina á diferentes usos.

Varios son los metales que se producen en Michoacán, citándose entre ellos: el cobre, que se explota en Churumuco, el fierro en Coahuila, plata, bronce, fierro y carbón de piedra, en Zitácuaro, Inguarán, Ozumatlán, Anganguero y Talpujahuá, y el azufre en varios puntos.

La Agricultura es el trabajo al cual se dedican con mayor ahinco todos los habitantes, lo que se debe seguramente á la variedad de los productos de este género, y á la fertilidad de sus terrenos. Maderas de todas clases, frutas exquisitas, plantas medicinales, cereales, caña de azúcar, añil, algodón, chile, café, y otros muchos artículos, son sus principales producciones.

El examen de la Naturaleza, es una de las cosas más admirables para el hombre pensador. Sus grandes maravillas han ocupado la atención de los sabios, han excitado la admiración de los hombres, é inspirado á los poetas más eminentes; tales maravillas no pueden ser indiferentes á las personas que poseen ese destello de la Divinidad, que se llama inteligencia.

He terminado mi humilde relato, y sólo me resta dirigir las últimas palabras á mis compañeras.

Después de una obscura y tempestuosa noche, la luz del nuevo día ha aparecido más fúlgida y brillante; pero no confiéis mucho en esa luz, procurad que se aumente, trabajad con empeño, ayudad á vuestros profesores en la ardua empresa de la educación; pues así como influye tristeza, la nave que zozobra antes de llegar al puerto, y el árbol que se marchita antes de sazonar sus frutos; tanto así debe afligir una vida agostada en la primavera de la edad, y que las lozanas inteligencias,

que dedican todos sus esfuerzos al adelanto de la Ciencia, al fin sucumban.

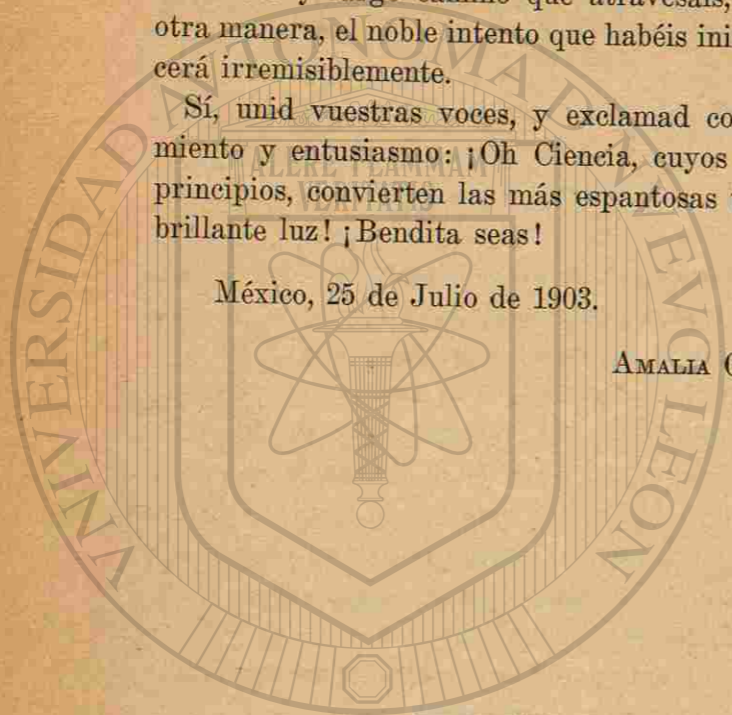
Para destruir vuestros temores, os sobra abnegación, fuerza de voluntad y juventud.

Pedid á esa fuerza que no os abandone en medio del escabroso y largo camino que atravesáis, porque de otra manera, el noble intento que habéis iniciado perecerá irremisiblemente.

¡Sí, unid vuestras voces, y exclamad con reconocimiento y entusiasmo: ¡Oh Ciencia, cuyos inmutables principios, convierten las más espantosas tinieblas en brillante luz! ¡Bendita seas!

México, 25 de Julio de 1903.

AMALIA GUDIÑO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Q171  
C6  
1904

FEVT

39975

AUTOR

TITULO

Conferencias científicas de  
las alumnas de la Escuela...

FECHA DE

UANL

®



JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA